

ANDRES BELLO

OBRA LITERARIA



POESIA

EL ANAUCO

- Irrite la codicia
por rumbos ignorados
a la sonante Tetis
y bramadores austros;
5 el pino que habitaba
del Betis fortunado
las márgenes amenas
vestidas de amaranto,
impunemente admire
10 los deliciosos campos
del Ganges caudaloso,
de aromas coronado.
Tú, verde y apacible
ribera del Anauco,
15 para mí más alegre,
que los bosques idalios
y las vegas hermosas
de la plácida Pafos,
resonarás continuo
20 con mis humildes cantos;
y cuando ya mi sombra
sobre el funesto barco
visite del Erebo
los valles solitarios,
25 en tus umbrías selvas
y retirados antros
erraré cual un día,
tal vez abandonando
la silenciosa margen

30 de los estigios lagos.
 La turba dolorida
 de los pueblos cercanos
 evocará mis manes
 con lastimero llanto;
 35 y ante la triste tumba,
 de funerales ramos
 vestida, y olorosa
 con perfumes indianos,
 dirá llorando Filis:
 40 "Aquí descansa Fabio".
 ¡Mil veces venturoso!
 Pero, tú, desdichado,
 por bárbaras naciones
 lejos del clima patrio
 45 débilmente vaciles
 al peso de los años.
 Devoren tu cadáver
 los canes sanguinarios
 que apacienta Caribdis
 50 en sus rudos peñascos;
 ni aplaque tus cenizas
 con ayes lastimados
 la pérfida consorte
 ceñida de otros brazos.

VENEZUELA CONSOLADA

PERSONAS

VENEZUELA. EL TIEMPO. NEPTUNO

El teatro representa un bosque de árboles del país

ESCENA PRIMERA

Venezuela aparece en actitud de tristeza

VENEZUELA

—Errante pasajero,
 dime ¿en qué triste sitio
 contemplaron tus ojos
 un dolor semejante al dolor mío?

- 5 Tú, que en mejores días
viste el hermoso brillo
con que Naturaleza
ostentó su poder en mis dominios,
 hoy a los dolorosos
10 acentos con que explico
al universo todo
mis desventuras, une tus gemidos. . .
 Afortunados días
de gozo y regocijo,
15 estación de abundancia,
alegre imagen del dorado siglo,
 ¡Qué pronto en noche oscura
os habéis convertido!
 ¡Qué tenebrosa sombra
20 sucede a vuestro lustre primitivo!

ESCENA SEGUNDA

DICHA, EL TIEMPO

EL TIEMPO

- Desusados clamores
en el feliz recinto
de Venezuela escucho;
antes todo era cánticos festivos;
25 mas ya no se percibe
el acorde sonido
de gratos instrumentos,
ni de danzas alegres el bullicio.
 Por todas partes, oigo
30 sólo quejosos gritos
y lastimeros ayes;
pavor, tristeza, anuncia cuanto miro.
 Deliciosas provincias,
frondoso y verde hospicio
35 de la rica Amaltea,
¿qué se hicieron, decidme, los corrillos
de zagalas, alcores
de pastores festivos,
que hacían a la tierra
40 envidiar vuestro júbilo continuo?
 Pero sobre la alfombra
de este prado mullido,

a Venezuela misma,
 si no me engaña la aprehensión, diviso.
 45 Venezuela es sin duda . . .
 y su rostro abatido,
 sus inmóviles ojos
 de profunda tristeza dan indicios.
 Diosa de estos confines,
 50 ¿qué funestos motivos
 a tan fatal extremo
 de aflicción y dolor te han compelido?
 ¿No eres tú Venezuela?
 ¿Falta acaso a tus hijos
 55 del español monarca
 la amorosa tutela y patrocinio?

VENEZUELA

—Si por ventura guardas
 ¡oh Tiempo! en tus archivos
 la historia de infortunios
 60 que puedan compararse con los míos;
 si tan lúgubre escena
 vieron jamás los siglos,
 condena entonces, Tiempo,
 el extremo de angustia en que me miro.
 65 Las atroces viruelas,
 azote vengativo
 de los cielos airados,
 ejercen su furor sobre mis hijos.
 La atmósfera preñada
 70 de vapores malignos,
 propaga a todas partes
 con presteza terrible el exterminio.
 En las casas y calles,
 y sobre el sacro quicio
 75 de los templos, se miran
 cadáveres sin número esparcidos.
 Del enfermo infelice,
 huyen despavoridos
 cuantos en su semblante
 80 ven de la peste el negro distintivo.
 ¡Qué lúgubres objetos!
 Aquél deja al recinto
 de sus lares impuros
 una familia, y busca en los pajizos

- 85 campesinos albergues
un saludable asilo;
más allá, separado
del seno de la madre el tierno niño,
y al degredo por manos
90 extrañas conducido,
el maternal socorro
implora en vano con agudos gritos.
Aquí expira el anciano
sin el pequeño alivio
95 de que cierre siquiera
sus fallecientes párpados el hijo.
Allí noto que arrojan
al hoyo confundidos
en espantosa mezcla
100 con cadáveres yertos cuerpos vivos.
Pues ¿cómo, cuando escenas
tan tristes examino,
te admiras de que acuda
llanto a los ojos y a la voz quejido?

EL TIEMPO

- 105 —No, Venezuela, nunca
más fundado motivo
las lágrimas tuvieron,
que el que tienen las tuyas; desde el sitio
de brillantez y gloria
110 a que los beneficios
del trono te ensalzaron,
hoy te despeña al más profundo abismo,
de horrores y miserias,
ese contagio impío
115 que tus hijos devora,
esas viruelas cuyo agudo filo
por todas partes lleva
el luto, el exterminio,
y en soledades vastas
120 deja tus territorios convertidos.
Llora, pues, tu miseria,
llora tu lustre antiguo
y tus pasadas glorias,
de que estaba envidioso el cielo mismo.

125 Laméntate en buen hora;
 a tu dolor crecido.
 Venezuela, no puedo
 yo mismo, siendo el Tiempo, dar alivio,
 y así... Pero ¿qué escucho?
 (Se oye música alegre).

VENEZUELA

130 —¿Sueño, cielos?

EL TIEMPO

—¿Delirio?

VENEZUELA

—¿No siento alegres voces?

EL TIEMPO

—¿Regocijados sonos no percibo?

CORO

—Recobra tu alegría, Venezuela,
pues en tu dicha el cuarto Carlos vela.

UNA VOZ

135 —¡A las pródidas leyes
 del mejor de los reyes
 debías la riqueza, la cultura,
 la paz apetecida!
 Hoy la salud, la vida,
140 dádivas son también de su ternura.

CORO

—Recobra tu alegría, Venezuela,
pues en tu dicha el cuarto Carlos vela.

VENEZUELA

—¿No sabremos decir de dónde vienen
tan gozosos acentos?

EL TIEMPO

—Apartando
145 los enramados árboles, camina
hacia nosotros, con ligero paso,
un incógnito numen. Su cabello
húmedas gotas vierte, y coronado
está de algas marinas; pero juzgo
150 reconocerle ya, pues en las manos
conduce el gran tridente.

ESCENA TERCERA

DICHOS, NEPTUNO

NEPTUNO

—Mi venida
es a daros consuelo. Cese el llanto.
La queja interrumpid. Yo soy el numen
a quien presta obediencia el mar salado;
155 Neptuno soy, que . . .

VENEZUELA (*con espanto*)

—Vete de mis ojos;
para siempre, retírate. El amargo
conflicto en que me miras, ¿de quién vino,
sino de ti? Mi doloroso estado
otra causa no tiene que tú solo;
160 al dulce abrigo del monarca hispano,
venturosa y pacífica vivía,
las plagas y los males ignorando
que al resto de la tierra desolaban.
Su nombre augusto en inmortales cantos
165 bendecir, celebrar sus beneficios,
era la ocupación, era el cuidado
que el cielo me imponía. Los favores
gozaba alegre de su regia mano,

- 170 cuando en infaustas naves me trajiste
de las viruelas el atroz contagio.
¿Cómo pretendes, pues, que Venezuela
sin turbación te mire y sin espanto?

NEPTUNO

- Tus lágrimas enjuga, Venezuela;
los cielos de tu pena se apiadaron;
175 ya no verás a tus dichosos hijos
con tan horrenda plaga señalados;
ya Carlos de tus pueblos la destierra
para siempre.

VENEZUELA

—¡Qué dices! ¿Puede acaso
el humano poder? . . .

NEPTUNO

- Escucha atenta
180 los beneficios de tu augusto Carlos.
Y tú, Tiempo, conserva en tus archivos
para siempre el más grande y señalado
suceso que jamás vieron los siglos
desde que su carrera comenzaron.
185 En la fértil provincia de Gloucester,
a la orilla del Támesis britano,
aparecieron de repente heridos
de contagiosa plaga los rebaños.
A los cuerpos pasó de los pastores
190 el nuevo mal; y cuando los humanos
el número juzgaban de las pestes
por la divina cólera aumentado,
notaron con asombro que venía
en aquel salutífero contagio
195 encubierto un feliz preservativo
que las negras viruelas respetaron.
Jenner tuvo la dicha de observarle;
y de su territorio en pocos años,
desterró felizmente las viruelas,
200 el contagio vacuno propagando.
¿Qué acogida imaginas que daría
la ternura benévola de Carlos

- al gran descubrimiento que liberta
 a sus queridos pueblos del estrago
 205 de las negras viruelas? Al momento
 escoge profesores ilustrados
 y un sabio director cuyas fatigas
 llevan hasta los puertos más lejanos
 de sus dominios el precioso fluido
 210 que de viruela libra a los humanos.
 Sí, Venezuela; alégrate; tus playas
 reciben hoy el venturoso hallazgo
 de Jenner, que te envía, como muestra
 de su regia bondad, tu soberano.
 215 Hallazgo que tus hijos te asegura,
 que de vivientes llena los poblados,
 que libra de temores la belleza;
 y, dando a la cultura nuevos brazos
 para que en tus confines amanezcan
 220 días alegres, puros, sin nublados,
 el gozo te dará con la abundancia,
 y la felicidad con el descanso.

VENEZUELA

- ¡Oh gran Dios! ¿Conque al fin las tristes quejas
 de Venezuela a tu mansión llegaron?
 225 ¿Conque nos miras ya compadecido?
 Al Eterno cantad regocijados
 himnos, ¡oh pueblos! que debéis la vida
 y la salud a su potente brazo;
 que resuene su nombre en las eternas
 230 bóvedas; y después que el holocausto
 de gratitud ante su trono excelso
 hayáis humildemente tributado,
 haced también sinceras expresiones
 de reconocimiento al soberano.
 235 Del más cumplido gozo dad señales,
 y publicad en otro alegre canto
 la gran ventura de que sois deudores
 a su paterno, cuidadoso amparo.

EL TIEMPO

- ¿Y nosotros qué hacemos, que en tal día
 240 todos nuestros esfuerzos no juntamos
 para solemnizar el beneficio

- que recibe este pueblo de sus manos?
 A ti, Neptuno, el cetro de los mares
 los supremos destinos entregaron.
 245 Pomona enriqueció de bellos frutos,
 Venezuela, tu clima afortunado;
 y yo, que soy el Tiempo, a mi capricho
 rijo las estaciones y los años.
 ¿Por qué, nuestras funciones reuniendo,
 250 suceso tan feliz no celebramos?

NEPTUNO

- Tienes razón; aguarda. Roncos vientos
 que subleváis con vuestro soplo airado
 las bramadoras ondas, tempestades,
 furiosos huracanes, sosegaos,
 255 y en el imperio todo de las aguas,
 la dulce calma reine y el descanso;
 respetad este día venturoso;
 y dondequiera que miréis las naos
 de la dichosa expedición que trae
 260 tantos bienes al suelo americano,
 callad y respetadla. — Habitadoras
 de los marinos, húmedos palacios,
 rubias Nereidas, que de frescas ovas
 lleváis vuestro cabello coronado,
 265 formad alegres danzas; y vosotras,
 blancas Sirenas, que adormís cantando
 al navegante, haciendo que le sea
 grato el morir, dulcísimo el naufragio,
 entonad himnos nuevos, y acompañen
 270 los roncoss caracoles, vuestro canto,
 los móviles Tritones difundiendo
 alegres ecos por el vasto espacio.

CORO DE NEREIDAS

- El reino de Anfitrite
 con júbilo repite
 275 el nombre siempre amado
 de Carlos Bienhechor.

CORO DE TRITONES

—Y luego que le escucha
se aplaca el Ponto undoso,
y el austro proceloso
280 refrena su furor.

EL TIEMPO

—Yo de notables hechos la memoria
a las edades venideras guardo,
y fama doy gloriosa al buen monarca,
al gran guerrero y al ministro sabio;
285 mas a los beneficios distinguidos
que la suerte del hombre mejoraron,
doy un lugar brillante en mis anales,
y en inmortalizarlos me complazco.
Por mí suena en la tierra todavía
290 el nombre de los Titos y Trajanos,
y sonará mientras de blandas fibras
tenga el hombre su pecho organizado.
Yo daré, pues, a tu feliz memoria,
Carlos augusto, un eminente rango;
295 y al lado de las tuyas las acciones
de los Césares, Pirros y Alejandro,
quedarán para siempre oscurecidas...
Siglos futuros, a vosotros llamo:
salid del hondo seno en que os oculta
300 a la penetración de los humanos
el velo del destino; y a presencia
de Venezuela, pronunciad los cantos
con que haréis resonar en algún tiempo
el claro nombre del augusto Carlos.
305 Celebre con eterna
aclamación el hombre
el siempre claro nombre
de Carlos Bienhechor.
Jamás el merecido
310 título que le damos
sepulte en el olvido
el tiempo destructor.

- Y yo que el testimonio más brillante
debo hacer de ternura al soberano,
315 ¿qué mejor alabanza puedo darle,
qué monumento más precioso y grato
levantar a sus ojos, que su nombre
con indecibles letras estampado
en los amantes pechos de mis hijos?
320 Sí, yo te ofrezco, yo te juro, Carlos,
que guardarán los pueblos tu memoria,
mientras peces abrigue el mar salado,
cuadrúpedos la tierra, aves el aire,
y el firmamento luminosos astros.
325 Yo te ofrezco cubrir estos dominios
de celosos y dóciles vasallos,
que funden su ventura y su alegría
en prestar obediencia a tus mandatos.
Te ofrezco derramar sobre estos pueblos,
330 que tus leyes respetan prosternados,
fecundidad, riqueza y lozanía,
dorados frutos, nutritivos granos.
Yo te juro también que con perenne
aclamación repetirán sus labios:
335 "¡Viva el digno monarca que nos libra
de las viruelas! ¡Viva el cuarto Carlos!"
Hombre, mujer, infante,
todo mortal que pise
estos confines, cante
340 a Carlos Bienhechor.
Publique Venezuela
que quien de nuestro clima
lanzó la atroz viruela,
fue su paterno amor. (*Se repite*).

EGLOGA

Imitación de Virgilio

Tirsis, habitador del Tajo umbrío,
con el más vivo fuego a Clori amaba;
a Clori, que, con rústico desvío,
las tiernas ansias del pastor pagaba.

5 La verde margen del ameno río,
tal vez buscando alivio, visitaba;
y a la distante causa de sus males,
desesperado enviaba quejas tales:

No huye tanto, pastora, el corderillo
10 del tigre atroz, como de mí te alejas,
ni teme tanto al buitre el pajarillo,
ni tanto al voraz lobo las ovejas.
La fe no estimas de un amor sencillo,
ni siquiera, inhumana, oyes mis quejas;
15 por ti olvido las rústicas labores,
por ti fábula soy de los pastores.

“Al cabo, al cabo, Clori, tu obstinada
ingratitude me causará la muerte;
mi historia en esos árboles grabada
20 dirá entonces que muero por quererte;
tantos de quienes eres adorada
leerán con pavor mi triste suerte;
nadie entonces querrá decirte amores,
y execrarán tu nombre los pastores.

25 “Ya la sombra del bosque entrelazado
los animales mismos apetecen;
bajo el césped que tapiza el prado,
los pintados lagartos se guarecen.
Si afecta las dehesas el ganado,
30 si la viña los pájaros guarnecen,
yo solo, por seguir mi bien esquivo,
sufro el rigor del alto can estivo.

“Tú mi amor menosprecias insensata,
y no falta pastora en esta aldea
35 que, si el nudo en que gimo, un dios desata,
con Tirsis venturosa no se crea.
¿No me fuera mejor, di, ninfa ingrata,
mis obsequios rendir a Galatea,
o admitir los halagos de Tirrena,
40 aunque rosada tú, y ella morena?

“¿Acaso, hermosa Clori, la nevada
blancura de tu tez te ensoberbece?
El color, como rosa delicada,
a la menor injuria se amortece.

45 La pálida violeta es apreciada,
y lánguido el jazmín tal vez fallece,
sin que del ramo, que adornaba ufano,
las ninfas le desprendan con su mano.

“Mi amor y tu belleza maldecía,
50 tendido una ocasión sobre la arena,
y Tirrena, que acaso me veía,
—¡oh Venus, dijo, de injusticias llena;
lejos de unir las almas, diosa impía,
las divide y separa tu cadena! . . .
55 De Clori sufres tú las esquivaces,
y yo te adoro a ti que me aborreces.—

“¡Ah! No sé por qué causa amor tan fino
puede ser a tus ojos tan odioso;
cualquier pastor, cuando el rabel afino,
60 escucha mis tonadas envidioso.
¿No cubre estas praderas de contino
mi cándido rebaño numeroso?
¿Acaso en julio, o en el crudo invierno,
me falta fruto sazonado y tierno?

65 “Ni tampoco es horrible mi figura,
si no me engaño al verme retratado
en el cristal de esa corriente pura;
y a fe que a ese pastor afortunado
que supo dominar alma tan dura,
70 si a competir conmigo fuese osado,
en gentileza, talle y bazarria,
siendo tú misma juez, le excedería.

“Ven a vivir conmigo, ninfa hermosa;
¡ven! mira las Driadas, que te ofrecen
75 en canastos la esencia de la rosa,
y para ti los campos enriquecen.
Para ti sola guardo la abundosa
copia de frutos que en mi huerto crecen;
para ti sola el verde suelo pinto
80 con el clavel, la viola y el jacinto.

“Acuérdate del tiempo en que solías,
cuando niña, venir a mi cercado,
y las tiernas manzanas me pedías
aún cubiertas del vello delicado.

85 Desde la tierra entonces no podías
alcanzar el racimo colorado;
y después que tus medios apurabas,
mi socorro solícita implorabas.

“Entonces era yo vuestro caudillo,
90 mi tercer lustro apenas comenzado,
sobresaliendo en el pueril corrillo,
como en la alfombra del ameno prado
descuella entre las yerbas el tomillo.
Desde entonces Amor, Amor malvado,
95 me asestaste traidor la flecha impía
que me atormenta y hiere noche y día.

“¡Ah! Tú no sabes, Clori, qué escarmiento
guarda Jove al mortal ingrato y duro;
hay destinado sólo a su tormento
100 en el lóbrego Averno un antro oscuro;
en su carne cebado, un buitres hambriento
le despedaza con el pico impuro,
y el corazón viviente devorado
padece a cada instante renovado.

105 “Mas, ¡ay de mí! que en vano, en vano envío
a la inhumana mi doliente acento.
¿Qué delirio, qué sueño es este mío?
Prender quise la sombra, atar el viento,
seguir el humo y detener el río.
110 Y mientras lo imposible loco intento,
tengo en casa la vid medio podada,
y en el bosque la grey abandonada.

“¿Qué fruto saco de elevar al cielo
esta continua lúgubre querella?
115 Ni encender puedo un corazón de hielo,
ni torcer el influjo de mi estrella.
Si Clori desestima mi desvelo,
sabrás premiarle otra pastora bella.
Ya baja el sol al occidente frío;
120 vuelve, vuelve al redil, ganado mío”.

A LA NAVE

Oda imitada de la de Horacio o Navis, Referent

¿Qué nuevas esperanzas
al mar te llevan? Torna,
torna, atrevida nave,
a la nativa costa.

5 Aún ves de la pasada
tormenta mil memorias,
¿y ya a correr fortuna
segunda vez te arrojas?

10 Sembrada está de sirtes
aleves tu derrota,
do tarde los peligros
avisará la sonda.

15 ¡Ah! Vuelve, que aún es tiempo,
mientras el mar las conchas
de la ribera halaga
con apacibles olas.

20 Presto erizando cerros
vendrá a batir las rocas,
y náufragas reliquias
hará a Neptuno alfombra.

De flámulas de seda
la presumida pompa
no arredra los insultos
de tempestad sonora.

25 ¿Qué valen contra el Euro,
tirano de las ondas,
las barras y leones
de tu dorada popa?

30 ¿Qué tu nombre, famoso
en reinos de la aurora,
y donde al sol recibe
su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
segura de sí propia,
35 desafiaba al viento
otra arrogante proa;

Y ya, padrón infausto
que al navegante asombra,
en un desnudo escollo
40 está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo
no tuerces? ¿Orgullosa
descoges nuevas velas,
y sin pavor te engolfas?

45 ¿No ves, ¡oh malhadada!
que ya el cielo se entolda,
y las nubes bramando
relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana,
50 que hinchada se alborota,
ni el vendaval te asusta,
que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido
de mi inquietud ansiosa;
55 vuelve a la amiga playa,
antes que el sol se esconda!

DIOS ME TENGA EN GLORIA

A la falsa noticia de la muerte de Mac-Gregor

Lleno de susto un pobre cabecilla
leyendo estaba en oficial gaceta,
cómo ya no hay lugar que no someta
el poder invencible de Castilla.

5 De insurgentes no queda ni semilla;
a todos destripó la bayoneta,
y el funesto catálogo completa
su propio nombre en letra bastardilla.

- De cómo fue batido, preso y muerto,
10 y cómo me le hicieron picadillo,
dos y tres veces repasó la historia;

Tanto, que, al fin, teniéndolo por cierto,
exclamó compungido el pobrecillo:
—¿Conque es así? —Pues Dios me tenga en gloria.

ALOCUCION A LA POESIA

Fragmento de un poema titulado "América"

I

- Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
5 tú a quien la verde gruta fue morada,
y el eco de los montes compañía;
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
10 el mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
la siempre verde rama
con que al valor coronas;
también allí la florecida vega,
15 el bosque enmarañado, el sesgo río,
colores mil a tus pinceles brindan;
y Céfiro revuela entre las rosas;
y fúlgidas estrellas
tachonan la carroza de la noche;
20 y el rey del cielo entre cortinas bellas
de nacaradas nubes se levanta;
y la avecilla en no aprendidos tonos
con dulce pico endechas de amor canta.

- ¿Qué a ti, silvestre ninfa, con las pompas
25 de dorados alcázares reales?
¿A tributar también irás en ellos,
en medio de la turba cortesana,
el torpe incienso de servil lisonja?

- No tal te vieron tus más bellos días,
 30 cuando en la infancia de la gente humana,
 maestra de los pueblos y los reyes,
 cantaste al mundo las primeras leyes.
 No te detenga, oh diosa,
 esta región de luz y de miseria,
 35 en donde tu ambiciosa
 rival Filosofía,
 que la virtud a cálculo somete,
 de los mortales te ha usurpado el culto;
 donde la coronada hidra amenaza
 40 traer de nuevo al pensamiento esclavo
 la antigua noche de barbarie y crimen;
 donde la libertad vano delirio,
 fe la servilidad, grandeza el fasto,
 la corrupción cultura se apellida.
 45 Descuelga de la encina carcomida
 tu dulce lira de oro, con que un tiempo
 los prados y las flores, el susurro
 de la floresta opaca, el apacible
 murmurar del arroyo transparente,
 50 las gracias atractivas
 de Natura inocente,
 a los hombres cantaste embelesados;
 y sobre el vasto Atlántico tendiendo
 las vaporosas alas, a otro cielo,
 55 a otro mundo, a otras gentes te encamina,
 do viste aún su primitivo traje
 la tierra, al hombre sometida apenas;
 y las riquezas de los climas todos
 América, del Sol joven esposa,
 60 del antiguo Oceano hija postrera,
 en su seno feraz cría y esmera.
- ¿Qué morada te aguarda? ¿qué alta cumbre,
 qué prado ameno, qué repuesto bosque
 harás tu domicilio? ¿en qué felice
 65 playa estampada tu sandalia de oro
 será primero? ¿dónde el claro río
 que de Albión los héroes vio humillados.
 los azules pendones reverbera
 de Buenos Aires, y orgulloso arrastra
 70 de cien potentes aguas los tributos
 al atónito mar? ¿o dónde emboza

- su doble cima el Avila * entre nubes,
y la ciudad renace de Losada? **
- 75 ¿O más te sonreirán, Musa, los valles
de Chile afortunado, que enriquecen
rubias cosechas, y süaves frutos;
do la inocencia y el candor ingenuo
y la hospitalidad del mundo antiguo
con el valor y el patriotismo habitan?
- 80 ¿O la ciudad *** que el águila posada
sobre el nopal mostró al azteca **** errante,
y el suelo de inexhaustas venas rico,
que casi hartaron la avarienta Europa?
Ya de la mar del Sur la bella reina,
- 85 a cuyas hijas dio la gracia en dote
Naturaleza, habitación te brinda
bajo su blando cielo, que no turban
lluvias jamás, ni embravecidos vientos.
¿O la elevada Quito
- 90 harás tu albergue, que entre canas cumbres
sentada, oye bramar las tempestades
bajo sus pies, y etéreas auras bebe
a tu celeste inspiración propicias?
Mas oye do tronando se abre paso
- 95 entre murallas de peinada roca,
y envuelto en blanca nube de vapores,
de vacilantes iris matizada,
los valles va a buscar del Magdalena
con salto audaz el Bogotá espumoso.
- 100 Allí memorias de tempranos días
tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
y nativa inocencia venturosos,
sustento fácil dio a sus moradores,
primera prole de su fértil seno,
- 105 Cundinamarca; antes que el corvo arado
violase el suelo, ni extranjera nave
las apartadas costas visitara.
Aún no aguzado la ambición había
el hierro atroz; aún no degenerado
- 110 buscaba el hombre bajo oscuros techos
el albergue, que grutas y florestas

* Monte vecino a Caracas.

** Fundador de Caracas.

*** México.

**** Nación americana, fundadora de México.

- saludable le daban y seguro,
sin que señor la tierra conociese,
los campos valla, ni los pueblos muro.
- 115 La libertad sin leyes florecía,
todo era paz, contento y alegría;
cuando de dichas tantas envidiosa
Huitaca * bella, de las aguas diosa,
hinchando el Bogotá, sumerge el valle.
- 120 De la gente infeliz parte pequeña
asilo halló en los montes;
el abismo voraz sepulta el resto.
Tú cantarás cómo indignó el funesto
estrage de su casi extinta raza
- 125 a Nenquetebe, hijo del Sol, que rompe
con su cetro divino la enriscada
montaña; y a las ondas abre calle,
el Bogotá, que inmenso lago un día
de cumbre a cumbre dilató su imperio,
- 130 de las ya estrechas márgenes, que asalta
con vana furia, la prisión desdeña,
y por la brecha hirviendo se despeña.
Tú cantarás cómo a las nuevas gentes
Nenquetebe piadoso leyes y artes
- 135 y culto dio; después que a la maligna
ninfa mudó en lumbrera de la noche,
y de la luna por la vez primera
surcó el Olimpo el argentado coche.
Ve, pues, ve a celebrar las maravillas
- 140 del ecuador: canta el vistoso cielo
que de los astros todos los hermosos
coros alegran; donde a un tiempo el vasto
Dragón del norte su dorada espira
desvuelve en torno al luminar inmóvil
- 145 que el rumbo al marínero audaz señala,
y la paloma cándida de Arauco
en las australes ondas moja el ala.
Si tus colores los más ricos muelles
y tomas el mejor de tus pinceles,
- 150 podrás los climas retratar, que entero
el vigor guardan genital primero
con que la voz omnipotente, oída

* Huitaca, mujer de Nenquetebe o Bochica, legislador de los muiscas. V. Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. I.

- del hondo caos, hinchíó la tierra, apenas
sobre su informe faz aparecida,
- 155 y de verdura la cubrió y de vida.
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
que vuestros verdes laberintos puebla,
y en varias formas y estatura y galas
hacer parece alarde de sí mismo,
- 160 poner presumirá nombre o guarismo?
En densa muchedumbre
ceibas, acacias, mirtos se entretejen,
bejucos, vides, gramas;
las ramas a la ramas,
- 165 pugnando por gozar de las felices
auras y de la luz, perpetua guerra
hacen, y a las raíces
angosto viene el seno de la tierra.
- ¡Oh quién contigo, amable Poesía,
170 del Cauca a las orillas me llevara,
y el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció y su corte!
- ¡Oh si ya de cuidados enojosos
175 exento, por las márgenes amenas
del Aragua moviese
el tardo incierto paso;
o reclinado acaso
bajo una fresca palma en la llanura,
- 180 viese arder en la bóveda azulada
tus cuatro lumbres bellas,
oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas
mides al caminante
por la espaciosa soledad errante;
- 185 o del cucuy las luminosas huellas
viese cortar el aire tenebroso,
y del lejano tambo a mis oídos
viniera el son del yaraví * amoroso!
- Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
190 algún Marón americano, ¡oh diosa!
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona

* Yaraví, tonada triste del Perú, y de los llanos de Colombia.

- de Febo amada al labrador corona;
 195 donde cándida miel llevan las cañas,
 y animado carmín la tuna cría,
 donde tremola el algodón su nieve,
 y el ananás sazona su ambrosía;
 de sus racimos la variada copia
 200 rinde el palmar, de azucarados globos
 el zapotillo, su manteca ofrece
 la verde palta, da el añil su tinta,
 bajo su dulce carga desfallece
 el banano, el café el aroma acendra
 205 de sus albos jazmines, y el cacao
 cuaja en urnas de púrpura su almendra.

- Mas ¡ah! ¿prefieres de la guerra impía
 los horrores decir, y al son del parche
 que los maternos pechos estremece,
 210 pintar las huestes que furiosas corren
 a destrucción, y el suelo hinchén de luto?
 ¡Oh si ofrecieses menos fértil tema
 a bélicos cantares, patria mía!
 ¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado
 215 la sangre de tus hijos y la ibera?
 ¿Qué páramo no dio en humanos miembros
 pasto al cóndor? ¿Qué rústicos hogares
 salvar su oscuridad pudo a las furias
 de la civil discordia embravecida?
 220 Pero no en Roma obró prodigio tanto
 el amor de la patria, no en la austera
 Esparta, no en Numancia generosa;
 ni de la historia da página alguna,
 Musa, más altos hechos a tu canto.
 225 ¿A qué provincia el premio de alabanza,
 o a qué varón tributarás primero?

- Grata celebra Chile el de Gamero,
 que, vencedor de cien sangrientas lides,
 muriendo, el suelo consagró de Talca;
 230 y la memoria eternizar desea
 de aquellos granaderos de a caballo
 que mandó en Chacabuco Necochea.
 ¿Pero de Maipo la campiña sola
 cuán larga lista, oh Musa, no te ofrece,
 235 para que en tus cantares se repita,

de campeones cuya frente adorna
 el verde honor que nunca se marchita?
 Donde ganó tan claro nombre Buerras,
 que con sus caballeros denodados
 240 rompió del enemigo las hileras;
 y donde el regimiento de Coquimbo
 tantos héroes contó como soldados.

.....

¿De Buenos Aires la gallarda gente
 no ves, que el premio del valor te pide?
 245 Castelli osado, que las fuerzas mide
 con aquel monstruo que la cara esconde
 sobre las nubes y a los hombres huella;
 Moreno, que abogó con digno acento
 de los opresos pueblos la querella;
 250 y tú que de Suipacha en las llanuras
 diste a tu causa agüero de venturas,
 Balcarce; y tú, Belgrano, y otros ciento
 que la tierra natal de glorias rica
 hicisteis con la espada o con la pluma,
 255 si el justo galardón se os adjudica,
 no temeréis que el tiempo le consuma.

.....

Ni sepultada quedará en olvido
 La Paz que tantos claros hijos llora,
 ni Santacruz, ni menos Chuquisaca,
 260 ni Cochabamba, que de patrio celo
 ejemplos memorables atesora,
 ni Potosí de minas no tan rico
 como de nobles pechos, ni Arequipa
 que de Vizcardo con razón se alaba,
 265 ni a la que el Rímac las murallas lava,
 que *de los reyes* fue, ya de sí propia,
 ni la ciudad que dio a los Incas cuna,
 leyes al sur, y que si aún gime esclava,
 virtud no le faltó, sino fortuna.
 270 Pero la libertad, bajo los golpes
 que la ensangrientan, cada vez más brava,
 más indomable, nuevos cuellos yergue,
 que al despotismo harán soltar la clava.
 No largo tiempo usurpará el imperio
 275 del sol la hispana gente advenediza,
 ni al ver su trono en tanto vituperio

de Manco Cápac gemirán los manes.
De Angulo y Pumacagua la ceniza
nuevos y más felices capitanes
280 vengarán, y a los hados de su pueblo
abrirán vencedores el camino.
Huid, días de afán, días de luto,
y acelerad los tiempos que adivino.

.....
Diosa de la memoria, himnos te pide
285 el imperio también de Motezuma,
que, rota la coyunda de Iturbide,
entre los pueblos libres se numera.
Mucho, nación bizarra mexicana,
de tu poder y de tu ejemplo espera
290 la libertad; ni su esperanza es vana,
si ajeno riesgo escarmentarse sabe,
y no en un mar te engolfas que sembrado
de los fragmentos ves de tanta nave.
Llegada al puerto venturoso, un día
295 los héroes cantarás a que se debe
del arresto primero la osadía;
que a veteranas filas rostro hicieron
con pobre, inculta, desarmada plebe,
excepto de valor, de todo escasa;
300 y el coloso de bronce sacudieron,
a que tres siglos daban firme basa.
Si a brazo más feliz, no más robusto,
poderlo derrocar dieron los cielos,
de Hidalgo, no por eso, y de Morelos
305 eclipsará la gloria olvido ingrato,
ni el nombre callarán de Guanajuato
los claros fastos de tu heroica lucha,
ni de tanta ciudad, que, reducida
a triste yermo, a un enemigo infama
310 que, vencedor, sus pactos sólo olvida;
que hace exterminio, y sumisión lo llama.

.....
Despierte (oh Musa, tiempo es ya) despierte
algún sublime ingenio, que levante
el vuelo a tan espléndido sujeto,
315 y que de Popayán los hechos cante
y de la no inferior Barquisimeto,
y del pueblo también, cuyos hogares

- a sus orillas mira el Manzanares; *
 no el de ondas pobre y de verdura exhausto,
 320 que de la regia corte sufre el fausto,
 y de su servidumbre está orgulloso,
 mas el que de aguas bellas abundoso,
 como su gente lo es de bellas almas,
 del cielo, en su cristal sereno, pinta
 325 el puro azul, corriendo entre las palmas
 de esta y aquella deliciosa quinta;
 que de Angostura las proezas cante,
 de libertad inexpugnable asilo,
 donde la tempestad desoladora
 330 vino a estrellarse; y con süave estilo
 de Bogotá los timbres diga al mundo,
 de Guayaquil, de Maracaibo (ahora
 agobiada de bárbara cadena)
 y de cuantas provincias Cauca baña,
 335 Orinoco, Esmeralda, Magdalena,
 y cuantas bajo el nombre colombiano
 con fraternal unión se dan la mano.

- Mira donde contrasta sin murallas
 mil porfiados ataques Barcelona.
 340 Es un convento el último refugio
 de la arrestada, aunque pequeña, tropa
 que la defiende; en torno el enemigo,
 cuantos conoce el fiero Marte, acopia
 medios de destrucción; ya por cien partes
 345 cede al batir de las tonantes bocas
 el débil muro, y superior en armas
 a cada brecha una legión se agolpa.
 Cuanto el valor y el patriotismo pueden,
 el patriotismo y el valor agotan;
 350 mas ¡ay! sin fruto. Tú de aquella escena
 pintarás el horror, tú que a las sombras
 belleza das, y al cuadro de la muerte
 sabes encadenar la mente absorta.
 Tú pintarás al vencedor furioso
 355 que ni al anciano trémulo perdona,
 ni a la inocente edad, y en el regazo
 de la insultada madre al hijo inmola.
 Pocos reserva a vil suplicio el hierro;

* Cumaná.

su rabia insana en los demás desfoga
 360 un enemigo que hacer siempre supo,
 más que la lid, sangrienta la victoria.
 Tú pintarás de Chamberlén el triste
 pero glorioso fin. La tierna esposa
 herido va a buscar; el débil cuerpo
 365 sobre el acero ensangrentado apoya;
 estréchala a su seno. "Libertarme
 de un cadalso afrentoso puede sola
 la muerte (dice); este postrero abrazo
 me la hará dulce; ¡adiós!" Cuando con pronta
 370 herida va a matarse, ella, atajando
 el brazo, alzado ya, "¿tú a la deshonra,
 tú a ignominiosa servidumbre, a insultos
 más que la muerte horrible, me abandonas?
 Para sufrir la afrenta, falta (dice)
 375 valor en mí; para imitarte, sobra.
 Muramos ambos". Hieren
 a un tiempo dos aceros
 entrambos pechos; abrazados mueren.

Pero ¿al de Margarita qué otro nombre
 380 deslucirá? ¿dónde hasta el sexo blando
 con los varones las fatigas duras
 y los peligros de la guerra parte;
 donde a los defensores de la patria
 forzoso fue, para lidiar, las armas
 385 al enemigo arrebatarse lidiando;
 donde el caudillo, a quien armó Fernando
 de su poder y de sus fuerzas todas
 para que de venganzas le saciara,
 al inexperto campesino vulgo
 390 que sus falanges denodado acosa,
 el campo deja en fuga ignominiosa?

Ni menor prez los tiempos venideros
 a la virtud darán de Cartagena.
 No la domó el valor; no al hambre cede,
 395 que sus guerreros ciento a ciento siega.
 Nadie a partidos viles presta oídos;
 cuantos un resto de vigor conservan,
 lánzanse al mar, y la enemiga flota
 en mal seguros leños atraviesan.

- 400 Mas no el destierro su constancia abate,
ni a la desgracia la cerviz doblegan;
y si una orilla dejan, que profana
la usurpación, y las venganzas yerman,
ya a verla volverán bajo estandartes
- 405 que a coronar el patriotismo fuerzan
a la fortuna, y les darán los cielos
a indignas manos arrancar la presa.
En tanto, por las calles silenciosas,
acaudillando armada soldadesca,
- 410 entre infectos cadáveres, y vivos
en que la estampa de la Parca impresa
se mira ya, su abominable triunfo
la restaurada inquisición pasea;
con sacrílegos himnos los altares
- 415 haciendo resonar, a su honda cueva
desciende enhambrecida, y en las ansias
de atormentados mártires se ceba.

.....

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
a la sagrada lid tanto caudillo?

- 420 ¡Ah que entre escombros olvidar parece,
turbio Catuche *, tu camino usado!
¿Por qué en tu margen el rumor festivo
calló? ¿Do está la torre bulliciosa
que pregonar solía,
- 425 de antorchas coronada,
la pompa augusta del solemne día?
Entre las rotas cúpulas que oyeron
sacros ritos ayer, torpes reptiles
anidan, y en la sala que gozosos
- 430 banquetes vio y amores, hoy sacude
la grama del erial su infausta espiga.
Pero más bella y grande resplandeces
en tu desolación, ¡oh patria de héroes!
tú que, lidiando altiva en la vanguardia
- 435 de la familia de Colón, la diste
de fe constante no excedido ejemplo;
y si en tu suelo desgarrado al choque
de destructivos terremotos, pudo
tremolarse algún tiempo la bandera

* *Catuche*. Riachuelo que corre por la parte de Caracas en que hizo más estragos el terremoto de 1812.

440 de los tiranos, en tus nobles hijos
viviste inexpugnable, de los hombres
y de los elementos vencedora.

Renacerás, renacerás ahora;
florecerán la paz y la abundancia
445 en tus talados campos; las divinas
Musas te harán favorecida estancia,
y cubrirán de rosas tus ruinas.

.....

¡Colombia! ¿qué montaña, qué ribera,
qué playa inhospital, donde antes sólo
450 por el furor se vio de la pantera
o del caimán el suelo en sangre tinto;
cuál selva tan oscura, en tu recinto,
cuál queda ya tan solitaria cima,
que horror no ponga y grima,
455 de humanas osamentas hoy sembrada,
feo padrón del sanguinario instinto
que también contra el hombre al hombre anima?
Tu libertad ¡cuán caro
compraste! ¡cuánta tierra devastada!
460 ¡cuánta familia en triste desamparo!
Mas el bien adquirido al precio excede.
¿Y cuánto nombre claro
no das también al templo de memoria?

Con los de Codro y Curcio el de Ricaurte
465 vivirá, mientras hagan el humano
pecho latir la libertad, la gloria.
Vióle en sangrientas lides el Aragua
dar a su patria lustre, a España miedo;
el despotismo sus falanges dobla,
470 y aun no sucumbe al número el denuedo.
A sorprender se acerca una columna
el almacén que con Ricaurte guarda
escasa tropa; él, dando de los suyos
a la salud lo que a la propia niega,
475 aléjalos de sí; con ledó rostro
su intento oculta. Y ya de espeso polvo
se cubre el aire, y cerca se oye el trueno
del hueco bronce, entre dolientes ayes
de inerme vulgo, que a los golpes cae
480 del vencedor; mas no, no impunemente:
Ricaurte aguarda de una antorcha armado.

Y cuando el puesto que defiende mira
de la contraria hueste rodeado,
que, ebria de sangre, a fácil presa avanza;
485 cuando el punto fatal, no a la venganza,
(que indigna juzga), al alto sacrificio
con qué llenar el cargo honroso anhela,
llegado ve, ¡Viva la patria! clama;
la antorcha aplica; el edificio vuela.

490 Ni tú de Ribas callarás la fama,
a quien vio victorioso Niquitao,
Horcones, Ocumare, Vigirima,
y, dejando otros nombres, que no menos
dignos de loa Venezuela estima,
495 Urica, que ilustrarle pudo sola,
donde de heroica lanza atravesado
mordió la tierra el sanguinario Boves,
monstruo de atrocidad más que española.
¿Qué, si de Ribas a los altos hechos
500 dio la fortuna injusto premio al cabo?
¿Qué, si cautivo el español le insulta?
¿Si perecer en el suplicio le hace
a vista de los suyos? ¿si su yerta
cabeza expone en afrentoso palo?
505 Dispensa a su placer la tiranía
la muerte, no la gloria, que acompaña
al héroe de la patria en sus cadenas,
y su cadalso en luz divina baña.

Así expiró también, de honor cubierto,
510 entre víctimas mil, Baraya, a manos
de tus viles satélites, Morillo;
ni el duro fallo a mitigar fue parte
de la mísera hermana el desamparo,
que, lutos arrastrando, acompañada
515 de cien matronas, tu clemencia implora.
"Muera (respondes) el traidor Baraya,
y que a destierro su familia vaya".
Baraya muere, mas su ejemplo vive.
¿Piensas que apagarás con sangre el fuego
520 de libertad en tantas almas grandes?
Del Cotopaxi ve a extinguir la hoguera
que ceban las entrañas de los Andes.
Mira correr la sangre de Rovira,
a quien lamentan Mérida y Pamplona;

- 525 y la de Freites derramada mira,
 el constante adalid de Barcelona;
 Ortiz, García de Toledo expira;
 Granados, Amador, Castillo muere;
 yace Cabal, de Popayán llorado,
 530 llorado de las ciencias; fiera bala
 el pecho de Camilo Torres hiere;
 Gutiérrez el postrero aliento exhala;
 perece Pombo, que, en el banco infausto,
 el porvenir glorioso de su patria
 535 con profético acento te revela;
 no la íntegra virtud salva a Torices;
 no la modestia, no el ingenio a Caldas. . .
 De luto está cubierta Venezuela,
 Cundinamarca desolada gime,
 540 Quito sus hijos más ilustres llora.
 Pero ¿cuál es de tu crueldad el fruto?
 ¿A Colombia otra vez Fernando oprime?
 ¿Méjico a su visir postrada adora?
 ¿El antiguo tributo
 545 de un hemisferio esclavo a España llevas?
 ¿Puebla la inquisición sus calabozos
 de americanos; o españolas cortes
 dan a la servidumbre formas nuevas?
 ¿De la sustancia de cien pueblos, graves
 550 la avara Cádiz ve volver sus naves?
 Colombia vence; libertad los vanos
 cálculos de los déspotas engaña;
 y fecundos tus triunfos inhumanos,
 más que a ti de oro, son de oprobio a España.
 555 Pudo a un Cortés, pudo a un Pizarro el mundo
 la sangre perdonar que derramaron;
 imperios con la espada conquistaron;
 mas a ti ni aun la vana, la ilusoria
 sombra, que llama gloria
 560 el vulgo adorador de la fortuna,
 adorna; aquella efímera victoria
 que de inermes provincias te hizo dueño,
 como la aérea fábrica de un sueño
 desvaneciósese, y nada deja, nada
 565 a tu nación, excepto la vergüenza
 de los delitos con que fue comprada.
 Quien te pone con Alba en paralelo,
 ¡oh cuánto yerra! En sangre bañó el suelo
 de Batavia el ministro de Felipe;

- 570 pero si fue crüel y sanguinario,
 bajo no fue; no acomodando al vario
 semblante de los tiempos su semblante,
 ya desertor del uno,
 ya del otro partido,
 575 sólo el de su interés siguió constante;
 no alternativamente
 fue soldado feroz, patriota falso;
 no dio a la inquisición su espada un día,
 y por la libertad lidió el siguiente;
 580 ni traficante infame del cadalso,
 hizo de los indultos granjería.

- Musa, cuando las artes españolas
 a los futuros tiempos recordares,
 víctimas inmoladas a millares;
 585 pucblos en soledades convertidos;
 la hospitalaria mesa, los altares
 con sangre fraternal enrojecidos;
 de exánimes cabezas decoradas
 las plazas; aun las tumbas ultrajadas;
 590 doquiera que se envainan las espadas,
 entronizado el tribunal de espanto,
 que llama a cuentas el silencio, el llanto,
 y el pensamiento a su presencia cita,
 que premia al delator con la sustancia
 595 de la familia mísera proscrita,
 y a peso de oro, en nombre de Fernando,
 vende el permiso de vivir temblando;
 puede ser que parezcan tus verdades
 delirios de estragada fantasía
 600 que se deleita en figurar horrores;
 mas ¡oh de Quito ensangrentadas paces!
 ¡oh de Valencia abominable jura!
 ¿será jamás que lleguen tus colores,
 oh Musa, a realidad tan espantosa?
 605 A la hostia consagrada, en religiosa
 solemnidad expuesta, hace testigo
 del alevoso pacto el jefe ibero *;
 y entre devotas preces, que dirige
 al cielo, autor de la concordia, el clero,
 610 en nombre del presente Dios, en nombre
 de su monarca y de su honor, a vista

* Boves.

de entrambos bandos y del pueblo entero,
a los que tiene puestos ya en la lista
de proscripción, fraternidad promete.
615 Celébrase en espléndido banquete
la paz; los brindis con risueña cara
recibe. . . y ya en silencio se prepara
el desenlace de este drama infando;
el mismo sol que vio jurar las paces,
620 Colombia, a tus patriotas vio expirando.

A ti también, Javier Ustáriz, cupo
mísero fin; atravesado fuiste
de hierro atroz a vista de tu esposa
que con su llanto enternecer no pudo
625 a tu verdugo, de piedad desnudo;
en la tuya y la sangre de sus hijos
a un tiempo la infeliz se vio bañada.
¡Oh Maturín! ¡oh lúgubre jornada!
¡Oh día de aflicción a Venezuela,
630 que aún hoy, de tanta pérdida preciosa,
apenas con sus glorias se consuela!
Tú en tanto en la morada de los justos
sin duda el premio, amable Ustáriz, gozas
debido a tus fatigas, a tu celo
635 de bajos intereses desprendido;
alma incontaminada, noble, pura,
de elevados espíritus modelo,
aun en la edad oscura
en que el premio de honor se dispensaba
640 sólo al que a precio vil su honor vendía,
y en que el rubor de la virtud, altivo
desdén y rebelión se interpretaba.
La música, la dulce poesía
¿son tu delicia ahora, como un día?
645 ¿O a más altos objetos das la mente,
y con los héroes, con las almas bellas
de la pasada edad y la presente,
conversas, y el gran libro desarrollas
de los destinos del linaje humano,
650 y los futuros casos de la grande
lucha de libertad, que empieza, lees,
y su triunfo universal lejano?
De mártires que dieron por la patria
la vida, el santo coro te rodea:
655 Régulo, Trásea, Marco Bruto, Decio,

cuantos immortaliza Atenas libre,
 cuantos Esparta y el romano Tíbre;
 los que el bávaro suelo y el helvecio
 muriendo consagraron, y el britano;
 660 Padilla, honor del nombre castellano;
 Caupolicán y Guacaipuro altivo *,
 y España ** osado; con risueña frente
 Guatimozín te muestra el lecho ardiente;
 muéstrate Gual *** la copa del veneno;
 665 Luisa el cruento azote;
 y tú, en el blanco seno,
 las rojas muestras de homicidas balas,
 heroica Policarpa le señalas,
 tú que viste expirar al caro amante
 670 con firme pecho, y por ajenas vidas
 diste la tuya, en el albor temprano
 de juventud, a un bárbaro tirano.

¡Miranda! de tu nombre se gloria
 también Colombia; defensor constante
 675 de sus derechos; de las santas leyes,
 de la severa disciplina amante.
 Con reverencia ofrezco a tu ceniza
 este humilde tributo, y la sagrada
 rama a tu efigie venerable ciño,
 680 patriota ilustre, que, proscrito, errante,
 no olvidaste el cariño
 del dulce hogar, que vio mecer tu cuna;
 y ora blanco a las iras de fortuna,
 ora de sus favores halagado,
 685 la libertad americana hiciste
 tu primer voto, y tu primer cuidado.
 Osaste, solo, declarar la guerra
 a los tiranos de tu tierra amada;
 y desde las orillas de Inglaterra,
 690 diste aliento al clarín, que el largo sueño
 disipó de la América, arrullada
 por la superstición. Al noble empeño
 de sus patricios, no faltó tu espada;

* *Caupolicán*. Véase el poema de Ercilla, y particularmente su canto XXXIV. *Guacaipuro*. Cacique de una de las tribus caraqueñas, que, por no entregarse a los españoles, consintió ser abrasado vivo en su choza.

** *España*. Uno de los jefes de la conspiración tramada en Caracas y La Guaira a fines del siglo pasado; véase el *Viaje* de Depons cap. 3 t. I.

*** *Gual*. Compañero de España; envenenado en la isla de Trinidad por un agente del gobierno español.

y si, de contratiempos asaltado
695 que a humanos medios resistir no es dado,
te fue el ceder forzoso, y en cadena
a manos perecer de una perfidia,
tu espíritu no ha muerto, no; resuena,
resuena aún el eco de aquel grito
700 con que a lidiar llamaste; la gran lidia
de que desarrollaste el estandarte,
triunfa ya, y en su triunfo tienes parte.

Tu nombre, Girardot, también la fama
hará sonar con inmortales cantos,
705 que del Santo Domingo en las orillas
dejas de tu valor indicios tantos.
¿Por qué con fin temprano el curso alegre
cortó de tus hazañas la fortuna?
Caíste, sí; mas vencedor caíste;
710 y de la patria el pabellón triunfante
sombra te dio al morir, enarbolado
sobre las conquistadas baterías,
de los usurpadores sepultura.
Puerto Cabello vio acabar tus días,
715 mas tu memoria no, que eterna dura.

Ni menos estimada la de Roscio
será en la más remota edad futura.
Sabio legislador le vio el senado,
el pueblo, incorruptible magistrado,
720 honesto ciudadano, amante esposo,
amigo fiel, y de las prendas todas
que honran la humanidad cabal dechado.
Entre las olas de civil borrasca,
el alma supo mantener serena;
725 con rostro igual vio la sonrisa aleve
de la fortuna, y arrastró cadena;
y cuando del baldón la copa amarga
el canario soez * pérfidamente
le hizo agotar, la dignidad modesta
730 de la virtud no abandonó su frente.
Si de aquel ramo que Gradivo empapa
de sangre y llanto está su sien desnuda,
¿cuál otro honor habrá que no le cuadre?
De la naciente libertad, no sólo
735 fue defensor, sino maestro y padre.

* Monteverde.

No negará su voz divina Apolo
a tu virtud, ¡oh Piar!, su voz divina,
que la memoria de alentados hechos
redime al tiempo y a la Parca avara.
740 Bien tus proezas Maturín declara,
y Cumaná con Güiría y Barcelona,
y del Juncal el memorable día,
y el campo de San Félix las pregona,
que con denuedo tanto y bizarría
745 las enemigas filas disputaron,
pues aún postradas por la muerte guardan
el orden triple en que a la lid marcharon.
¡Dichoso, si Fortuna tu carrera
cortado hubiera allí, si tanta gloria
750 algún fatal desliz no oscureciera!

Pero ¿a dónde la vista se dirige
que monumentos no halle de heroísmo?
¿La retirada que Mac Gregor rige
diré, y aquel puñado de valientes,
755 que rompe osado por el centro mismo
del poder español, y a cada huella
deja un trofeo? ¿Contaré las glorias
que Anzoátegui lidiando gana en ella,
o las que de Carúpano en los valles,
760 o en las campañas del Apure, han dado
tanto lustre a su nombre, o como experto
caudillo, o como intrépido soldado?
¿El batallón diré que, en la reñida
función de Bomboná, las bayonetas
765 en los pendientes precipicios clava,
osa escalar por ellos la alta cima,
y de la fortaleza se hace dueño
que a las armas patricias desafiaba?
¿Diré de Vargas el combate insigne,
770 en que Rondón, de bocas mil, que muerte
vomitan sin cesar, el fuego arrostra,
el puente fuerza, sus guerreros guía
sobre erizados riscos que aquel día
oyeron de hombres la primer pisada,
775 y al español sorprende, ataca, postra?
¿O citaré la célebre jornada
en que miró a Cedeño el anchuroso
Caura, y a sus bizarros compañeros,
llevados los caballos de la rienda,

- 780 fñados a la boca los aceros,
 su honda corriente atravesar a nado,
 y de las contrapuestas baterías
 hacer huir al español pasmado?
 Como en aquel jardín que han adornado
- 785 naturaleza y arte a competencia,
 con vago revolar la abeja activa
 la más sutil y delicada esencia
 de las más olorosas flores liba;
 la demás turba deja, aunque de galas
- 790 brillante, y de süave aroma llena,
 y torna, fatigadas ya las alas
 de la dulce tarea, a la colmena;
 así el que osare con tan rico asunto
 medir las fuerzas, dudará qué nombre
- 795 cante primero, qué virtud, qué hazaña;
 y a quien la lira en él y la voz pruebe,
 sólo dado será dejar vencida
 de tanto empeño alguna parte breve.
- ¿Pues qué, si a los que vivos todavía
- 800 la patria goza (y plegue a Dios que el día
 en que los llore viuda, tarde sea)
 no se arredrare de elevar la idea?
 ¿Si audaz cantare al que la helada cima
 superó de los Andes, y de Chile
- 805 despedazó los hierros, y de Lima?

- ¿O al que de Cartagena el gran baluarte
 hizo que de Colombia otra vez fuera?
 ¿O al que en funciones mil pavor y espanto
 puso, con su marcial legión llanera,
- 810 al español; y a Marte lo pusiera?
 ¿O al héroe ilustre, que de lauro tanto
 su frente adorna, antes de tiempo cana,
 que en Cúcuta domó, y en San Mateo,
 y en el Araure la soberbia hispana;
- 815 a quien los campos que el Arauca riega
 nombre darán, que para siempre dure,
 y los que el Cauca, y los que el ancho Apure;
 que en Gámeza triunfó, y en Carabobo,
 y en Boyacá, donde un imperio entero
- 820 fue arrebatado al despotismo ibero?
 Mas no a mi débil voz la larga suma
 de sus victorias numerar compete;

- a ingenio más feliz, más docta pluma,
su grata patria encargo tal comete;
825 pues como aquel samán * que siglos cuenta,
de las vecinas gentes venerado,
que vio en torno a su basa corpulenta
el bosque muchas veces renovado,
y vasto espacio cubre con la hojosa
830 copa, de mil inviernos victoriosa;
así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano;
digna de que la lleven dulce rima
y culta historia al tiempo más lejano.

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TORRIDA

- ¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
5 acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
10 a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
15 que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.
- Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
20 por quien desdeña el mundo los panales;
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmín viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;

* *Samán*. Especie agigantada del género *Mimosa*, común en Venezuela.

- 25 y de tu añil la tinta generosa
 émula es de la lumbre del zafiro.
 El vino es tuyo, que la herida agave *
 para los hijos vierte
 del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,
 30 que, cuando de süave
 humo en espiras vagorosas huya,
 solazará el fastidio al ocio inerte.
 Tú vistes de jazmines
 el arbusto sabeo **,
 35 y el perfume le das, que en los festines
 la fiebre insana templará a Lieo.
 Para tus hijos la procera palma ***
 su vario feudo cría,
 y el ananás sazona su ambrosía;
 40 su blanco pan la yuca ****;
 sus rubias pomas la patata educa;
 y el algodón despliega al aura leve
 las rosas de oro y el vellón de nieve.
 Tendida para ti la fresca parcha *****
 45 en enramadas de verdor lozano,
 cuelga de sus sarmientos trepadores
 nectáreos globos y franjadas flores;
 y para ti el maíz, jefe altanero
 de la espigada tribu, hincha su grano;
 50 y para ti el banano *****
 desmaya al peso de su dulce carga;
 el banano, primero
 de cuantos concedió bellos presentes
 Providencia a las gentes

* *Agave*. Magucy o pita (*Agave americana* L.) que da el pulque.

** El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Saba, que es cabalmente donde hoy está Moka.

*** Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre: pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc.

**** No se debe confundir (como se ha hecho en un diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casabe (que es la *latropha manihot* de Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de yuca) con la yucca de los botánicos.

***** *Parcha*. Este nombre se da en Venezuela a las *Pasifloras* o *Pasionarias*, género abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos.

***** El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones o haciendas, y de que sacan mediana o inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no sólo da, a proporción del terreno que ocupa, más cantidad de alimento que ninguna otra siembra o plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios, éste es el que pide menos trabajo y menos cuidado.

- 55 del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo;
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo;
60 escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

- Mas ¡oh! ¡si cual no cede
65 el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
y como de natura esmero ha sido,
de tu indolente habitador lo fuera!
¡Oh! ¡si al falaz rüido
la dicha al fin supiese verdadera
70 anteponer, que del umbral le llama
del labrador sencillo,
lejos del necio y vano
fasto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano!
75 ¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
al cuidado abandonan
y a la fe mercenaria
80 las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,
85 o al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
90 se endurece el mancebo a la fatiga;
mas la salud estraga en el abrazo
de pérfida hermosura,
que pone en almoneda los favores;
mas pasatiempo estima
95 prender aleve en casto seno el fuego
de ilícitos amores;
o embebecido le hallará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.

En tanto a la lisonja seductora
 100 del asiduo amador fácil oído
 da la consorte; crece
 en la materna escuela
 de la disipación y el galanteo
 la tierna virgen, y al delito espuela
 105 es antes el ejemplo que el deseo.
 ¿Y será que se formen de ese modo
 los ánimos heroicos denodados
 que fundan y sustentan los estados?
 ¿De la algazara del festín beodo,
 110 o de los coros de liviana danza,
 la dura juventud saldrá, modesta,
 orgullo de la patria, y esperanza?
 ¿Sabrá con firme pulso
 de la severa ley regir el freno;
 115 brillar en torno aceros homicidas
 en la dudosa lid verá sereno;
 o animoso hará frente al genio altivo
 del engreído mando en la tribuna,
 aquel que ya en la cuna
 120 durmió al arrullo del cantar lascivo,
 que riza el pelo, y se unge, y se atavia
 con femenil esmero,
 y en indolente ociosidad el día,
 o en criminal lujuria pasa entero?
 125 No así trató la triunfadora Roma
 las artes de la paz y de la guerra;
 antes fio las riendas del estado
 a la mano robusta
 que tostó el sol y encalleció el arado;
 130 y bajo el techo humoso campesino
 los hijos educó, que el conjurado
 mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡los que afortunados poseedores
 habéis nacido de la tierra hermosa,
 135 en que reseña hacer de sus favores,
 como para ganáros y atraeros,
 quiso Naturaleza bondadosa!
 romped el duro encanto
 que os tiene entre murallas prisioneros.
 140 El vulgo de las artes laborioso,
 el mercader que necesario al lujo
 al lujo necesita,

- los que anhelando van tras el señuelo
del alto cargo y del honor ruidoso,
- 145 la grey de aduladores parasita,
gustosos pueblen ese infecto caos;
el campo es vuestra herencia; en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita,
no allá donde el magnate
- 150 entre armados satélites se mueve,
y de la moda, universal señora,
va la razón al triunfal carro atada,
y a la fortuna la insensata plebe,
y el noble al aura popular adora.
- 155 ¿O la virtud amáis? ¡Ah, que el retiro,
la solitaria calma
en que, juez de sí misma, pasa el alma
a las acciones, muestra
es de la vida la mejor maestra!
- 160 ¿Buscáis durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada
y a su terreno asiento, en que vecina
está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre
donde halaga la flor, punza la espina?
- 165 Id a gozar la suerte campesina;
la regalada paz, que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran;
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
- 170 y el sabor de los fáciles manjares,
que dispendiosa gula no le aceda;
y el asilo seguro
de sus patrios hogares
que a la salud y al regocijo hospeda.
- 175 El aura respirad de la montaña,
que vuelve al cuerpo laso
el perdido vigor, que a la enojosa
vejez retarda el paso,
y el rostro a la beldad tiñe de rosa.
- 180 ¿Es allí menos blanda por ventura
de amor la llama, que templó el recato?
¿O menos aficiona la hermosura
que de extranjero ornato
y afeites impostores no se cura?
- 185 ¿O el corazón escucha indiferente
el lenguaje inocente
que los afectos sin disfraz expresa,

- y a la intención ajusta la promesa?
 No del espejo al importuno ensayo
 190 la risa se compone, el paso, el gesto;
 ni falta allí carmín al rostro honesto
 que la modestia y la salud colora,
 ni la mirada que lanzó al soslayo
 tímido amor, la senda al alma ignora.
 195 ¿Esperaréis que forme
 más venturosos lazos himeneo,
 do el interés barata,
 tirano del deseo,
 ajena mano y fe por nombre o plata,
 200 que do conforme gusto, edad conforme,
 y elección libre, y mutuo ardor los ata?

- Allí también deberes
 hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
 heridas de la guerra; el fértil suelo,
 205 áspero ahora y bravo,
 al desacostumbrado yugo torne
 del arte humana y le tribute esclavo.
 Del obstruido estanque y del molino
 recuerden ya las aguas el camino;
 210 el intrincado bosque el hacha rompa,
 consuma el fuego; abrid en luengas calles
 la oscuridad de su infructuosa pompa.
 Abrigo den los valles
 a la sedienta caña;
 215 la manzana y la pera
 en la fresca montaña
 el cielo olviden de su madre España;
 adorne la ladera
 el cafetal; ampare
 220 a la tierna teobroma en la ribera
 la sombra maternal de su bucare; *
 aquí el vergel, allá la huerta ría . . .
 ¿Es ciego error de ilusa fantasía?
 Ya dócil a tu voz, agricultura,
 225 nodriza de las gentes, la caterva
 servil armada va de corvas hoces.
 Mírola ya que invade la espesura
 de la floresta opaca; oigo las voces,
 siento el rumor confuso; el hierro suena,
 230 los golpes el lejano

* El cacao (*Theobroma cacao* L.) suele plantarse en Venezuela a la sombra de árboles corpulentos llamados *bucares*.

- eco redobla; gime el ceibo anciano,
que a numerosa tropa
largo tiempo fatiga;
batido de cien hachas, se estremece,
235 estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
deja la prole implume
el ave, y otro bosque no sabido
de los humanos va a buscar doliente . . .
240 ¿Qué miro? Alto torrente
de sonora llama
corre, y sobre las áridas ruinas
de la postrada selva se derrama.
El raudó incendio a gran distancia brama,
245 y el humo en negro remolino sube,
aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
verdor hermoso y fresca lozanía,
sólo difuntos troncos,
250 sólo cenizas quedan; monumento
de la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
de las tupidas plantas montaraces,
sucede ya el fructífero plantío
255 en muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
y a los rollizos tallos hurta el día;
ya la primera flor desvuelve el seno,
bello a la vista, alegre a la esperanza;
260 a la esperanza, que riendo enjuga
del fatigado agricultor la frente,
y allá a lo lejos el opimo fruto,
y la cosecha apañadora pinta,
que lleva de los campos el tributo,
265 colmado el cesto, y con la falda en cinta,
y bajo el peso de los largos bienes
con que al colono acude,
hace crujir los vastos almacenes.
- ¡Buen Dios! no en vano sude,
270 mas a merced y a compasión te mueva
la gente agricultora
del ecuador, que del desmayo triste
con renovado aliento vuelve ahora,
y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,

- 275 tantos años de fiera
devastación y militar insulto,
aún más que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
halle a tus ojos gracia; no el risueño
280 porvenir que las penas le aligera,
cual de dorado sueño
visión falaz, desvanecido llore;
intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrión; el diente impío
285 de insecto roedor no lo devore;
sañudo vendaval no lo arrebate,
ni agote al árbol el materno jugo
la calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
290 árbitro de la suerte soberano,
que, suelto el cuello de extranjero yugo,
irguiese al cielo el hombre americano,
benedicida de ti se arraigue y medre
su libertad; en el más hondo encierra
295 de los abismos la malvada guerra,
y el miedo de la espada asoladora
al suspicaz cultivador no arredre
del arte bienhechora,
que las familias nutre y los estados;
300 la azorada inquietud deje las almas,
deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
expíamos la bárbara conquista.
¿Cuántas doquier la vista
305 no asombran erizadas soledades,
do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
suplicios, orfandades,
¿quién contará la pavorosa suma?
310 Saciadas duermen ya de sangre ibera
las sombras de Atahualpa y Motezuma.
¡Ah! desde el alto asiento,
en que escabel te son alados coros
que velan en pasmado acatamiento
315 la faz ante la lumbre de tu frente,
(si merece por dicha una mirada
tuya la sin ventura humana gente),
el ángel nos envía,
el ángel de la paz, que al crudo ibero

- 320 haga olvidar la antigua tiranía,
y acatar reverente el que a los hombres
sagrado diste, imprescriptible fuero;
que alargar le haga al injuriado hermano,
(¡ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
325 y si la innata mansedumbre duerme,
la despierte en el pecho americano.
El corazón lozano
que una feliz oscuridad desdeña,
que en el azar sangriento del combate
330 alborozado late,
y codicioso de poder o fama,
nobles peligros ama;
baldón estime sólo y vituperio
el prez que de la patria no reciba,
335 la libertad más dulce que el imperio,
y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea;
el ramo de victoria
340 colgado al ara de la patria sea,
y sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entonces, Patria mía,
verá la paz el suspirado día;
la paz, a cuya vista el mundo llena
345 alma, serenidad y regocijo;
vuelve alentado el hombre a la faena,
alza el ancla la nave, a las amigas
auras encomendándose animosa,
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
350 y no basta la hoz a las espigas.

- ¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzáis sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!
honrad el campo, honrad la simple vida
355 del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,
y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda
360 de la inmortalidad, ardua y fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad; y nuevos nombres

- añadiendo la fama
365 a los que ahora aclama,
"hijos son éstos, hijos,
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima;
370 de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo, y en Junín, y en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al león de España".

EL HIMNO DE COLOMBIA

Canción Militar

Dedicada a S. E. el Presidente Libertador Simón Bolívar

1

Otra vez con cadenas y muerte
amenaza el tirano español.
Colombianos, volad a las armas,
repeled, repeled la opresión.

- 5 Suene ya la trompeta guerrera,
y responda tronando el cañón;
de la Patria seguid la divisa,
que os señala el camino de honor.

CORO

- 10 Suena ya la trompeta guerrera
y responde tronando el cañón;
ya la patria arboló su divisa,
que nos muestra el camino de honor.

2

- ¿Qué Patriota de nobles ideas
apetece la torpe inacción?
15 ¿quién aprecia el reposo entre grillos?
Ciudadano, morir es mejor.

Libertad, haz que dulce resuene
de Colombia a los hijos tu voz;
que jamás uno solo se afrente,
20 prefiriendo la vida al honor.

CORO

Libertad, ¡oh cuán dulce que suena
de Colombia a los hijos tu voz!
No será que uno solo se afrente
prefiriendo la vida al honor.

3

25 De la Patria es la luz que miramos,
de la Patria la vida es un don.
Verteremos por ella la sangre,
por un bárbaro déspota no.

Libertad es la vida del alma;
30 servidumbre hace vil al varón.
Defender a un tirano es oprobio;
perecer por la Patria es honor.

CORO

Libertad es la vida del alma;
servidumbre hace vil al varón.
35 Defender a un tirano es oprobio,
perecer por la Patria es honor.

4

Defended este suelo sagrado,
que crecer vuestra infancia miró;
en que yacen cenizas heroicas,
40 en que reina una libre nación.

Recordad tantas prendas queridas,
de la esposa el abrazo de amor,
de los hijos el beso inocente,
de los Padres la herencia de honor.

CORO

- 45 Defendamos la patria querida
que nos guarda las prendas de amor;
defendamos los caros hogares;
conservemos la herencia de honor.

5

- Recordad los patriotas ilustres
50 que cobarde crueldad inmoló.
¿No escucháis que apellidan venganza? . . .
Embestid a esa turba feroz.

- Recordad del Araure los campos,
que el valor colombiano ilustró;
55 a Junín, Boyacá y Ayacucho,
monumentos eternos de honor.

CORO

- Recordemos de Araure los campos
que el valor colombiano ilustró;
a Junín, Boyacá y Ayacucho,
60 monumentos eternos de honor.

6

- ¿Veis llegar las legiones venales,
que conduce a la lid la ambición?
Contra pechos de libres patriotas
impotente será su furor.
- 65 Atacad; una fe mercenaria
poco da que temer al valor.
Por victoria hallarán escarmiento,
por botín llevarán deshonor.

CORO

- Avanzad, oh legiones venales,
70 que conduce a la lid la ambición;
por victoria hallaréis escarmiento
por botín llevaréis deshonor.

CANCION A LA DISOLUCION DE COLOMBIA

Deja, discordia bárbara, el terreno
que el pueblo de Colón a servidumbre
redimió vencedor; y allá vomita,
aborrecida furia, tu veneno,
5 y esa tu tea, a cuya triste lumbre
el tierno pecho maternal palpita,
allá tan sólo agita,
donde jamás fue oído
de libertad el nombre,
10 y donde el cuello dobla, encallecido
bajo indigna cadena, el hombre al hombre.

¿El que la ley ató sagrado nudo
que se dignaron bendecir los cielos
en tanta heroica lid desde los llanos
15 que baña el Orinoco hasta el desnudo
remoto Potosí, romperán celos
indignos de patriotas y de hermanos?
¿De labios colombianos
saldrá la voz impia:
20 *Colombia fue?* ¿Y el santo
título abjuremos que alegría
al nuevo mundo dio y a Iberia espanto?

¡Ah! no será, ni en corazones cabe
que enamoró la gloria, tanta mengua;
25 o si pudo el valor desatentado
culpa, un momento, consentir tan grave;
honor lo contradijo, y de la lengua
volvió la voz al pecho horrorizado;
que no en vano regado
30 con la sangre habrá sido
de víctimas sin cuento
el altar, do en mil votos repetido
se oyó de unión eterna el juramento.

¿Qué acento pudo a la postrada España
35 más alegre sonar? Miradla el luto
mudar gozosa en púrpura fulgente.
Ya en su delirio, la visión apaña
del cetro antiguo, y el servil tributo
demanda con usura al Occidente.

- 40 Brilla en la cana frente
el orgullo altanero,
cual súbito revive,
cuando iba el rayo a despedir postrero,
la tibia luz que pábulo recibe.
- 45 "¿Es éste el pueblo desdeñoso, esquivo,
(con irrisión dirá) que oprobio estima
mis leyes, y mi nombre vituperio?
No de tener el corazón altivo
de sus padres blasone; no le anima
50 alma capaz de libertad e imperio.
En largo cautiverio
degeneraron; falta
para llevar a cabo
una empresa tan alta
55 generosa virtud al que fue esclavo.
- "¿Veislos violar el pacto, fementidos,
jurado apenas? ¿Veislos ya la espada
contra sí revolver? El ebrio sueño
desvaneci6se; en breve, en breve uncidos
60 pedirán ser a la coyunda usada,
y de la voz se acordarán del dueño".
—¡Ciego error! ¡Vano empeño!
Si dejada el torrente
su natural costumbre,
65 arrastrare sus ondas a la fuente,
querrá volver el libre a servidumbre.
- Mas, ¡oh vosotros!, ¿dejaréis que infame
la causa que os unió maldad tamaña?
¿Falta al acero empleo? ¿No hay tirano
70 que herencia suya vuestro suelo llame?
¿Veng6se ya la sangre que lo baña?
¿Los rumbos olvid6 del oceano
el pabell6n hispano? . . .
¿Qué digo? A vuestra vista
75 las barras y leones
en arreo despliega de conquista,
y guía a nueva lid nuevas legiones.
- Sí, que de Cuba en la vecina playa
(merced a los furores parricidas
80 que en común daño alimentáis, y afrenta)
os amenaza Iberia, os atalaya,

- y de combates mil las esparcidas
reliquias apellida, y junta, y cuenta.
De allí la seña ostenta
- 85 a la traición aleve,
que callada vigila
entre vosotros, y las tramas mueve
de oculto fraude, y ya el puñal afila.
- ¿Y en miserables contiendas distraídos
- 90 la pública salud tenéis en nada?
¿Queréis que, de humo y polvo en nube densa,
el bronce tronador dé a los oídos
súbito aviso de enemiga entrada,
para acudir a la común defensa?
- 95 ¡Cuán otro el que así piensa
de los que libertaron
de los incas la cuna,
y al carro de Colombia encadenaron
en distantes batallas la fortuna!
- 100 Mirad, mirad en cuál congoja y duelo
a la Patria sumís, que la unión santa
con voz llorosa invoca y suplicante.
La dulce Patria, en que la luz del cielo
visteis primera, y do la débil planta
- 105 estampó el primer paso vacilante;
la que os sustenta, amante
y liberal nodriza;
la que en su seno encierra
de tanto ilustre mártir la ceniza,
- 110 ¿teatro haréis de abominable guerra?
- ¡Guerra entre hermanos, fiera guerra, impía,
do el valor frenesí, do la lid crimen,
y aun el vencer ignominioso fuera!
¡Ah, no! volved en vos; y aquel que un día
- 115 amor de patria, aquéllas os animen
con que humillasteis la arrogancia ibera,
virtud sublime, austera,
y ardiente sed de fama,
y fe de limpio brillo;
- 120 una es la senda a que la Patria os llama,
uno el intento sea, uno el caudillo.

EL INCENDIO DE LA COMPAÑIA

Canto elegíaco

I

Santa casa de oración,
templo de la Compañía,
que a plegaria y a sermón
llamas de noche y de día
5 la devota población;

¿Qué esplendor, qué luz es ésta
que sobre ti se derrama?
No es luz de nocturna fiesta;
es devastadora llama;
10 es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría
el que por los aires corre;
ayes son esos que envía
envuelta en humo tu torre;
15 son gemidos de agonía *.

Jamás con furor tan ciego,
prendió escondida centella;
vióse breve lumbre; y luego
a grande altura descuella
20 una cúpula de fuego.

Raudo volcán se me antoja,
que aglomera nube a nube
de humareda parda y roja,
y ya hasta los cielos sube,
25 y encendida lava arroja.

Cual león que descuartiza
descuidada presa hambriento,
tal, encrespado se eriza,
tal ruge el fiero elemento,
30 que te reduce a ceniza.

* El toque a fuego en las campanas de la iglesia incendiada.

Aunque el pueblo te circunde
a socorrerte anhelante,
rápido el incendio cunde,
y hasta el cerro más distante
35 terrorífica luz difunde;

Y en cuanto la vista abraza,
tienen medrosos reflejos
toda calle y toda plaza,
y aun contemplados de lejos
40 espanto son y amenaza.

Una visión gigantea
que negras alas agita,
en lo alto revolotea;
soplando, el incendio irrita;
45 y sacude humosa tea.

¿Será aquel ángel, al pozo
de perdición derrocado,
a quien la miseria es gozo?
Sobre su rostro eclipsado,
50 vislumbra horrendo alborozo.

Ya del techo, alta diadema
de fuego, lluvia descende
ardiente, que alumbra y quema
la vasta nave, y se extiende
55 con voracidad extrema.

¡Virgen! si compadecida
te halló siempre el ruego humano,
detén la fiera avenida:
tiende el manto soberano
60 sobre tu mansión querida;

Sobre tu bella morada,
donde con ardientes votos
has sido siempre invocada;
donde mil labios devotos
65 te llamaron abogada.

Y tú, ¿puedes tolerar
que así las llamas te ultrajen,

Santo Arcángel titular? *
¿Se cebarán en tu imagen?
70 ¿Harán pavesas tu altar?

Nada aplaca su furor;
la destrucción es completa;
arde todo en derredor;
aun a su Dios no respeta
75 el fuego consumidor.

II

Y a ti también te devora,
centinela vocinglero,
atalaya veladora,
que has contado un siglo entero
80 a la ciudad, hora a hora.

Diste las nueve, y prendida
estabas viendo la hoguera
en que iba a expirar tu vida;
fue aquélla tu voz postrera,
85 y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
ese fatídico acento,
¿quién imaginó perderte,
y que en las alas del viento
90 iba la voz de la muerte?

Paréceme que decías:
“¡Adiós, patria! El cielo ordena
que no más las notas mías
desenvuelvan la cadena
95 de tus horas y tus días.

“Mil y mil formas miré
nacer al aura del mundo,
y florecer a mi pie,
y descender al profundo
100 abismo de lo que fue.

* La iglesia de la Compañía tuvo el título de San Miguel Arcángel.

“Yo te vi en tu edad primera
dormida esclava, Santiago,
sin que en tu pecho latiera
un sentimiento presago
105 de tu suerte venidera.

“Y te vi del largo sueño
despertar altiva, ardiente,
y oponer al torvo ceño
de los tiranos, la frente
110 de quien no conoce dueño.

“Vi sobre el pendón hispano
alzarse el de tres colores;
suceder a un yermo un llano
rico de frutos y flores;
115 y al esclavo el ciudadano.

“¡Santiago, adiós! Ya no más
el aviso diligente
de tu heraldo fiel oírás,
que los sordos pasos cuente
120 que hacia tu sepulcro das.

“¡Adiós! Llegó mi hora aciaga,
como llegará la tuya.
No hay cosa que no deshaga
el tiempo, y no la destruya;
125 aun a los imperios traga”.

III

El ángel que guarda y vela
a nuestra patria naciente,
ya que el incendio encarcela,
mustio, la mano en la frente,
130 el empíreo coro vuela.

Sacióse en el templo santo
el fuego; cesó el bullicio;
duerme la ciudad; y en tanto
en torno al trunco edificio
135 reina silencioso espanto.

Realza una opaca y fea
lumbre el horror y el asombro;
frío norte el humo ondea;
algún denegrido escombros
140 acá y allá centellea.

Entre la vasta rüina,
tal vez despierta y se encumbra
llamarada repentina,
que fantástica relumbra,
145 y todo el templo ilumina;

Mas otra voz se adormece;
y solamente la luna,
cuando entre nubes parece,
sobre el arco y la coluna
150 luminosa resplandece.

Y con pasmado estupor,
reciben nave y capilla
este tan nuevo esplendor,
lámpara sola que brilla
155 ante el Arca del Señor.

Y ya, si no es el graznido
de infelice ave nocturna
que busca en vano su nido,
o del aura taciturna
160 algún lánguido gemido,

O las alertas vecinas,
o anunciadora campana
de las preces matutinas,
o la lluvia que profana
165 las venerables rüinas,

Y bate la alta muralla,
y los sacros pavimentos,
triste campo de batalla
de encontrados elementos;
170 todo duerme, todo calla.

IV

Cuando, a vista de un estrago,
dolorido el pecho vibra,
¿hay un sentimiento vago
que nos alienta; una fibra
175 que halla en el dolor halago?

¿Es un instinto divino,
que cuando rompe y cancela
la fortuna un peregrino
monumento, nos revela
180 más elevado destino?

¿O con no usada energía
despierta en tu seno el alma
y bulle la fantasía
Noche oscura, muerta Calma,
185 solemne Melancolía?

Yo no sé, en verdad, qué sea
lo que entonces la transporta;
absorbida en una idea,
los terrenos lazos corta,
190 y libremente vaguea.

Y no es un descolorido
bosquejo lo que elabora,
que al pensamiento embebido
el *antes* se vuelve *ahora*,
195 y la memoria, sentido.

Las antiguas tradiciones
toman colores reales,
y quebrantan las prisiones
de las arcas sepulcrales
200 difuntas generaciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?
¿Qué insólito murmurar?
¿Qué voz turba de esta suerte
el silencio secular
205 de ese asilo de la muerte?

En sus lechos se incorporan
las heladas osamentas;
de los nichos en que moran
bajan sombras macilentas;
210 negras ropas las decoran.

Grima me da, cuando miro
la procesión, que la grada
monta del hondo retiro,
y en dos filas ordenada,
215 hace en torno un lento giro.

Va a su cabeza un anciano *;
una blanca mitra deja
asomar su pelo cano.
Cantan, y el canto semeja
220 sordo murmullo lejano.

Mueven el labio, y después
desmayados ecos gimen;
la luna pasa al través
de sus cuerpos; y no imprimen
225 huella en el polvo sus pies.

No, no es cosa de este mundo,
ni es lustre de ojos humanos,
el de aquel mirar profundo;
sendas hachas en sus manos
230 dan un brillo moribundo.

Y cuando atender se quiere
a lo que en el aire zumba
y en tristes cadencias muere,
se oye el cantar de la tumba,
235 el lúgubre *Miserere*.

"El brazo airado detén,
muestra benigno el semblante,
¡Sumo Autor de todo bien!
para que otra vez levante
240 sus muros Jerusalén" **.

* El obispo don Juan Melgarejo, sepultado en el cementerio de la Compañía.

** V. 236-240. Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut ædificentur muri Jerusalem. (Psalm. 50, v. 19).

Pero ya rayó la aurora,
y a su luz, cada vez más
la visión se descolora,
y al fin, como un leve gas,
245 por el aire se evapora.

Sobre la gran cordillera,
sube el primer sol de junio,
y apresura (cual si huyera
de ver tamaño infortunio)
250 entre nubes su carrera.

¡Ah! lo que ayer parecía
fábrica eterna, ¿quién pudo
adivinar que hoy sería
tostados leños, desnudo
255 paredón, ceniza fría?

Entre el pavor y el respeto
contempla el vulgo curioso
(¡horrible y misero objeto!)
de lo que fue templo hermoso
260 el mutilado esqueleto.

No brilla la antorcha clara;
no arde el incienso suave;
polvo inmundo afea el ara . . .
mas ¿por qué en lo menos grave
265 el pensamiento se para?

El Tabernáculo Santo . . .
Tu rostro en la tierra humilla,
¡Jerusalén! rasga el manto;
por tu pálida mejilla
270 hilo a hilo corra el llanto.

Prendió llama, llama insana,
el Señor; y dio al olvido
la fiesta de la semana;
y su tienda ha demolido,
275 y desechó su peana *.

* 269-275. Non est recordatus scabelli pedum suorum, et. (Jerem, *Thren*, II
1, 2, 3, 6).

Callan, ¡ay!, eternamente
la iglesia, la torre, el coro;
calló el rezo penitente;
calló el repique sonoro;
280 calló el púlpito elocuente.

La voz del himno ha cesado;
duelo cubre y confusión
al sagrario desolado;
y la hija de Sion
285 es un cadáver tiznado.

LAS FANTASMAS

Imitación de las Orientales de Víctor Hugo

I

¡Ah, qué de marchitas rosas
en su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
muertas en edad temprana!
5 Mezclados lleva el carro de la muerte
al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor
rinda su alegre esperanza
a la hoz del segador;
10 es forzoso que la danza
en el gozo fugaz de los festines
huelle los azahares y jazmines;

Que, huyendo de valle en valle,
sus ondas la fuente apure;
15 y que el relámpago estalle,
y un solo momento dure;
y el vendaval que perdonó a la zarza
la fresca pompa del almendro esparza.

El giro fatal no cesa:
20 la aurora anuncia el ocaso.
En torno a espléndida mesa,
jovial turba empina el vaso;
unos apenas gustan, y ya salen;
pocos hay que en el postre se regalen.

II

- 25 ¡Murieron, murieron mill!
 la rosada y la morena;
 la de la forma gentil;
 la de la voz de sirena;
 la que ufana brilló; la que otro ornato
 30 no usó jamás que el virginal recato.

- Una, apoyada la frente
 en la macilenta palma,
 mira al suelo tristemente;
 y al fin rompe al cuerpo el alma;
 35 como el jilguero, cuando oyó el reclamo,
 quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

- Otra, en un nombre querido,
 con loca fiebre delira;
 otra acaba, cual gemido
 40 lánguido de eolia lira,
 que el viento pulsa; o plácida fallece,
 cual sonriendo un niño se adormece.

- ¡Todas nacidas apenas,
 y ya cadáveres fríos! . . .
 45 palomas, de mimos llenas,
 y de hechiceros desvíos;
 primavera del mundo, apetecida
 gala de amor, encanto de la vida.

- ¿Y nada dejó la huesa?
 50 ¿ni una voz? ¿ni una mirada?
 ¿tanta llama, hecha pavesa?
 ¿y tanta flor, deshojada?
 ¡Adiós! huyamos a la amiga sombra
 de anciano bosque; pisaré la alfombra

- 55 De secas hojas, que crujan
 bajo mi pie vagoroso . . .
 Fantasmas se me dibujan
 entre el ramaje frondoso;
 a incierta luz siguiendo voy su huella,
 60 y de sus ojos la vivaz centella.

- ¿He sido ya polvo yerto,
y mi sombra despertó?
¿Como ellas estoy yo muerto?
¿O ellas vivas, como yo?
65 Yo la mano les doy entre las ralas
calles del bosque; ellas a mí sus alas;

- Y a su forma vaga, etérea,
mi pensamiento se amolda. . .
A do, meciendo funérea
70 colgadura, el sauce entolda
un blanco mármol, de tropel se lanzan;
y en baja voz me dicen: ¡ven! . . . y danzan.

- Vanse luego paso a paso
por la selva, y de repente
75 desaparecen. . . Yo repaso
la visión acá en mi mente,
y lo que entre los hombres ver solía,
reproduce otra vez la fantasía.

III

- ¡Una entre todas! . . . tan clara
80 la bella efígie, el semblante
me recuerdo, que jurara
estarla viendo delante:
crespas madejas de oro su cabello;
rosada faz; alabastrino cuello;
85 Albo seno, que palpita
con inocentes suspiros;
ojos, que el júbilo agita,
azules como zafiros;
y la celeste diáfana aureola
90 que en sus quince a la niña arrebola.

- Nunca en su pecho el ardor
de un liviano afecto, cupo;
no supo jamás de amor,
aunque inspirarlo sí supo.
95 Y si cuantos la ven, la llaman bella,
nadie al oído se lo dice a ella.

El baile fue su pasión,
y costóle caro asaz:
deslumbradora ilusión,
100 que pasatiempo y solaz
a todo pecho juvenil ofrece;
pero el de Lola embriaga y enloquece.

Todavía, cuando pasa
sobre su sepulcro alguna
105 nube de cándida gasa,
que hace fiestas a la luna,
o el mirto que lo cubre el viento mece,
rebulle su ceniza y se estremece.

La circular se le envía,
110 que para el baile la empena;
y si piensa en él de día,
en él a la noche sueña;
vuélanle en derredor regocijadas
visiones de danzantes, silfos y hadas;

115 Y la cercan plumas, blondas,
canastillas y bandejas,
mué de caprichosas ondas,
crespón, de que las abejas
pudieran hacerse alas; cintas, flores,
120 tocas de formas mil, de mil colores.

IV

Ya llega . . . los elegantes
le hacen rueda; luce el rico
bordado; en los albos guantes
se abre y cierra el abanico.
125 Ya da principio la anhelada fiesta:
y sus cien voces desplegó la orquesta.

¡Qué ágil salta o se desliza!
¡Qué movimiento agraciado!
Sus ojos, bajo la riza
130 crencha del pelo dorado,
brillan, como dos astros en la ceja
de luz que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es travesura,
 juego, donaire, alegría,
 135 inocencia... En una oscura,
 solitaria galería,
 yo, que los grupos móviles miraba,
 a Lola pensativo contemplaba...

Pensativo... caviloso...
 140 y triste no sé si diga;
 en el baile bullicioso,
 el loco placer hostiga;
 enturbia el tedio la delicia, y rueda
 impuro polvo en túnicas de seda.

145 Lola, en la festiva tropa,
 va, viene, revuelve, gira:
 ¡valse! ¡cuadrilla! ¡galopa!
 no descansa, no respira;
 seguir no es dado el fugitivo vuelo
 150 del lindo pie, que apenas toca el suelo.

Flautas, violines, violones,
 alegre canto, reflejos
 de arañas y de blandones,
 de lámparas y de espejos;
 155 flores, perfumes, joyas, tules, rasos,
 grato rumor de voces y de pasos,

Todo la exalta; la sala
 multiplica los sentidos.
 No sabe el pie si resbala
 160 sobre cristales pulidos,
 o sobre nube rápida se empine,
 o en agitadas olas remoline.

V

¡De día ya!... ¿Cuánto tarda
 la hora que al placer da fin?
 165 Lola en el umbral aguarda
 por la capa de satín;
 y bajo la delgada mantellina,
 cuela alevosa el aura matutina.

- ¡Ah! ¡qué triste tornaboda!
- 170 Risas, placeres, ¡adiós!
¡Adiós, arreos de moda!
Al canto sigue la tos;
al baile, ardor febril que la desvela,
dolor que punza, y respirar que anhela;
- 175 Y a la fresca tez rosada
la cárdena sigue luego;
y la pupila empañada
a la pupila de fuego.
Murió... ¡la alegre! ¡la gentil! ¡la pura!
- 180 ¡la amada!... el baile abrió su sepultura.
- Murió... la muerte la arranca
del abrazo maternal
—último abrazo— y la blanca
vestidura funeral
- 185 le pone, en vez de traje de la fiesta,
y es en un ataúd donde la acuesta.
- Un vaso de flores lleno
guarda la escogida flor,
que prendida llevó al seno;
- 190 y aún conserva su color:
cogióla en el jardín su mano hermosa,
y se marchitará sobre su losa.
- ¡Pobre madre! ¡Qué distante
de adivinar su fortuna,
- 195 cuando la arrullaba infante,
cuando la meció en la cuna,
y con solicitud, con ansia tanta,
miró crecer aquella tierna planta!
- ¿Para qué?... Su amor, su Lola,
- 200 cebo del gusano inmundo,
amarilla, muda, sola,
en un retrete profundo
duerme; y si en clara noche del hibierno
interrumpe la luna el sueño eterno,

205 Y a solemnizar la queda
los difuntos se levantan,
y en la apartada arboleda
fúnebres endechas cantan;
en vez de madre, un descarnado y triste
210 espectro al tocador de Lola asiste.

 "Hora es, dice, date prisa";
y abriendo los pavorosos
labios con yerta sonrisa,
pasa los dedos nudosos
215 de la descomunal mano de hielo
sobre las ondas del dorado pelo;

 Y luego la besa ufano;
y de mustia adormidera
la enguinalda, y de la mano,
220 la conduce a do la espera,
saltando entre las tumbas, coro aerio.
a la pálida luz del cementerio,

 Y tras un alto laurel
la luna su faz recata,
225 sirviéndole de dosel
nubes con franjas de plata,
que el iris de la noche en torno ciñe,
y de colores opalinos tiñe.

VI

 ¡Niñas! no el placer os tienta,
230 que víctima tanta inmola;
mas tened, tened presente
a la malograda Lola;
la compañera hermosa, amable, honesta,
arrebataada al mundo en una fiesta.

235 Cercada estaba de amores,
gracia, beldad, lozanía,
y de todas estas flores
una guirnalda tejía;
y cuando en matizarla se divierte,
240 a esta dulce labor da fin la muerte.

A OLIMPIO

Imitación de Víctor Hugo

I

¿Recuerdas, Olimpio *, aquella
única amistad constante,
que no copió en su semblante
las mudanzas de tu estrella?

5 ¿Aquel amigo, consuelo
que en la miseria ha dejado
a tu corazón llagado
por último bien el cielo?

10 Testigo de las azares
de la encarnizada lidia
en que te postró la envidia,
que hoy te abruma de pesares;

15 Así te dijo; — y en tanto,
una luz serena y clara
desarrugaba tu cara,
mojando la suya el llanto:

II

“¿Eres tú aquel cuya gloria
ensalzaron nobles plumas,
y miraban de reojo
20 mil envidias taciturnas?

“Acatábante en silencio
las gentes; la infancia ruda
a escucharte se paraba,
como la vejez caduca.

25 “Eras meteoro ardiente
que en una noche profunda
se lleva tras sí los ojos,
cuando por el cielo cruza.

* *Olimpio* es un patriota eminente denigrado por la calumnia, y que se consuela de la desgracia en las meditaciones de una filosofía indulgente y magnánima. No sabemos quién fuese el personaje que Víctor Hugo se propuso representar bajo este nombre. En las revoluciones americanas, no han faltado *Olimpios*.

30 "Y ahora, arrancada palma,
doblas tu cabeza mustia:
no te da apoyo la tierra,
no das al aire verdura.

35 "¡Cuántas frentes a la sombra
acostumbraba la tuya!
Y ahora, ¡qué de sonrisas
irónicas te saludan!

40 "Ajado está el bello lustre
de tu blanca vestidura;
los que galán te adoraron,
andrajoso, te hacen burla.

"La detracción en tu vida
clavó sus garras impuras;
es texto a malignas glosas
tu reputación difunta;

45 "Y como helado cadáver,
desfigurada, insepulta,
sabandijas asquerosas
por todas partes la surcan.

50 "Revelada por la llama
que a tu memoria circunda,
tu existencia es un terrero
que cuantos pasan insultan;

55 "Y cien silbadoras flechas
vienen a herirla una a una,
que en tu corazón inerme
hondas encarnan la punta.

60 "Y con festivos aplausos
cuenta el vulgo las agudas
heridas, y los dolores,
y las ansias moribundas;

"Como suelen bandoleros,
al ver la presa segura,
contar monedas y joyas
que reciente sangre enturbia.

- 65 "El alma, que de lo recto
era un tiempo norma augusta,
es ya como la taberna
que por la noche relumbra;
- "A cuya reja se apiñan
70 curiosos, por si se escucha
el canto de locas orgias,
o de las riñas la bulla.
- "Cortaron tus esperanzas,
flor de que nadie se cura,
75 manos crüeles, y al suelo
las dan en trizas menudas.
- "Nadie te llora; tu suerte
ningún corazón enluta;
tu nombre es un epitafio
80 de desmoronada tumba;
- "Y el que con dolor fingido
alguna vez lo pronuncia,
es como el que muestra escombros
de arruinada arquitectura,
- 85 "Que un tiempo adornaron jaspes,
y sustentaron columnas,
y ya malezas la cubren,
y vientos y aguas la injurian.

III

- "Mas ¿qué digo? En la miseria
90 más elevado y sublime
te muestras a quien la altura
de tus pensamientos mide.
- "Tu existencia, combatiendo
a los contrapuestos diques,
95 suena como el oceano
que asalta los arrecifes.
- "Los que observaron de cerca
la lucha, vuelven y dicen
que, inclinándose a la margen,
100 vieron tremenda Caribdis;

"Mas puede ser que la vista,
calando ese abismo horrible,
la perla de la inocencia
en lo más hondo divise.

105 "Turba los ojos la niebla
de que pareces vestirse;
mas sobre ella un claro cielo
serenas lumbres despide.

110 "¿Qué importa al cabo que el mundo
contra tu entereza lidie,
alzando nubes de polvo,
que cualquier soplo dirige?

"Para juzgar, ¿qué derecho,
qué título nos asiste?
115 ¿Qué objeto no es un enigma
para los ojos más lince?

"¿La certidumbre? . . . ¡Insensatos,
que imagináis tierra firme,
la que celajes vistosos
120 en vuestro discurso fingen!

"Así puede asirla el juicio
del hombre, como es posible
a la mano asir el agua
sin que presta se deslice.

125 "Moja apenas, y al instante
huye; y al pecho que gime,
y al ardiente labio, nada
deja que la sed mitigue.

130 "¿Es día? ¿Es noche? Los ojos
nada absoluto distinguen:
toda raíz lleva frutos;
y todo fruto raíces.

"Apariencias nos fascinan,
ya sombras densas contristen
135 la vista, o ya luminosos
colores la regocijen.

“Un objeto mismo a visos
diferentes llora y ríe:
por un lado, terso lustre;
140 por el otro, oscuro tizne.

“La nube en que el marinero
ve rota nave irse a pique,
para el colono es un campo
que doradas mieses rinde.

145 “¿Quién habrá que los misterios
del pecho humano escudriñe?
¿Quién, que las transformaciones
varias de un alma adivine?

“Larva informe surca el lodo;
150 y tal vez mañana, libre
mariposa, alas de seda
despliegue, y aromas libe.

IV

“Pero tú penas; y ¿cómo
pudo ser que no penaras,
155 oh víctima sin ventura
de persecución villana?

“¿Tú, a quien la calumnia muerde
lo más sensible del alma?
¿Tú, en quien el sarcasmo agota
160 sus flechas enherboladas?

“Herido león, huíste
a la selva solitaria;
y allí memorias acerbadas
te hacen más honda la llaga.

165 “A ellas entregado vives;
y ¡cuántas veces, ay, te halla
la noche en la actitud misma
en que te halló la mañana!

“Dichoso, cuando a la sombra
170 en que tu pecho descansa,
la sombra, de los que piensan
favorecida morada;

“Desde el alba hasta el ocaso,
desde el ocaso hasta el alba,
175 contemplando las facciones
del valle y de la montaña;

“Atento al tapiz musgoso
que las rocas engalana,
al sosiego de los campos,
180 o al tumulto de las aguas;

“A la lozana verdura
de yerbas jamás holladas,
o a la nieve que los montes
empinados amortaja;

185 “A la bostezante gruta
de tenebrosa garganta,
y de verde cabellera,
con florecida guirnalda;

“O a la mar, do las antorchas
190 del mundo su curso acaban,
que como un pecho viviente
respirando sube y baja;

“O siguiendo con los ojos
desde la arenosa playa,
195 al ligero esquife, alegre
depósito de esperanzas;

“Que las velas tiende y huye,
huye, y rompe la delgada
hebra que ata el duro pecho
200 del marinero a la patria;

“Sobre el risco, donde tantos
dispersos rumores vagan;
bajo la espesura umbrosa,
donde ni el silencio calla;

205 “A los ecos das un eco;
a las confusas palabras
de místicas armonías
vibra tu mente inspirada;

210 "Y concurre al inmenso
coro que todo lo abraza,
lo que remontado vuela,
y lo que humilde se arrastra;

"Coro de infinitas voces
que suspende y arrebató,
215 y en que la naturaleza
a todos los seres habla!

V

"Consuélate, que algún día,
y no distante quizás,
el imperio de las almas
220 a la tuya volverá;

"Y ha de verse, ante los ojos
más obcecados, brillar
con nueva luz, de tu frente
la nativa majestad;

225 "Como joyel, a que el polvo
deslustró la tersa faz,
nuevamente acicalado
para fiesta nupcial.

"En vano tus enemigos,
230 de la sátira mordaz
contra tu pecho inocente
aguzaron el puñal;

"Y divulgaron secretos
fiados a la amistad,
235 como quien derrama el agua
sobre el camino real.

"En vano, en vano su furia
humillada lanzarán
contra tu nombre, a manera
240 de enhambrecido chacal,

"Que, para saciar la rabia
de su apetito voraz,
desgarra la última carne
del hueso roído ya.

245 "Esos hombres que te ponen
piedras en que tropezar,
y de asechanzas te cercan,
no, no prevalecerán.

"Pasarán, como vislumbres
250 entre espeso matorral,
que a merced del viento corren,
y no dejan huella atrás.

"Te detestarán, sin duda,
con el rencor infernal
255 que alimenta contra el cielo
el pecho de Satanás;

"Pero las voces de muerte,
que como ardiente raudal
salen de su boca impía,
260 leve soplo extinguirá.

"Mira entretanto con ojos
de generosa piedad
a los que de un bajo instinto
arrastra el poder fatal;

265 "A los que, en densa ignorancia
sumidos, no ven rayar
celeste albor, que ilumine
su misera ceguedad;

"Que llaman luz a la sombra,
270 y bonanza al huracán,
y andan a tientas, sin rumbo,
sin ley, sin fe, sin altar;

"Al soberbio que levanta
contra el débil el procaz
275 estrépito del torrente,
demolido el valladar;

"A la mujer seductora,
desamorada beldad,
a quien la sonrisa, estudio,
280 a quien es arte el mirar;

"Y en cuyo ropaje,uelto
a los vientos, redes hay,
redes, que prenden las almas
en dura cautividad;

285 "Al ambicioso que trepa
sobre el ambicioso, a par
de la hiedra, que a sí misma
entretejiéndose va;

290 "A la turba lisonjera
que rinde a cada deidad
efímera el torpe incienso
de su adoración venal;

"Y a declamadores vanos,
que hacen ruido y no más;
295 oráculos que atestiguan
la insensatez general.

"¿Qué son contigo esos hombres
de un día, enjambre fugaz
de insectos que vio la aurora,
300 y la tarde no verá?

"Ellos son viles, tú grande,
es el interés su imán,
la gloria el tuyo: la guerra
apetecen, tú la paz.

305 "Nada hay común a la suya,
y a tu carrera inmortal;
ni se puede su alegría
a tu dolor igualar;

310 "Que es sublime y grandioso
espectáculo el que da
la mano dispensadora
que reparte el bien y el mal,

"Y alejando al genio el cebo
de lo vano y lo falaz,
315 lo labra con el arado
que se llama adversidad".

VI

¡Olimpio! un amigo fiel
entonces te hablaba así,
queriendo apartar de ti
320 la henchida copa de hiel.

Solo entre la turba larga
que antes te halagó perjura,
quiso de la desventura
aligerarte la carga.

325 Y tú, si en tono más grave,
no de metal diferente,
como el granario a la fuente,
como al esquife la nave,

Le hablaste, —y cruzó veloz
330 una sombra tu semblante;
y un tierno afecto un instante
hizo vacilar tu voz:

VII

“¡No me consueles, ni te aflijas! Vivo
pacífico y sereno,
335 que sólo miro al mundo de las almas,
no a ese mundo terreno.

“Ni es tan perverso el hombre: la fortuna,
liberal o mezquina,
tiñe en puro licor o en turbias heces
340 la copa cristalina.

“Del estrecho teatro, que aprisiona
tu pensamiento, el mío
oye a lo lejos el rumor, y vuela
a su libre albedrío.

345 “Si murmura la fuente, o solitaria
bulle una verde orilla,
o viene a mis oídos el arrullo
de amante tortolilla;

- 350 "O el esquilón de las exequias llora
 en la torre sublime,
 o de los sauces la colgante rama
 sobre las cruces gime;
- "Paréceme que huella excelsa cumbre,
 a do conduce el viento,
 355 de cuanto ser criado habita el orbe
 una voz de lamento.
- "Allí la pequeñez a la grandeza,
 el barro al oro igualo;
 y exploro los arcanos del abismo,
 360 y el firmamento escalo.
- "Cuando el humo lejano se levanta
 de humilde choza, pienso
 que en el ara se exhala, do se quema
 a Dios devoto incienso;
- 365 "Y de dispersas luces por la noche
 sembrada la llanura,
 el infinito espacio tachonado
 de soles me figura.
- 370 "Contemplo allí de lejos cuanto puebla
 la tierra, el mar profundo,
 y miro al hombre, misterioso mago,
 atravesar el mundo.
- "Y como suele el pájaro a su pluma,
 me entrego al pensamiento;
 375 y entiendo qué es la vida, y lo que dice
 aquel doliente acento.
- "¿Y quieres que murmure de mi suerte?
 ¿Cuál es el hombre, dime,
 a quien, parcial el cielo, de la carga
 380 universal exime?
- "Yo, que lóbrega noche vivo ahora,
 en mi denso horizonte
 conservo, cual rosada luz, que deja
 la tarde en alto monte,

- 385 "La llama del honor, divina lumbre,
que, en apacible calma,
todavía ilumina lo más alto,
lo más puro del alma.
- "Sin duda un tiempo —¿qué razón temprana
390 de este modo no yerra?—
sueños dorados vi, cuales el hombre
suele ver en la tierra.
- "Vi alzarse mi existencia coronada
de visiones hermosas;
395 mas ¡qué! ¿debí juzgar que fuese eterna
la vida de las rosas?
- "Las ilusiones que tocar pensaban
mis infantiles manos,
disipó la razón, como disipa
400 la aurora espectros vanos.
- "Y digo ya a la dicha lo que dice
navegante que deja
el suelo patrio, a la querida orilla
que más y más se aleja.
- 405 "Señala Dios a todo ser que nace
su herencia de dolores,
como, a la aurora, un amo a sus obreros
reparte las labores.
- "¡Animo, pues! ¿Qué importa a un alma grande,
410 destello peregrino
de antorcha celestial, eso que el hombre
suele llamar destino?
- "Ni elación en la frente generosa,
ni aparezca desmayo,
415 ora brille a los ojos la serena
luz del día, ora el rayo.
- "Brame allá abajo la preñada nube
que tempestades mueve,
y su tranquilidad conserve el alma,
420 cual la cumbre su nieve.

“Forceja en vano el rebelado orgullo
contra la ley severa
(necesidad o expiación se llame)
que al universo impera;

- 425 “Rueda fatal, que a todo lo criado
en movimiento eterno
girando abruma, y de una mano sola
reconoce el gobierno”.

LOS DUENDES

*Imitación de Víctor Hugo **

I

- No bulle
la selva;
el campo
no alienta.
5 Las luces
postreras
despiden
apenas
destellos,
10 que tiemblan.
La choza
plebeya,
que horcones
sustentan;
15 la alcoba,
que arrear
cristales
y sedas;
al sueño
20 se entregan.
Ya es todo
tinieblas.
¡Oh noche
serena!

* La idea general, algunos pensamientos, y el progresivo ascenso y descenso del metro, es todo lo que se ha tomado del original. La composición francesa se titula *Les Lutins*.

25 ¡Oh vida
suspensa!
La muerte
remedas.

II

¿Qué rüido
30 sordo nace?
Los cipreses
colosales
cabecean
en el valle;
35 y en menuda
nieve caen
deshojados
azahares.
¿Es el soplo
40 de los Andes,
atizando
los volcanes?
¿Es la tierra,
que en sus bases
45 de granito
da balances?
No es la tierra;
no es el aire;
son los duendes
50 que ya salen.

III

Por allá vienen;
¡qué batahola!
ora se apiñan
en densa tropa,
55 que hiende rápida
la parda atmósfera;
y ora se esparcen,
como las hojas
ante la ráfaga
60 devastadora.
Si chillan éstos,
aquéllos roznan.

- Si trotan unos,
otros galopan.
65 De la cascada
sobre las ondas,
cuál se columpia,
cuál cabriola.
Y un duende enano,
70 de copa en copa,
va dando brincos,
y no las dobla.

IV

- ¿Fantasmas acaso
la vista figura?
75 Como hinchadas olas
que en roca desnuda
se estrellan sonantes,
y luego reculan
con ronco murmullo,
80 y otra vez insultan
al risco, lanzando
bramadora espuma;
así van y vienen,
y silban y zumban,
85 y gritan que aturden;
el cielo se nubla;
el aire se llena
de sombras que asustan;
el viento retíñe;
90 los montes retumban.

V

- A casa me recojo;
echemos el cerrojo.
¡Qué triste y amarilla
arde mi lamparilla!
95 ¡Oh Virgen del Carmelo!
aleja, aleja el vuelo
de estos desoladores
ángeles enemigos;
que no talen mis flores,
100 ni atizonen mis trigos.

Ahuyenta, madre, ahuyenta
 la chusma turbulenta;
 y te pondré en la falda
 olorosa guirnalda
 105 de rosa, nardo y lirio;
 y haré que tu sagrario
 alumbre un blanco cirio
 por todo un octavario.

VI

¡Cielos! ¡lo que cruje el techo!
 110 ¡y lo que silba la puerta!
 Es un turbión deshecho.
 De lejos oigo estallar
 los árboles de la huerta,
 como el pino en el hogar.
 115 Si dura más el tropel,
 no amanecerá mañana
 un cristal en la ventana,
 ni una hoja en el vergel.

VII

San Antón, no soy tu devoto,
 120 si no le pones luego coto
 a este diabólico alboroto.
 ¡Motín semeja, o terremoto,
 o hinchado torrente que ha roto
 los diques, y todo lo inunda!
 125 ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué barahúnda! . . .
 ¿Qué significa, raza inmunda,
 esa aldadada furibunda?
 El rayo del cielo os confunda,
 y otra vez os pele y os tunda,
 130 y en la caverna más profunda
 del inflamado abismo os hunda.

VIII

Ni por ésas. Parece que arroja
 el infierno otro denso nublado,
 o que el diablo al oírme se enoja;

- 135 y empujando el ejército alado,
el asalto acrecienta y aviva.
El tejado va a ser una criba;
cada envión que recibe mi choza,
yo no sé cómo no la destroza;
140 a tamaña batalla no es mucho
que retiemble, y que toda se cimbre,
cual si fuese de lienzo o de mimbre. . .
¿Es el miedo? o ¿quién anda en la sala?
Vade retro, perverso avechucho. . .
145 ¡Ay! matóme la luz con el ala. . .

IX

- ¡Funesta sombra! ¡Tenebroso espanto! . . .
Amedrentado el corazón palpita. . .
y la legión de Lucifer en tanto,
reforzando la trápala y la bulla,
150 a un tiempo brama, gruñe, llora, grita,
bufa, relincha, ronca, ladra, aúlla;
y asorda estrepitosa los oídos,
mezclando carcajadas y alaridos,
voz de ira, voz de horror, y voz de duelo.
155 ¡Qué fiero son de trompas y cornetas!
¡Qué arrastrar de cadenas por el suelo!
¡Qué destemplado chirrido de carretas! . . .
¡Ya escampa! Hasta la tierra se estremece,
y según es el huracán, parece
160 que a la casa y a mí nos lleva al vuelo. . .
¡Perdido soy! . . . ¡Misericordia, cielo!

X

- ¡Ah! Por fin en la iglesia vecina
a sonar comenzó la campana. . .
Al furor, a la loca jarana,
165 turbación sucedió repentina.
El tañido de aquella campana
a la hueste infernal amohína,
sobrecoge, atolondra, amilana.
Como en pecho abrumado de pena
170 una luz de esperanza divina;
como el sol en la densa neblina,
de los montes rizada melena;

el tañido de aquella campana,
que tan alto y sonoro domina,
175 y se pierde en la selva lejana,
el tumulto en el aire serena.

XI

¡Partieron! La sonante nota
a la hueste infernal derrota.
Uno a otro apresura, excita,
180 estrecha, empuja, precipita.
Huyó la fementida tropa;
no trota ya, sino galopa;
no galopa ya, sino vuela.
Por donde pasa la bandada,
185 una sombra más atezada
los montes y los valles vela,
y el luto de la noche enluta.
Como de leña mal enjuta,
que en el hogar chisporrotea,
190 de mil pupilas culebrea
rojiza luz intermitente,
que va señalando la ruta
de Satanás y de su gente.

XII

Cesó, cesó la zozobra.
195 A escape va la pandilla;
y la tierra se recobra
de la grave pesadilla
de esta visita importuna;
y la perezosa luna
200 sale al fin, y el campo alegre.
Allá va la sombra negra;
distante suena la grito
de la canalla maldita;
como cuando ciñe un monte
205 de nubes el horizonte,
y desde su oscuro seno
rezonga lejano trueno;
como cuando primavera
tus nieves ha derretido,
210 gigantesca cordillera,

y a lo lejos se oye el ruido
de impetuosa corriente
que arrastra una selva entera,
cubre el llano y corta el puente.

XIII

- 215 Mas a ti, ¿qué fortuna,
huerta mía, te cabe?
¿Respiras ya del grave
afán? ¿Injuria alguna
sufriste? . . . ¡Cuánta asoma,
220 entreabierta a la luna,
nueva flor! ¡Cuánto aroma
de rosas y alielies
el ambiente embalsama!
No hay una mustia rama;
225 no hay un doblado arbusto.
Parece que te ríes
de tu pasado susto.

XIV

- Sobre aquellos boldos
que a un pelado risco
230 guarnecen la falda,
al amortecido
rayo de la luna,
van haciendo giros.
Enjambre parecen
235 de avispas, que el nido
materno abandona,
despojo de niños
traviesos, y vuela
errante y proscripto.

XV

- 240 ¡Desventurados!
Del patrio albergue
también vosotros
gemís ausentes;
vagar proscriptos

245 os cupo en suerte...
¡Terrible fallo!...
¡y eterno!... ¡Pesen
mis maldiciones,
blandas y leves,
250 sobre vosotros,
miseros duendes!

XVI

Hacia el cerro
que distingue
lo sombrío
255 de su tizne
—padrón negro
de hechos tristes—
vagorosas
ondas finge,
260 parda nube,
con matices
colorados,
como el tinte
que a la luna
265 da el eclipse;
y en la espira
que describe,
rastros deja
carmesíes...
270 ¿En qué abismos,
infelice
nubecilla,
vas a hundirte?...
Ya los ojos
275 no la siguen;
ya es un punto;
ya no existe.

XVII

¡Qué calma
tranquila!
280 Tras leve
cortina
de gasa

pajiza,
 la luna
 285 dormita.
 Al sueño
 rendidas,
 las flores
 se inclinan.
 290 El viento
 no silba,
 ni el aura
 suspira.
 Tú sola
 295 vigilas;
 tú siempre
 caminas,
 y al centro
 gravitas,
 300 ¡oh fuente
 querida!
 ya turbia;
 ya limpia;
 ya en calles,
 305 que lilas
 y adelfas
 tapizan;
 ya en zarzas
 y espinas.
 310 ¡Tal corre
 la vida!

LA ORACION POR TODOS

Imitación de Víctor Hugo

I

Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora
 de la conciencia y del pensar profundo:
 cesó el trabajo afanador, y al mundo
 la sombra va a colgar su pabellón.
 5 Sacude el polvo el árbol del camino,
 al soplo de la noche; y en el suelto
 manto de la sutil neblina envuelto,
 se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! su rueda de cambiante nácar
10 el occidente más y más angosta;
y enciende sobre el cerro de la costa
el astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado,
brilla el albergue rústico; y la tarda
15 vuelta del labrador la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúlgido diamante;
y ya apenas de un carro vacilante
20 se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
y la iglesia, y la choza, y la alquería;
y a los destellos últimos del día
se orienta en el desierto el viajador.

25 Naturaleza toda gime; el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido,
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
30 ¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre, tras la cuita y la faena,
quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
conversan con espíritus alados;
35 y los ojos al cielo levantados,
invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas, y los pies desnudos,
fe en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, a un mismo instante,
40 al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa,
sobre su cuna volarán ensueños,
ensueños de oro, diáfanos, risueños,
visiones que imitar no osó el pincel.
45 Y ya sobre la tersa frente posan,
ya beben el aliento a las bermejas
bocas, como lo chupan las abejas
a la fresca azucena y al clavel.

- Como para dormirse, bajo el ala
50 esconde su cabeza la avechilla,
tal la niñez en su oración sencilla
adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!
¡de natural piedad primer aviso!
55 ¡fragancia de la flor del paraíso!
¡preludio del concierto celestial!

II

- Ve a rezar, hija mía. Y ante todo,
ruega a Dios por tu madre; por aquella
que te dio el ser, y la mitad más bella
60 de su existencia ha vinculado en él;
que en su seno hospedó tu joven alma,
de una llama celeste desprendida;
y haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar y te dio la miel.
- 65 Ruega después por mí. Más que tu madre
lo necesito yo. . . Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena,
y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, a nadie envidia,
70 la vi tener en mi fortuna escasa;
como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.

- No le son conocidos. . . ¡ni lo sean
a ti jamás! . . . los frívolos azares
75 de la vana fortuna, los pesares
ceñudos que anticipan la vejez;
de oculto oprobio el torcedor, la espina
que punza a la conciencia delincuente,
la honda fiebre del alma, que la frente
80 tiñe con enfermiza palidez.

- Mas yo la vida por mi mal conozco,
conozco el mundo, y sé su alevosía;
y tal vez de mi boca oirás un día
lo que valen las dichas que nos da.
85 Y sabrás lo que guarda a los que rifan
riquezas y poder, la urna aleatoria,
y que tal vez la senda que a la gloria
guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
90 y cada instante alguna culpa nueva
arrastra en la corriente que la lleva
con rápido descenso al ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña;
en los zarzales del camino deja
95 alguna cosa cada cual: la oveja
su blanca lana!, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, a rezar por mí, y al cielo
pocas palabras dirigir te baste:
"Piedad, Señor, al hombre que criaste;
100 eres Grandeza; eres Bondad; ¡perdón!"
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
sube el humo a la cúpula eminente,
sube del pecho cándido, inocente,
al trono del Eterno la oración.

105 Todo tiende a su fin: a la luz pura
del sol, la planta; el cervatillo atado,
a la libre montaña; el desterrado,
al caro suelo que le vio nacer;
y la abejilla en el frondoso valle,
110 de los nuevos tomillos al aroma;
y la oración en alas de paloma
a la morada del Supremo Ser.

Quando por mí se eleva a Dios tu ruego,
soy como el fatigado peregrino,
115 que su carga a la orilla del camino
deposita y se sienta a respirar;
porque de tu plegaria el dulce canto
alivia el peso a mi existencia amarga,
y quita de mis hombros esta carga,
120 que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,
en esta noche de pavor, el vuelo
de un ángel compasivo, que del cielo
traiga a mis ojos la perdida luz.
125 Y pura finalmente, como el mármol
que se lava en el templo cada día,
arda en sagrado fuego el alma mía,
como arde el incensario ante la Cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
130 los que contigo crecieron,
y un mismo seno exprimieron,
y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
el favor del cielo implores:
135 por justos y pecadores,
Cristo en la Cruz expiró.

Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea,
y en su dorada librea
140 funda insensata altivez;
y por el mendigo humilde
que sufre el ceño mezquino
de los que beben el vino
porque le dejen la hez.

145 Por el que de torpes vicios
sumido en profundo cieno,
hace aullar el canto obscuro
de nocturno bacanal;
y por la velada virgen
150 que en su solitario lecho
con la mano hiriendo el pecho,
reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
en cuyo pecho no vibra
155 una simpática fibra
al pesar y a la aflicción;
que no da sustento al hambre,
ni a la desnudez vestido,
ni da la mano al caído,
160 ni da a la injuria perdón.

Por el que en mirar se goza
su puñal de sangre rojo,
buscando el rico despojo,
o la venganza crüel;
165 y por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

Por el que sulca animoso
170 la mar, de peligros llena;
por el que arrastra cadena,
y por su duro señor;
por la razón que leyendo
en el gran libro, vigila;
175 por la razón que vacila;
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
los que penan y trabajan;
y de todos los que viajan
180 por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
que a Dios blasfemando irrita.
La oración es infinita:
nada agota su caudal.

IV

185 ¡Hija!, reza también por los que cubre
la soporosa piedra de la tumba,
profunda sima adonde se derrumba
la turba de los hombres mil a mil:
abismo en que se mezcla polvo a polvo,
190 y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja
de que al añoso bosque abril despoja,
mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
donde segada en flor yace mi Lola,
195 coronada de angélica aureola;
do helado duerme cuanto fue mortal;
donde cautivas almas piden preces
que las restauren a su ser primero,
y purguen las reliquias del grosero
200 vaso, que las contuvo, terrenal.

¡Hija!, cuando tú duermes, te sonríes,
y cien apariciones peregrinas
sacuden retozando tus cortinas:
travieso enjambre, alegre, volador,
205 Y otra vez a la luz abres los ojos,
al mismo tiempo que la aurora hermosa
abre también sus párpados de rosa,
y da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas! . . . ¡si supieras
210 qué sueño duermen! . . . su almohada es fría;
duro su lecho; angélica armonía
no regocija nunca su prisión.
No es reposo el sopor que las abruma;
para su noche no hay albor temprano;
215 y la conciencia, velador gusano,
les roc inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
hará que gocen pasajero alivio,
y que de luz celeste un rayo tibio
220 logre a su oscura estancia penetrar;
que el atormentador remordimiento
una tregua a sus víctimas conceda,
y del aire, y el agua, y la arboleda,
oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
225 la sombra ves, que de los cielos baja,
la nieve que las cumbres amortaja,
y del ocaso el tinte carmesí;
en las quejas del aura y de la fuente,
230 ¿no te parece que una voz retiña,
una doliente voz que dice: "Niña,
cuando tú reces, ¿rezarás por mí?"

Es la voz de las almas. A los muertos
que oraciones alcanzan, no escarnece
235 el rebelado arcángel, y florece
sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! a los que yacen olvidados
cubre perpetuo horror; hierbas extrañas
ciegan su sepultura; a sus entrañas
240 árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
huésped seré de la morada oscura,
y el ruego invocaré de un alma pura,
que a mi largo penar consuelo dé.
245 Y dulce entonces me será que vengas,
y para mí la eterna paz implorés,
y en la desnuda losa esparzas flores,
simple tributo de amorosa fe.

- ¿Perdonarás a mi enemiga estrella,
250 si disipadas fueron una a una
las que mecieron tu mullida cuna
esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
te arrancará una lágrima, un suspiro
255 que llegue hasta mi lóbrego retiro,
y haga mi helado polvo rebullir.

LA MODA

- Quise más de una vez, en mala hora,
escribir una página, Isidora,
que detener tu vista mereciera.
Desoyóme mi Musa. Toda entera
5 me pasé, te lo juro, esta mañana,
hilando coplas con tenaz porfía.
—Musa, son para el álbum, le decía,
de una joven beldad. —¡Plegaria vana!
No me salió una sola ni mediana.
10 —Para este bello altar que se atavía
con tanta flor de amena poesía,
entretejer una guirnalda quiero,
digna de la deidad que en él venero.
Es (tú lo sabes) cosa
15 de obligación forzosa.
Si agradable te fue mi culto un día,
te ruego, te conjuro, te requiero,
amada Musa mía,
que lo muestres ahora; y si ya cesas
20 de mirarme propicia, este postrero
favor te pido sólo. — ¡Ni por ésas!

- Despechado, el papel hice pavesas;
al tintero, la pluma consignaba;
y ofrecerle pensaba,
25 por único tributo, humilde excusa
la culpa echando a la inocente Musa,
como es costumbre en semejantes casos;
cuando acercarse miro a lentos pasos

una, no sé si diga ninfa, diosa,
 30 aparición, fantasma: caprichosa
 forma que cada instante
 de color, de semblante,
 y de tocados, y de ropas muda:
 ora triste, ora alegre, ora sañuda;
 35 ya pálida, ya rubia, ya morena.
 Tan presto por el cuello y las espaldas
 derrama en ondas de oro la melena;
 tan presto en trenzas de ébano cogida,
 adórnala de joyas y guirnaldas;
 40 y tan presto ¡qué horror! encanecida
 la lleva; o sin piedad la troncha y tala,
 y de prestados rizos hace gala.
 Ora el ropaje en anchuroso vuelo
 desplega; y va arrastrando luenga falda
 45 verde, azul, carmesí, purpúrea, gualda,
 de gasa, de tisú, de terciopelo.
 Señala luego en mórbido relieve
 su figura gentil basquiña leve.
 Sus ojos aprisiona en blanco velo,
 50 pudibunda beata,
 que hace de más valor lo que recata.
 Y un momento después, traviesa niña,
 ríe, retoza, guiña;
 no sabe tener quieta
 55 su pupila de fuego;
 busca y rehúye luego:
 cuanto más melindrosa, más coqueta.

Suspense, aborto estaba yo pensando
 si era ilusión aquello; y lo estuviera,
 60 sabe Dios hasta cuándo,
 si ella misma por fin no me dijera:
 —Nadie puede sacarte del empeño
 en que te ves, sino mi numen solo.
 El arte de agradar yo sola enseño.
 65 Ríete de las Musas y de Apolo.
 Si aplaudido un poeta en boga está,
 y ante los ojos de las damas brilla,
 y con el loro, el gato y la perrilla,
 divide los honores del sofá,
 70 débelo todo a mí, que, cuando tomo
 esta mágica vara, lo más pobre
 hago rico, y transmuta el oro en cobre.

- Sea su entendimiento agudo o romo,
 tosco o pulido, vista larga o corta,
 75 ingenio estéril o feraz, no importa,
 todo aquel que se viste mi librea,
 altivo, ufano, espléndido campea.
 Y a más de cuatro orates
 coronas di tempranas,
 80 que, a despecho de críticos embates,
 durarán (no lo afirmo) tres semanas.
 Por no cansarte más, yo soy la Moda.
 Oye; y aprenderás mi ciencia toda.
 En tres o cuatro prácticas lecciones,
 85 voy a especificar mis opiniones;
 y podrás expedirte en el presente
 caso, y en los demás, gallardamente.

- ¿Una leyenda o cuento
 es a lo que dedicas el intento?
 90 Manos a la labor; o da principio
 con gran proemio de elegante ripio;
 o si te place, empieza
 con esa *nonchalance* de buen tono,
 con ese aire de lánguido abandono
 95 de quien al despertar se despereza,
 como si del lector no hicieses caso,
 ni de la historia; y cuando paso a paso,
 por entre mil rodeos,
 ambages y floreos,
 100 llegue al fin el momento de contarla;
 y ya el lector dé al diablo tanta charla;
 allá como a la octava ciento y cuatro,
 mudarás de teatro,
 y en una digresión... (importa un pucho
 105 que no tenga que ver poco, ni mucho,
 con el sujeto, porque, amigo, hoy día
 ¿qué es para un escritor de fantasía,
 en resumidas cuentas, el sujeto?
 Es una percha cómoda, de donde
 110 cuanto en su seno tu cartera esconde;
 estudio, ensayo, informe mamotreto,
 puedes colgar sin el menor empacho.
 Uno de mis pupilos,
 excelente muchacho,
 115 ha escrito en diversísimos estilos
 composiciones vastas, panteísticas,

- escépticas, católicas y místicas,
 patrióticas, y báquicas, y eróticas,
 miríficas y exóticas;
- 120 y se propone hacer una leyenda
 en que bonitamente las ensarte
 todas, sin que aparezca en nada el arte
 (que es lo que más a un genio recomienda),
 dando en ella a lectores eruditos,
- 125 que tengan razonables apetitos,
 una merienda monstruo, una merienda
 con variedad de platos estupenda).
 Pues, como digo, en una
 digresión . . . (cuanto menos oportuna
- 130 mejor); produces de esa
 suerte mayor sorpresa,
 que es en el arte un mérito sublime,
 a que debe aspirar todo el que rime.
 Era una transición obra de suma
- 135 dificultad para la inhábil pluma
 de aquellos escritores desdichados
 de los tiempos pasados.
 Era, como ponerlos en un potro,
 el tener que pasar de un tema a otro,
- 140 de modo que el lector inteligente,
 con movimiento el más süave y blando,
 se hallara, sin saber cómo, ni cuándo,
 arrebatado a un mundo diferente.
 En esto, como en todo,
- 145 los modernos han dado
 un paso agigantado.
 Hácese de este modo:
 ¿hay que pasar de un baile, por ejemplo,
 a una batalla, de un mesón a un templo,
- 150 de una choza a un palacio soberano?
 Se pone en medio un número romano.
 Por tan sencillo arbitrio, como ése
 al discreto lector, mal que le pese
 en menos de un segundo,
- 155 se le dispara a donde tú le mandes,
 desde los Pirineos a los Andes,
 desde la tierra al Tártaro profundo,
 o al bañado de luz coro seráfico,
 con más velocidad que va un aviso
- 160 por el alambre electro-telegráfico;
 y sin que de antemano, o al proviso,

- se tome la fatiga
 de preparar la cosa;
 y gruñe cuanto quiera y lo maldiga
 165 el bueno de Martínez de la Rosa;
 y hágalo con el clásico areopago.
 Pero yo mismo sin pensar divago;
 de uno en otro paréntesis, me pierdo.
 Lo que quise decir, si bien me acuerdo,
 170 es que la línea recta, cuanto puedas,
 evites; tortuosas las veredas
 son que prefiere el consumado artista
 para el placer del alma o de la vista.
 Como sobre un terreno,
 175 de matorrales y malezas lleno,
 un raudal serpentino
 va abriéndose camino
 lenta y difícilmente;
 y aquí desaparece de repente
 180 bajo el tupido monte;
 y en lejano horizonte,
 vuelve a mostrar su clara o turbia onda
 para que, a poco trecho,
 cuando algunos pantanos haya hecho,
 185 bosque denso otra vez su curso esconda;
 no de modo distinto,
 aunque el fino lector se desanime,
 el sujeto camine,
 y por entre el espeso laberinto
 190 de las enmarañadas digresiones,
 se hunda, reaparezca, se zabulla
 de nuevo, y nuevamente salga y bulla
 hasta llegar al fin que te propones.
 Mas ora en filosóficos zigzagues
 195 teológicos, políticos, divagues,
 o en un rocín aprietes los talones,
 lanzándote a remotas excursiones,
 o vía recta el argumento vaya,
 y la locomotiva,
 200 potencia de no fútil inventiva,
 quieras tener a raya,
 (lo que, si mis preceptos obedeces,
 harás muy pocas veces)
 haya sin falta alguna
 205 en tus poemas luna,
 que esplendorosa o pálida riele.

¡Oh de la noche solitaria reina!
 ¿cuál hay que a ti no apele,
 vate, que canas peina,
 210 o que rubio mostacho apenas hila?
 Pero tan socorrida como ahora
 nunca fuiste. Vigila
 todo autor, toda autora
 que a veces aúlla o canta, ríe o llora,
 215 porque la bella luz con que plateas
 el universo, irradie sus ideas,
 desde el que hijo mimado de la fama
 ciñe a su frente inmarcesible rama,
 hasta el que dice *veya* por *veía*
 220 en tosca jerigonza todavía.
 No deje, pues, de ríelar la luna,
 o en el cristal de límpida laguna
 que el aura arrulle y que entre sauces duerma,
 o en el follaje oscuro de una yerma
 225 cumbre, recién mojada de rocío,
 o en bullicioso río
 que al voraz oceano,
 en que se abismará, corre anhelante,
 ¡imagen, ay, del existir humano!

230 Un *ay* de cuando en cuando es importante.
 Por lo pronto, hará ver que tienes hecho
 de hebras delicadísimas el pecho,
 blandas en sumo grado y sensitivas;
 y no será preciso que te afanes,
 235 y los sesos que tengas los devanes,
 buscando frases nuevas, expresivas
 con que secretos íntimos reveles
 del corazón. Atente a tus *ríeles*;
 y pon de trecho en trecho uno o dos *ayes*,
 240 cuando la cuerda del dolor ensayes.

Tras un cuadro de vívidos colores
 en que retrates lúbricos amores,
 encaja bellamente una homilía
 contra la corrupción social; y luego
 245 que a la ya inaguantable tiranía
 de este gobierno jesuíta, godo,
 que lo inficiona y lo agangrena todo,
 lances una filípica de fuego,
 llora la servidumbre de la prensa,

- 250 que prohíbe decir lo que se piensa,
y por ninguna hendrija
permite que respire uno siquiera
(sábenlo los lectores demasiado),
útil verdad, de tantas que cobija
255 en sus profundidades tu mollera;
es el cuadro encantado
que se descubre en más dichosa era.
Leyendo tan espléndida bambolla,
habrá mil que suspiren por el día
260 en que echas a volar la fantasía
que tu medula cerebral empolla.

- Si el tono blando tomas,
conviene que derrames
profusamente aromas,
265 y que todas las voces embalsames
de azahares, jazmines y azucenas,
y que de olores la nariz abrumes.
"Sacudir las alillas pueda apenas
el céfiro, agobiadas de perfumes".
270 Bello concepto, a que echarás el guante,
aunque no faltará tal vez pedante
que a Byron lo atribuya.
¡Necios! ¡como si fuera culpa tuya
que, cuando para ti del cielo vino,
275 Byron lo interceptase en el camino!

- Es de rigor que llores
alguna pobre niña arrebatada
en verdes años ¡ay! a los amores.
Su imagen adorada
280 de tu memoria un punto no se aparte;
y para más desgracia atormentarte,
y de esas penas aguzar la punta,
dirás que la difunta
era un ángel de amor, era un modelo
285 de perfección, en que vació natura
toda virtud, y gracia, y hermosura;
divina joya, incomparable perla,
que, para tu regalo y tu consuelo,
quiso enviar expresamente el cielo
290 a un mundo vil, indigno de tenerla;
y con estos elogios, y otros tales,
conocerán las damas lo que vales,

y el tuyo propio harás sin que te cueste
una sola palabra
295 que tu modestia en lo menor moleste.
¡Sólo con un diamante otro se labra!

Tenga abundante acopio
de ensueños tu paleta.
Nada más de mi gusto, ni más propio.
300 Cual suele de abejas tropa inquieta
volar entre el tomillo y la violeta,
así acudir se ve legión alada
de ensueños en la silla o la almohada
de todo aquel que el inspirado pecho
305 a su pupitre arrima,
o se desvela en solitario lecho,
dándole caza a la difícil rima.

Pero lo que en el día
logra aplauso mayor, es una cosa
310 que se suele llamar misantropía.
Huye a la selva umbrosa,
o más bien a la selva que desnuda
de su follaje la estación sañuda;
oculta allí el hastío que devora
315 tu gastada existencia; el negro tinte
que los odios fantásticos colora,
de cada objeto alrededor se pinte.
Huye a donde jamás hiera tu oído
el eco envenenado, aborrecido,
320 de humana voz; allí donde la roca
amortaja de nieves su cabeza
titánica; o allí donde bosteza
de apagado volcán lóbrega boca.
¿Ves cómo ya el postrero
325 rayo del sol expira en el otero,
y al entreabrirse cárdenos nublados,
de tempestad preñados,
lámpara sepulcral arde el lucero
sobre la tierra que la sombra enluta?
330 Huve al amigo seno de la gruta.
Medita allí, cavila;
y de tu pecho el negro humor destila
sobre todos los seres gota a gota;
y llama al mundo en que naciste, infierno,
335 de que fue a Lucifer dado el gobierno

- para jugar con él a la pelota,
 y con este menguado, pobre, triste,
 infinitesimal átomo humano,
 discorde unión de espíritu y materia,
 340 que monarca se cree de cuanto existe,
 porque le cupo el privilegio vano
 de conocer él mismo su miseria.
 Todo allí muerte, esplín, hondo fastidio,
 no el que con el champaña se disipa,
 345 o con el humo de cigarro o pipa,
 sino el que pensamiento de suicidio
 engendra; y logren sólo distrarte
 impresiones de horror, de duelo y muerte.
 O el ronco trueno música te sea,
 350 y de encontrados vientos la pelea,
 y de natura atormentada el grito
 cuando sobre sus bases de granito
 el bosque secular se bambolea;
 o el esquilón distante
 355 que llora la agonía
 del moribundo día,
 aunque de plagio se te queje el Dante;
 o del búho el fatídico graznido,
 que por la soledad pavor derrama;
 360 o el gemir de la tórtola que llama,
 y llama sin cesar . . . y llama en vano,
 en el desierto nido,
 al esposo querido,
 que presa fue de cazador villano.
- 365 Pero no es bien que mucho te demores
 en silvestres y rústicas escenas,
 que huelen a la edad de los pastores,
 cuando andaban Belardos y Filenas
 cantando a las orillas de los ríos
 370 insulsos inocentes amoríos.
 ¿Inocencias ahora? Nada de eso
 en un siglo de luz y de progreso.
 Loca algazara aturda
 en infernal zahúrda,
 375 do el adusto Timón, medio beodo,
 haga de todo befa, insulte a todo;
 y brillen entre copas las espadas,
 y se mate, y se ría a carcajadas;
 y retumbe en satánicos cantares

380 audaz blasfemia, horrificas, inaudita,
que es para ejercitados paladares
una salsa exquisita.

Mucho más dijo la parlera Diosa,
sin que de tanto embrollo
385 de lindos disparates, otra cosa
engendrarse pudiera en mi meollo,
que confusión, y vértigo, y mareo.
En el estado que me vi, me veo;
impotente la voz, el alma seca,
390 y por añadidura, una jaqueca.
Pero, para decir, bella Isidora,
que eres un ángel que la tierra adora,
que sabes ser honesta y ser amable,
¿ha de ser necesario que me empeñe
395 por selvas y por riscos, que me ensueñe,
que me arome, y por último, me endiable?
Antes seguro estoy de que sería
imperdonable insulto
el ofrecerte semejante culto.
400 Si ya no soy ni aquello que solía,
pues de la frente que la edad despoja,
huye, como el amor, la poesía,
puedo hablar a lo menos el lenguaje
de la verdad, que ni al pudor sonroja,
405 ni hacer procura a la razón ultraje.
Aunque de la divina lumbre, aquella
que al genio vivifica, una centella
en mi verso no luzca, ni lo esmalte
rica facundia, y todo en fin le falte
410 cuanto en la poesía al gusto halaga,
lo compone benigna una alma bella
que de lo ingenuo y lo veraz se paga.

EL CONDOR Y EL POETA

Diálogo

POETA

—Escucha, amigo Cóndor, mi exorcismo;
obedece a la voz del mago Mitre,
que ha convertido en trípode el pupitre;
apréstate a una espléndida misión.

CONDOR

- 5 —¡Poeta audaz, que de mi aéreo nido
en el silencio lóbrego derramas
cántico misterioso! ¿a qué me llamas?
Yo sostengo de Chile el paladión.

POETA

- 10 —No importa; es caso urgente, es una empresa
digna de ti, de tu encumbrado vuelo,
y de tus uñas; subirás al cielo,
escalarás la vasta esfera azul.

CONDOR

—¿Y qué será del paladión en tanto,
cuya custodia la nación me fia?

POETA

- 15 —Puedes encomendarlo por un día
a las fieles pezuñas del Huemul.

CONDOR

Pero el camino del Olimpo ignoro.

POETA

- 20 —Mientes; tú hurtaste al cielo, ave altanera,
en pro de nuestros padres, la primera
chispa de libertad que en Chile ardió.

CONDOR

- ¡Falaz leyenda! ¡Apócrifa patraña!
Robaba entonces yo por valle y cumbre,
según mi antigua natural costumbre;
monarca de los buitres era yo.
25 Años después, llamáronme, y conmigo
vino esa pobre, tímida alimaña,
de los andinos valles ermitaña;
y el paladión nos dieron a guardar.

30 Mal concertada yunta, que, algún día,
recordando los hábitos de marras,
estuve a punto de esgrimir las garras,
y atroz huemulicidio ejecutar.

POETA

—¡Oh mente de los hombres adivina!
¡Oh inspiración profética! No sabes,
35 alado monstruo, espanto de las aves,
el oculto misterio de esa unión.

¡Junto a la mansa paz, atroz instinto
de pillaje y de sangre! ¡Incauto el uno,
audaz el otro en tentador ayuno,
40 y de la Patria en medio el paladión!

Tremendo porvenir, yo te adivino,
pero no tiemblo. Es fuerza te abras paso
de la ilustrada Europa al rudo ocaso;
está en el libro del destino así.

45 Sus últimos destellos da la antorcha
que el hijo de Japeto trajo al mundo;
suceda al viejo faro moribundo
joven tizón, ardiente, baladí.

CONDOR

—No sé, poeta, interpretar enigmas;
50 no entiendo de tizones ni de faro.
Deja los circunloquios, y habla claro.
¿De qué se trata? Explicate una vez.

POETA

—De aquel fuego sagrado que trajiste
(niégaslo en vano) a un ínclito caudillo,
55 apenas queda agonizante brillo;
nos viene encima infausta lobrete.
Renovar es preciso.

CONDOR

—¿Cómo?

POETA

—Debes

seguir del sol la luminosa huella,
sorprenderle, robarle una centella,
60 metértela en los ojos, y escapar.

CONDOR

—Muy bien; me guardo el fuego en las pupilas,
cual si fueran volcánicas cavernas.
¿Y qué haré luego de mis dos linternas?

POETA

—Quiero a Chile con ellas incendiar.

CONDOR

65 —¿Incendiarlo? ¿Estás loco? ¿De eso tratas?

POETA

—Incendiarlo pretendo en patriotismo;
abrasarlo, molondro, no es lo mismo;
quiero hacer una inmensa fundición.

Quiero llamas que cundan pavorosas,
70 descomunales llamas, llamas grandes,
que derritan la nieve de los Andes
y la de tanto helado corazón.

¿Abrasar? ¡Linda flema! —¿Es tiempo ahora
de contentarse con mezquinas brasas
75 que den pálida luz, chispas escasas,
como para el abrigo de un desván?

No, señor; vasto incendio, llamas, llamas,
que unas sobre las otras se encaramen,
y levantando rojas crestas bramen,
80 y les sirva de fuelle un huracán.

Despacha, pues; arranca; desarrolla
el rauda vuelo; tiende el ala grave,
como la parda vela de la nave
cuando silba en la jarcia el vendaval.

85 Vuela, vuela, plumífero pirata;
recuerda tu nativa felonía;
asalta de improviso al rey del día
en su carroza de oro y de cristal.

CONDOR

—Ya te obedezco, y tiendo como mandas,
90 el ala; aunque eso de tenderla un ave
no ligera ni leve, sino grave,
para tanto volar no es lo mejor.

Y si de más a más tenderla debo,
como la parda vela el navegante
95 cuando oye la tormenta resonante
que amenazando silba, peor que peor.

Que no despliega entonces el velamen,
antes amaina el cauto marinero,
y aguanta a palo seco el choque fiero,
100 si salvar piensa al mísero bajel.

Así lo vi mil veces, revolando
entre las nubes negras, cuando hinchaba
la Mar del Sur sus ondas, y bregaba
contra la tempestad el timonel.

POETA

105 —No lo entiendes: la nave del Estado
es la que yo pintaba; y la maniobra
a que apelamos hoy, cuando zozobra,
no es amainar, estúpido ladrón.

CONDOR

—¿Pues qué ha de hacer entonces el piloto?

POETA

110 —Según doctrina de moderna escuela,
debe correr fortuna a toda vela,
sin bitácora, sonda, ni timón.

Si tú leyeras, avechuelo idiota,
gacetas nacionales y extranjeras,
115 la ignorancia en que vives conocieras;
todo ha cambiado entre los hombres ya.

Altos descubrimientos reservados
tuvo el destino al siglo diecinueve;
hoy en cualquiera charco un niño bebe
120 más que en un hondo río su papá.
¡Oh siglo de los siglos! ¡Cual machacas

- es tu almirez decrepitas ideas!
 ¡Qué de fantasmagorías coloreas
 en el vapor del vino y del café!
 125 ¡No era lástima ver encandilarse
 los hombres estudiándose a sí mismos;
 y tras mil embrollados silogismos,
 salir con sólo *sé que nada sé!*
 ¡Ea, pues! ¡A la empresa! Bate el ala,
 130 y apercibe también las corvas uñas,
 y guárdate de mí si refunfuñas,
 lobo rapaz, injerto de avestruz.

CONDOR (*volando*)

- Ama aún el buitre robador su nido;
 Chile, a traerte voy, no la centella
 135 que incendiando devora, sino aquella
 que da calor vital y hermosa luz.

LAS OVEJAS

- “Líbranos de la fiera tiranía
 de los humanos, Jove omnipotente
 (una oveja decía,
 entregando el vellón a la tijera);
 5 que en nuestra pobre gente
 hace el pastor más daño
 en la semana, que en el mes o el año
 la garra de los tigres nos hiciera.
 Vengan, padre común de los vivientes,
 10 los veranos ardientes;
 venga el invierno frío,
 y danos por albergue el bosque umbrío,
 dejándonos vivir independientes,
 donde jamás oigamos la zampoña
 15 aborrecida, que nos da la roña,
 ni veamos armado
 del maldito cayado
 al hombre destructor que nos maltrata,
 y nos trasquila, y ciento a ciento mata.
 20 Suelta la liebre pacc
 de lo que gusta, y va donde le place,
 sin zagal, sin redil y sin cencerro;

- y las tristes ovejas (¡duro caso!),
 si hemos de dar un paso,
 25 tenemos que pedir licencia al perro.
 Viste y abriga al hombre nuestra lana;
 el carnero es su vianda cuotidiana;
 y cuando airado envías a la tierra,
 por sus delitos, hambre, peste o guerra,
 30 ¿quién ha visto que corra sangre humana?
 en tus altares? No: la oveja sola
 para aplacar tu cólera se inmola.
 El lo peca, y nosotras lo pagamos.
 ¿Y es razón que sujetas al gobierno
 35 de esta malvada raza, Dios eterno,
 para siempre vivamos?
 ¿Qué te costaba darnos, si ordenabas
 que fuésemos esclavas,
 menos crüeles amos?
 40 que matanza a matanza y robo a robo,
 harto más fiera es el pastor que el lobo”.

- Mientras que así se queja
 la sín ventura oveja
 la monda piel fregándose en la grama,
 45 y el vulgo de inocentes baladores
¡vivan los lobos! clama
 y *¡mueran los pastores!*
 y en súbito rebato
 cunde el pronunciamiento de hato en hato
 50 el senado ovejuno
 “¡ah! dice; todo es uno”.

MISERERE

Traducción del Salmo

¡Piedad, piedad, Dios mío!
 ¡que tu misericordia me socorra!
 Según la muchedumbre
 de tus clemencias, mis delitos borra.

- 5 De mis iniquidades
 lávame más y más; mi depravado
 corazón quede limpio
 de la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
10 toda la fealdad de mi delito,
y mi conciencia propia
me acusa, y contra mí levanta el grito.

Pequé contra ti solo;
a tu vista obré el mal, para que brille
15 tu justicia, y vencido
el que te juzgue, tiemble y se arrodille.

Objeto de tus iras
nací, de iniquidades mancillado;
y en el materno seno,
20 cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
y para más rubor y afrenta mía,
tesoros me mostraste
de oculta celestial sabiduría.

25 Pero con el hisopo
me rociarás, y ni una mancha leve
tendré ya; lavarásme,
y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
30 de consuelo y de paz en mis oídos,
y celeste alegría
conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,
35 y en mi pecho no dejes
rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría
un corazón que con ardiente afecto
te busque; un alma pura,
40 enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,
en que al lloroso pecador recibes,
no me arrojes airado,
ni de tu santa inspiración me prives.

45 Restáurame en tu gracia,
que es del alma salud, vida y contento;
y al débil pecho infunde
de un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto
50 de su razón conozca el extravío;
le mostraré tu senda,
y a tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,
¡mi Dios! ¡mi Salvador! ¡inmensa fuente
55 de piedad! y mi lengua
loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
si tanto un pecador que llora alcanza,
y gozosa a las gentes
60 anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si víctimas fueran
gratas a ti, las inmolará luego;
pero no es sacrificio
que te deleita, el que consume el fuego.

65 Un corazón doliente
es la expiación que a tu justicia agrada;
la víctima que aceptas
es un alma contrita y humillada.

Vuelve a Sión tu benigno
70 rostro primero y tu piedad amante,
y sus muros la humilde
Jerusalén, Señor, al fin levante.

Y de puras ofrendas
se colmarán tus aras, y propicio
75 recibirás un día
el grande inmaculado sacrificio.

EL PROSCRITO

FRAGMENTOS DE UNA LEYENDA

CANTO I

LA FAMILIA

*"Keep thy smooth words and juggling homilies
for those that know the not".*

LORD BYRON

- Ante la reja está de un locutorio
de monjas, a la hora de completas,
(no digo la ciudad ni el territorio
por evitar hablillas indiscretas),
5 la mujer del anciano don Gregorio
de Azagra, caballero de pesetas
pocas, pero de alcurnia rancia, ilustre,
a quien ni aun la pobreza empaña el lustre.
Que dio espanto a las huestes agarenas
10 un don Gómez de Azagra con la espada,
y añicos hizo él solo tres docenas
de moros en la Vega de Granada;
y que su sangre corre por las venas
de don Gregorio, en cuya dilatada
15 prosapia no encontró jamás indicio
judalco que tiznar el Santo Oficio;
Ni cayó de traición la mancha fea,
ni hubo sectario alguno de Mahoma,
ni abuelo con raíces en Guinea,
20 ni, en fin, más fe que la de Cristo y Roma;
claramente verá todo el que lea
(donde se lo permita la carcoma)
la iluminada ejecutoria antigua
que contra malas lenguas lo atestigua.
25 Cuenta en sus bienes el señor de Azagra
dos minas broceadas; vasta hacienda
de campo, que le rinde renta magra;
y vieja casa de capaz vivienda,
do la vida le endulza y le avinagra
30 alternativamente la leyenda,
el mate, la tertulia un corto rato,
los acreedores, la mujer y el flato.
Era también de esclarecida cuna

- su mujer doña Elvira de Hinojosa;
 35 y aunque en el matrimonio la fortuna
 de su marido no medró gran cosa,
 fue una santa mujer sin duda alguna;
 y como tan austera, escrupulosa
 y timorata que es, ciertas cosillas
 40 que en don Gregorio ve le hacen cosquillas.
 A la tertulia sin cesar combate,
 porque se viene tardes y mañanas
 a beberle la aloja y chocolate,
 gastando el tiempo en pláticas profanas.
 45 Dice que su marido es un petate,
 y algunas veces le llamó Juan Lanas;
 quiere que todo, en fin, se le someta,
 y trata a don Gregorio a la baqueta.
 Cosa muy natural seguramente
 50 en tan alta virtud; ni pudo menos
 la que abrasada en santo celo, siente,
 aun más que sus pecados, los ajenos.
 Y lo peor de todo es que el pariente,
 cuando estalla en relámpagos y truenos
 55 su bendita mujer, vira de bordo,
 toma la capa, o calla y se hace el sordo.
 De esta feliz matrimonial coyunda
 tuvo Azagra hijos dos; perdió el primero;
 y le vive Isabel, prole segunda,
 60 que ya su corazón ocupa entero.
 No ha vuelto la señora a ser fecunda;
 y como la Isabel de enero a enero
 en aquel monasterio se lo pasa,
 no hay más que Elvira y don Gregorio en casa.
 65 De lo que dejó dicho se colige
 que la tal Isabel es la heroína
 de mi leyenda, y de rigor se exige
 que la retrate. Cabellera fina,
 rizada sin que el arte la ensortije,
 70 negra; rosada cutis; coralina
 boca con marfilada dentadura;
 espalda, cuello y brazos, nieve pura.
 De beldad envidiados caracteres,
 Isabel, en tu patria menos raros,
 75 madre de donosísimas mujeres,
 de hombres valientes y de ingenios claros;
 pero en el talle esbelto única eres,
 y en esos ojos, de su fuego avaros,

- fuego amoroso y juntamente esquivo,
 80 en tus tímidos párpados cautivo.
 Edúcase la niña en el convento,
 sin ver ni la ciudad, ni la paterna
 casa jamás. El crítico momento
 de pronunciar su despedida eterna
 85 del mundo va a llegar; y el pensamiento
 (en que arrullada fue desde la tierna
 infancia) de celeste desposorio,
 a toda la familia es ya notorio.
 Quiere su madre, y quiere fray Facundo,
 90 su confesor, que tome luego el velo;
 y ella, a quien el recinto del profundo
 retiro en que ha vivido es, bajo el cielo,
 el universo todo; ella, que el mundo
 recuerda como un sueño vago, al celo
 95 del confesor y a la materna instancia,
 cede sin aparente repugnancia.
 Bien que a las veces este sueño vago
 le muestra un no sé qué dorado, hermoso,
 que hace en el alma excitador halago,
 100 muy diferente del claustral reposo.
 Quisiera ver el valle, el río, el lago,
 la montaña elevada, el mar undoso,
 y en libertad triscar por la pradera,
 con alguna querida compañera;
 105 Objetos que no ha visto y se figura
 aún más bellos acaso que la propia
 naturaleza; pues la infiel pintura
 de la imaginación, partes acopia,
 que unidas no se ven; y es toda pura,
 110 es toda bella y diáfana la utopía
 de joven alma, que su forma aeria
 y su albor virginal da a la materia.
 "¿Y este claustro ha de ser depositario
 de mi existencia toda?" Isabel mira
 115 el silencioso, umbrío, solitario
 recinto; y sin saber por qué, suspira.
 "¿Viviré, como vive mi canario,
 que sin cesar de un lado al otro gira
 de su prisión, y sin cesar se roza
 120 contra las rejas?" Isabel solloza.
 Pero este triste pensamiento pasa,
 como en el cielo fugitiva nube,
 como el aura sutil que un lago rasa;

- y a su nivel de nuevo el alma sube.
 125 Por lo que fray Facundo se propasa
 a declarar que no es razón se incube
 con tan superfluo empeño en esa idea,
 pues la niña consiente y lo desca;
 Que de su inclinación sale garante,
 130 en cuanto serlo puede el juicio humano;
 pero que el corazón es inconstante;
 el juvenil espíritu liviano;
 y perder no se debe un solo instante
 en cumplir un designio tan cristiano,
 135 poniendo un muro indestructible, eterno,
 entre el alma inocente y el infierno.
 "Esto (concluye) es lo que pide el caso:
 no aburrir con sermones a la niña".
 "Eso es lo que repito a cada paso",
 140 Elvira dice, y maliciosa guiña.
 "Estoy (responde Azagra) un poco escaso;
 pero con la primera plata-piña . . ."
 Mirando a su mujer medroso calla;
 la doña Elvira por un tris estalla.
 145 Sólo el respeto al padre la modera.
 "¿Qué plata-piña?, dice, ¿cuánta han dado
 tus minas, perdurable sangradera
 de dinero, en este año, ni el pasado,
 ni en seis años atrás? Si la primera
 150 plata-piña es el fondo destinado
 para que mi Isabel pronuncie el voto,
 ¿por qué no dices claro: *no la doto?*"
 "Si no han dado, darán". Aquí el enojo
 de doña Elvira iba a soltar el dique,
 155 y Azagra echaba a su sombrero el ojo,
 pues no sabe qué alegue, o qué replique,
 cuando el padre advirtiendo por el rojo
 color de doña Elvira, que está a pique
 de reventar la concentrada bilis,
 160 "Mi don Gregorio, en eso está el busilis
 (Dice con una flema, una cachaza
 admirable), en que den. Pero yo pienso
 que podemos hallar alguna traza . . .
 algún arbitrio . . . verbigracia, un censo
 165 sobre la hacienda". Doña Elvira abraza
 la indicación con un placer inmenso:
 "Ya se ve; ¿por qué no?" "Si acaso el fundo
 no está gravado (agrega fray Facundo;

- Y una mirada exploratoria lanza,
 170 como que algún obstáculo presuma);
 y si lo está, con una buena fianza
 podemos a interés buscar la suma.
 Mi compadre don Alvaro Carranza . . ."
 "Al que en sus garras pilla lo despluma,
 175 (responde Azagra). No se piense en eso;
 un dos por ciento, padre, es un exceso".
 "Su tertulia de usted don Agapito . . .",
 repone el fraile. Elvira refunfuña:
 "No le puedo tragar; es un bendito,
 180 que come, bebe, pita, el mate empuña,
 y sorbe, y charla; y no le importa un pito
 que la señora de la casa gruña.
 Sólo el mirarle, Dios me lo perdone,
 pero no está en mi mano, me indispone".
 185 "¡Caridad!" "Y su tema favorito
 es toma el fraile y daca la beata".
 "Hereje (dice el padre), un sambenito
 le viniera de perlas. ¡Democrata!
 ¡francmasón! Pero al fin don Agapito
 190 es hombre servicial y tiene plata.
 Ocurramos a él; sé que le sobra;
 hará a lo menos esa buena obra".
 Ellos, por más que don Gregorio tienta
 medios para salir de un compromiso
 195 que a su cariño paternal violenta,
 (pues en su corazón está indeciso,
 y si accede al monjío, lo aparenta,
 por amor a la paz); quiso o no quiso,
 acuerdan apelar al contertulio,
 200 y hacer la fiesta en el cercano julio.
 La precedente discusión pasaba
 en la mañana misma de aquel día
 en que, como antes dije, Elvira hablaba
 por entre la enrejada celosía
 205 a las amigas monjas; se trataba
 de la pobre Isabel . . . Mas todavía
 no le llega su turno al locutorio,
 que tiene la palabra don Gregorio.
 Acabo de decir que consentía
 210 por el bien de la paz en el monjío.
 Aun cuando el primogénito vivía
 (que pereció cautivo al filo impío
 de cuchilla araucana), lo tenía

- 215 por un desacordado desvarío,
 bien que pacato, tímido, indolente,
 nunca lo contradijo abiertamente.
- De lo que procedió que, poco a poco
 y sin sentirlo, a indisoluble empeño
 se viese encadenado. "¿Estaba loco,
 220 decía, o de mí mismo no era dueño?
 ¿Cómo ya el concertado plan revoco?
 ¡Maldita dejadez! ¡fatal beleño,
 que a todos los caprichos me sujeta
 de ajena voluntad! Soy un trompeta. . .
- 225 "¿Qué digo? . . . Un padre bárbaro, inhumano,
 que ve inmolar esa inocente niña
 a un celo iluso, que a interés mundano
 sirve tal vez, o a infame socaliña,
 y no osa alzar la voz, meter la mano,
 230 porque su ama y señora no le riña,
 y no regañe el necio conciliábulo
 que la da en su delirio apoyo y pábulo.
- "No, ¡por Dios!, no he de ser yo quien permita
 se sacrifique así, se eche una losa
 235 sepulcral a mi pobre Isabelita;
 no será que me arranquen mi amorosa,
 mi cándida, mi tierna palomita.
 Sin duda tronará mi santa esposa. . .
- ¡Que truene! El corro ladrará. . . ¡Que ladre!
 240 Quiero ser hombre al fin, quiero ser padre.
 "Pero si ella ama el claustro, si la encanta
 el claustro, como afirma el fraile seria
 y gravemente (y nadie tiene tanta
 proporción de juzgar en la materia),
 245 ¿debo yo de esa senda pura y santa
 extraviarla, hundirla en la miseria
 y corrupción del mundo? No lo creo,
 porque una cosa dicen y otra veo.
- "Ella es verdad que salta y juega y ríe;
 250 ¿mas quién no juega y salta en años quince?
 Nadie de tales síntomas se fie,
 que de tener se precie un ojo lince.
 El que la observe, el que en su rostro espíe
 ora el sollozo ahogado, ora el esguince,
 255 verá que en sus adentros Isabela
 contra ese pensamiento se rebela.

- "De cierto tiempo acá se me figura
 que pensativa y lánguida la miro.
 Cuando oye hablar de profesión futura,
 260 escápasele a hurto algún suspiro.
 Y si su madre la elocuencia apura
 pintando las delicias del retiro,
 vuelve a un lado los ojos, o impaciente
 suele tocar asunto diferente.
- 265 "¡Cuántas veces en mí clava la vista,
 y luego melancólica la baja!
 No se queja, es verdad; no habla; no chista;
 mete ella misma el cuello en la mortaja;
 en vez de que la esquive o la resista,
 270 a las que se la ponen agasaja;
 así va el corderillo al matadero,
 y le lame la mano al carnicero.
- "¿Y yo he de consentirlo? Si viviera
 mi malogrado Enrique, ese consuelo,
 275 ese apoyo, ese báculo tuviera
 en mi vejez . . . ¿mas cómo, ¡santo cielo!,
 cómo dejar me quiten mi postrera,
 mi única prenda? A ti, mi Dios apelo;
 tú con las fuerzas los deberes mides,
 280 y sacrificio tanto no me pides".
- El buen señor los sesos se devana,
 y no ve cómo salga del apuro.
 A una mujer tan terca y casquivana
 hacer la guerra cara a cara es duro.
 285 Su inconquistable genio le amilana;
 a la sordina es mucho más seguro.
 Un instrumento fácil y expedito
 se le presenta; y es don Agapito.
- Don Agapito Heredia, el tertuliano
 290 de cuyo filantrópico bolsillo
 iba a salir la dote; buen cristiano,
 si los hay, aunque amigo del tresillo,
 más que del ejercicio cotidiano,
 y nada afecto a gente de cerquillo;
 295 injusta prevención, que no me admira
 le tenga en mal olor con doña Elvira;
- Pero a lo que maquina don Gregorio
 circunstancia en extremo favorable;
 pues el proyecto Heredia hará ilusorio,

- 300 o al menos, por lo pronto, impracticable,
con un *no* terminante y perentorio,
cuando con él la pretensión se entable;
para lo cual hablarle piensa al punto
con la reserva propia del asunto.
- 305 En el suceso don Gregorio fía
haciendo entre los dos aquel enjuague;
y si más adelante otra crujía
sobreviniere que a Isabel amague,
"Con esta industria no hay temor, decía,
310 porque mientras la dote no se pague
(que no se pagará *volente Deo*),
pensar en el monjío es devaneo".
- Mientras que así discurre el caballero,
y el vaporoso espíritu refresca
- 315 dulce esperanza, desvolvió el yesquero;
suena la piedra herida, arde la yesca;
y ya ondeante nube de ligero
humo el cigarro esparce, que la gresca
de pensamientos agitados calma,
320 y en deliciosa paz aduerme el alma.
- Si no estuviera yo de prisa ahora
(que a la mujer de nuestro don Gregorio,
por lo menos hará su media hora,
a la reja dejé del locutorio),
- 325 gustoso templaría la sonora
lira para cantar a mi auditorio,
tabaco amado, compañero mío,
tu blando, inexplicable poderío.
- Ya el cigarro te exhale, o ya circules
- 330 en largos tubos o enroscadas pipas,
o en polvo las narices estimules,
tú los cuidados, tú el pesar disipas.
A príncipes, magnates o gandules,
¿una incomodidad ralla las tripas?
- 335 ¿abruma la fatiga? ¿enfada el ocio?
Tú eres del alma cordial socrocio.
- Despejas tú la embarazada cholla
del sabio, y le solazas las vigiliás;
más vívidos sus cuadros desarrolla
- 340 el pensamiento, cuando tú le auxilias;
y si el poeta alguna vez se atolla,
le acorres tú; la rima le concilias

- que a sus esfuerzos se resiste ingrata,
y en fácil verso el numen se desata.
- 345 Mas ahora es forzoso que se trate
de don Gregorio, que discurre y pita,
pita y discurre; y luego pide un mate:
"¡Un mate!" El buen señor se desgañita,
y el mate no parece. "¡Cunefate!"
- 350 ¡Serafina! ¡Tomasita! ¡Margarita!
Es de perder el juicio, ¡Dios eterno!
¡Qué criados! ¡Qué casa! ¡Qué gobierno!"
- Viene por fin el mate. "¿Y doña Elvira?"
"Salió". Gregorio pone el gesto grave,
355 sorbe, y a la pared atento mira.
"¿Y Margarita dónde está?" "¡Quién sabe!"
"Toma; y no más". El mozo se retira
"Cierra esa puerta, ¡bestia!" "¿Le echo llave?"
"¡Bruto! ¿quieres aquí tenerme preso?"
- 360 Júntala sólo, y márchate, camueso".
- Tras esto don Gregorio se reclina,
y echa antes de comer su larga siesta.
Despierta; pita; sorbe; Serafina
viene a decir que está la mesa puesta.
- 365 Comen. Un guachalomo, una gallina,
porotos, charqui, un pavo, tal cual fiesta
es, con su buen porqué de ají y de grasa,
lo que da la despensa de la casa.
- Un rato Azagra está meditabundo;
370 y ya que el buche con un trago enfía
de lagrimilla, "Es mucho fray Facundo
(dice como entre veras e ironía);
¡qué talento de fraile! y ¡qué rotundo,
qué colorado está! Por vida mía,
- 375 ¡que tiene harta razón su reverencia,
para decir que engorda la abstinencia!"
- Dudando si lo que oye es befa o loa,
dice la dama con mirar perplejo:
"Aunque al siervo de Dios la envidia roa,
380 es hombre de virtud y de consejo".
"Y do el siervo de Dios pone la proa,
responde en tono socarrón el viejo,
no hay cosa que al esfuerzo no sucumba
de su elocuencia". Impertinente zumba,
- 385 Y de que el buen señor se arrepintiera
en otras circunstancias. Ni al presente

- osara tanto Azagra, si no fuera
que al recordar su treta, el pecho siente
bullir de gozo. Elvira no se altera:
- 390 "Resuella por la herida mi pariente",
dice a su sayo y calla. "Fue un bonito
recurso el de la bolsa de Agapito,
- Prosigue Azagra. Es franco caballero;
tengo de su amistad más de una prueba;
- 395 y prestará gustoso su dinero,
cuando tan santo fin la cosa lleva.
Hija, mañana mismo hablarle quiero".
"Nuestra Señora sus entrañas mueva,
y nuestro pensamiento ponga en planta";
- 400 contesta doña Elvira, y se levanta.
- Don Gregorio tomó sombrero y capa;
doña Elvira la saya y la mantilla.
Ella se va a las monjas; él se escapa
al tajamar, en donde la pandilla
- 405 de tertulianos al pasar le atrapa.
Se habla de independencia y de malilla;
y de Marcó del Pont y de la España,
y de cera, polvillo y telaraña.
- Eran aquellos días de funesta
- 410 memoria, en que la Patria moribunda
cambió en lutos la túnica de fiesta,
y la guirnalda en la servil coyunda.
La noble frente que miraba enhiesta
al astro de la gloria, ya en profunda
- 415 sombra eclipsado, triste inclina al suelo,
y no divisa un término a su duelo.
- Noche improvisa oscureció la aurora
de libertad. Venciste, ¡tiranía!
Mártires y cautivos atesora
- 420 allá el presidio, acá la tumba fría;
y de los hijos que la Patria llora
se ve crecer la suma cada día.
Doquiera oculto el espionaje acecha,
y va la proscripción tras la sospecha.
- 425 Noche fue de dolor; no de letargo;
que si el pecho una vez respira aliento
de dulce libertad, no sueñe largo
desmayo, ni durable rendimiento
el opresor; vendrá desquite amargo;
- 430 de la retribución vendrá el momento;

mientras él altanero se entroniza,
arde divino fuego en la ceniza.

Tal el estado de la Patria era;
reina Marcó del Pont; y aquella inculta,
435 baja, soez canalla talavera
roba, asesina, y más que todo, insulta.
El *dieciséis* principia su carrera,
y a la arboleda y a la mies adulta
las frutas pinta y las espigas dora,
440 ardiendo el campo en sed abrasadora.

Y a par del turbio río iba y venía
nuestra tertulia en platicar discreto,
que temeroso de escondido espía
tras cada tronco y cada parapeto,
445 en tímido susurro se confía
con aire de misterio y de secreto
cada vez que dan sueltas a la crítica
sobre cualquier asunto de política.

De varias trazas eran, genios, modos;
450 y aunque de armas tomar ninguno fuera
(porque de los cincuenta pasan todos),
son por una mismísima tijera
cortados en tratándose de godos;
y si de Elvira el nombre no sirviera
455 de protección, tuvieran hoy la cancha
en parte no tan fresca ni tan ancha.

Este de O'Higgins el valor celebra,
o de Carrera o Freire las hazañas;
quién la exacción deplora, que a una quiebra
460 le reduce y le saca las entrañas;
maldiciones aquél (¡qué horror!) enhebra
contra el augusto rey de las Españas;
y en profética tripode se encumbra
alguna ya, y a San Martín columbra.

465 Sentada en tanto Elvira ante las rejías
del locutorio, como arriba indico,
aligeraba un poco las bandejas
de las devotas madres. Con el pico
que Dios le ha dado ensarta mil consejas,
470 moviendo sobre el seno el abanico,
y dando todo el grato condimento
en que consiste la sazón de un cuento;

- No el de la destrucción que hiere y mata,
 mas de la caridad que muerde y pica,
 475 con aquella prudencia timorata
 y aquel celo cristiano que edifica.
 De esta manera justamente trata
 a don Gregorio su mujer; critica
 su dejadez; su indevoción censura;
 480 mas, propiamente hablando, no murmura.
- Sobre el programa, en fin, del ya cercano
 monjío el general discurso rueda.
 Tembló Isabela oyendo aquel tirano
 decreto que en un claustro la empareda;
 485 cáesele el abanico de la mano;
 pierde el color; atónita se queda;
 mas al imperio maternal se inmola,
 y no pronuncia una palabra sola.
- Nadie averigua si en el alma siente
 490 inclinación al religioso estado.
 ¿Puede no amar la joven inocente
 el santo asilo donde se ha criado?
 Aquel sí irreflexivo, indiferente,
 pedido no diré, sino dictado
 495 a la niñez que su sentido ignora,
 indisoluble vínculo es ahora.
- ¡Indisoluble! . . . así lo juzga. El pecho
 que resignado y dócil y sumiso
 natura y arte a competencia han hecho;
 500 a quien la abnegación deber preciso,
 y ajeno mando es natural derecho;
 que sólo quiso, en fin, lo que otro quiso;
 ¿la suerte que una madre le destina
 rechazar osará? Ni aun lo imagina.
- 505 "¿De qué me asusto? (en su interior exclama).
 ¿No he sido siempre destinada al velo?
 ¿No lo admití? ¿No lo esperé? Me llama
 el cielo mismo; ¿y contradigo al cielo?
 Un mundo vil, que tanto vicio infama,
 510 ¿he de poner con Dios en paralelo?"
 Diciendo así, conformidad serena
 rayó en el alma, y mitigó la pena.
- Esto en el sobredicho locutorio;
 mientras desde el paseo le decía
 515 a su cara consorte don Gregorio:
 "Bravo chasco te pegas, prenda mía".

- Jamás le vio el andante consistorio
de tan jovial humor como aquel día;
¡mísero! y truena ya la nube parda
520 de la tormenta horrible que le aguarda.
- Luego que la oración da el campanario
de la vecina iglesia, a la morada
de don Gregorio van, donde el rosario
rezaban doña Elvira y su mesnada.
- 525 No hubo esta noche nada extraordinario
en la tertulia: naipes, variada
conversación, el consabido mate,
cigarros, dulces, aloja y chocolate.
- Al sonar el reloj las nueve y media,
530 "Señores, con la música a otra parte",
a sus contertulianos dice Heredia;
y cuando ya, como los otros, parte
el don Gregorio la ocasión promedia,
y a hurto en baja voz, "Quisiera hablarte,
- 535 le dice, es un favor de poca monta;
y . . ." "Ya sabes que está mi bolsa pronta
Para servirte", respondió Agapito.
"Negocio concluido; no hables de eso".
"No es lo que tú imaginas; es . . ." "Repito
- 540 que es cosa hecha, peso sobre peso".
"¿Qué cosa?" "Los dos mil". "No necesito.
En otra muy distinta me intereso.
No quiero que prometas, ni que entregues,
ni que fíes; se trata de que niegues".
- 545 "¿Qué niegue? Es imposible, amigo es tarde".
"¡Misericordia!" "Fray Facundo vino
(eran como las cuatro de la tarde)
con un recado muy atento y fino
de tu querida esposa, que Dios guarde . . ."
- 550 "No pases adelante; lo adivino".
"Como me aseguraba tu anüencia,
expresada, me dijo, en su presencia . . ."
- "Sí, la expresé, con una soga al cuello".
"Y como entiendo que la niña anhela
- 555 meterse monja, y empeñada en ello
parece estar tu santa parentela . . ."
- "Basta, no digas más. Echado el sello
a mi desgracia está. ¡Pobre Isabela!
Todo al revés, Heredia, me sucede.
- 560 Parece que el demonio lo hace adrede".

- "No tal; esos petardos te granjea
 el hacer, como haces, a dos caras.
 Si no quieres que ciña la correa
 tu hija Isabel, ¿por qué no lo declaras?
 565 Y si la pobre chica titubea,
 o lo repugna, y tú la desamparas
 que protegerla debes, cruel, impía,
 abominable esa omisión sería.
 "Y más diré. Si yo su padre fuera,
 570 y en esa tierna edad la viera ansiosa
 de vestir el sayal, lo resistiera
 con todo mi poder; que no, no es cosa
 en que se deba estar a la ligera
 decisión de alma incauta, veleidosa,
 575 dócil a toda voz, a todo imperio,
 el consignar la vida a un monasterio.
 "La que renuncia al mundo en esa verde
 edad primera, ¿podrá ser que estime
 lo que la aguarda, o sepa lo que pierde?
 580 Y cuando, vuelta en sí, ve que la oprime
 cadena eterna, y despechada muerde
 el duro hierro, ¿a quién acusa, dime?
 Al que su juicio leve, antojadizo,
 debió haber alumbrado, y no lo hizo.
 585 "En dar consejos donde no hay deseo
 de recibirlos, siempre hallé reparo.
 Mi genio lo repugna. Mas te veo
 en aflicción, y debo hablarte claro.
 Tu flojedad es un delito feo.
 590 La autoridad paterna es el amparo
 natural de Isabel. Defiende, guarda
 su inocente candor. ¿Qué te acorbarda?"
 "¿Y entregado el dinero fue?" Lo mismo,
 porque lo tengo prometido y pronto".
 595 "¿A quién se puso, Heredia, un sinapismo
 como el de esta mujer? ¿Qué pobre tonto
 sufrió jamás tan fiero despotismo?
 Pero verán, si en cólera me monto,
 de lo que soy capaz. Volverá al techo
 600 paterno mi hija. . . volverá a mi pecho. . .
 "Volverás, volverás, yo te lo fio. . .
 Harto tiempo tratada como ajena
 fuiste ya, mi Isabel, regalo mío,
 víctima de. . ." Diciendo así, refrena
 605 la voz un repentino escalofrío;

en el hinchado esófago le suena
tumuloso vapor; eructa; brama;
en suma, le da el flato, y va a la cama.

CANTO II

LA ENFERMEDAD

"BRABANTIO

*...My particular grief
is of so flood-gate and o'erbearing nature
that it engluts and swallows other sorrows,
and it is still itself.*

DUKE

—Why, what's the matter?

BRABANTIO

—My daughter! Oh, my daughter!

SENATOR

—Dead?

BRABANTIO

—Ay, to me".

(SHAKESPEARE).

- Mientras afuera el sol de enero brilla,
610 en la cerrada alcoba el caballero
duerme; y de congojas pesadilla
atormentado gime. El candelero
lanza una llama trémula, amarilla,
agonizante, y lanza ya el postrero
615 rayo en la faz que interna angustia altera,
y en la desordenada cabellera.
Se le figura que su cara hija,
ya en el grñón cautivos los cabellos,
una tierna mirada le dirija,
620 hinchados de llorar los ojos bellos.
Los brazos le echa en torno; y ella, fija
su vista en la del padre, afirma en ellos
la lánguida cerviz. A la inocente
víctima va a besar la blanca frente...
625 ¡Fiera transformación! La rubicunda
color de sus mejillas hondas huye;
arde en los ojos una luz profunda;
las cuencas tinte cárdeno circuye.
No llora ya. Los brazos furibunda
630 le opone; el beso paternal rehúye;
y a los labios poniéndose un nudoso
dedo, le dice en baja voz: "¡Mi esposo!...

- ¿Qué hay en este dictado que te asombre?
 El de mi corazón tiene las llaves. . .
 635 llaves que poseer no es dado al hombre.
 Mi esposo, sí, mi esposo eterno. . . ¿Sabes
 a quién me desposaste? Oye su nombre:
 ¡desesperación! Mira los graves
 grillos y la cadena que me agobia;
 640 éstos son los arreos de la novia".
- Huye el espectro lívido, lanzando
 mezcladas con gemidos maldiciones,
 y alzado el rostro al cielo, exclama, dando
 un grito de dolor: "¡No le perdonés!"
 645 Vuelve a otro lado el infeliz, temblando,
 y al son de plañideros esquilonés
 lenta, enlutada procesión advierte,
 y oye entonar el himno de la muerte.
- "¡Qué! . . . ¡ya difunta! . . . ¡mi Isabel! . . . ¡mi hermosa!
 650 Iré a besar su tumba". Fray Facundo
 sale a su encuentro en forma pavorosa:
 "Los pasos vuelve atrás. Profano, inmundo
 aun el paterno llanto es a la losa
 de la velada virgen. Para el mundo
 655 años ha falleció. Muerta ni viva
 sueltan estas paredes su cautiva".
- Negra capa de coro al franciscano
 los anchos lomos cubre; y se agiganta
 de manera su cuerpo, que al humano
 660 es dos veces igual, y aun le adelanta.
 Descomunal hisopo tiene en mano,
 y airado sobre Azagra lo levanta,
 como si no tan sólo agua bendita
 quisiera darle. Don Gregorio grita.
- 665 Sueña que el hisopazo del robusto
 reverendo el testuz le descalabra;
 y como sacudido con el susto
 de la visión tamaños ojos abra,
 de Cunefate ve el cercano busto,
 670 el cual, sin proferir una palabra,
 con rostro imperturbable le propina
 la acostumbrada taza matutina.
- "¡Qué noche! ¡qué mortal desasosiego!
 ¡qué sueño horrible!", don Gregorio exclama.
 675 Incorporóse, no sin pena; y luego
 arrójase otra vez sobre la cama
 desfallecido. En sus entrañas, fuego

- febril rápidamente se derrama,
que sus fuerzas consume. Cunefate
680 se llevó silencioso el chocolate.
- Aquel día, el siguiente y el tercero,
leve se juzga el mal que le incomoda,
y se recurre al régimen casero,
y a la usual farmacopea toda.
- 685 La cachanlagua se aplicó primero;
luego el culén; la doradilla; soda;
clísteres de jabón y malvavisco;
y un cordón bendecido en San Francisco.
- Ni por ésas; la fiebre no minora;
690 de la jaqueca el bárbaro martirio
crece; y a la disputa veladora
sigue inquieto letargo con delirio.
Por lo cual determina la señora
se llame a don Canuto Litargirio,
- 695 médico castellano celeberrimo.
y del mercurio partidario acérrimo.
- Nuestro doctor a don Gregorio pulsa;
da cien golpes la arteria por minuto;
seca la piel; la lengua está convulsa;
700 sanguinolento y viscido el esputo.
"¡Un chavalongo!", dice Elvira. "¡Insulsa
nomenclatura!", exclama don Canuto.
¿Y cuántos días van, señora mía,
de enfermedad?" "Hoy es el cuarto día.
- 705 "Pero se le acudió muy tempranito
con la soda, el culén, friegas calientes
de unto con sal..." "Sí, sí; con el maldito
ripió de aplicaciones impotentes
que dejan vivo el fomes. ¡Qué prurito
710 de meterse a curar! ¡Pobres pacientes!
no se nos llama hasta que el caso apura;
se mueren; y el doctor erró la cura".
- La pródiga consorte que barrunta
algo triste al oír razones tales,
715 "¿Encuentra usted peligro?", le pregunta.
"Aún no aparecen síntomas mortales,
dice el doctor. El caso pide junta;
que vengan Mata, Valdemor, Grajales;
y porque en tanto el morbo a más no pase,
720 dadme pluma y papel". Receta y vase.
- Elvira, sin dejar (como es preciso)
de suspirar y hacer algún puchero,

- a fray Facundo da oportuno aviso
de la ocurrencia; el alma lo primero.
- 725 El padre comisiona a fray Narciso
para que al viejo asista; él fuera; pero
por un capricho, Azagra, inexplicable,
no quiere que le vea, ni le hable.
- Y como abriga aquel ardiente celo
- 730 por el ajeno bien, no sólo encarga
a fray Narciso le encamine al cielo;
mas a la Elvira en carta escribe larga
que, por si el accidente pone lelo
a su querido esposo o le aletarga,
- 735 haga que otorgue luego en buena forma
su testamento; y le incluyó la norma.
- Que no llore, ni plaña, ni se aflija,
mas se resigne, y todo, como debe,
a la salud eterna lo dirija
- 740 de su consorte; y pues que viste en breve
el sagrado sayal su cara hija,
haga de modo tal, que limpia lleve
el alma a mejor vida don Gregorio,
y se le abrevie al pobre el purgatorio.
- 745 Ella, que a media voz al padre entiende
(que si ladino es él, no es ella lerda),
con eficacia a consumir atiende
el concertado plan, y el modo acuerda.
- Era ya noche; en el salón se enciende
- 750 duplicado blandón; activa y cuerda
asiste a las señoras Margarita,
que una tras otra llegan de visita.
- Llénase de parientas el estrado
y de beatas; que la triste nueva
- 755 no bien a sus oídos ha llegado,
a dar consuelo, a dar la usada prueba
de su cariño van. El fresco helado,
el bizcochuelo su apetito ceba;
el chocolate, el alfajor circula.
- 760 Danse la mano caridad y gula.
- Mientras que en el estrado, casi estrecho
a tanta gente, el cuchicheo bulle,
pasa las horas cabe el triste lecho
la doña Elvira; la almohada mulle;
- 765 la colcha extiende; está en continuo acecho;
y si de cuando en cuando se escabulle,

- sólo es para decir desde la puerta:
 "Que no entre nadie! ¡Serafina, alerta!"
- Discurre acá y allá la servidumbre;
 770 cuál carga a paso lento el azafate;
 otro para el cigarro lleva lumbré;
 otro la pasta caraqueña bate.
 Y la tertulia, que, según costumbre,
 se viene al husmo de la aloja y mate,
 775 hace sobre el suceso comentarios,
 o ensarta en baja voz discursos varios.
- Don Agapito Heredia, que no supo
 cómo en la alcoba entrar, después que lucha
 con la apostada centinela, al grupo
 780 de los doctores silencioso escucha.
 La exposición a Litargirio cupo
 del caso que los llama; desembucha
 raudo torrente de palabras griegas,
 y explora la opinión de sus colegas.
- 785 Grajales dice: "Es un absceso hepático".
 Mata descubre congestión nefrítica.
 Litargirio asegura en tono enfático
 que es una vieja lúe sifilítica.
 "Y debe, añade, dársele el viático,
 790 porque la cosa me parece crítica.
 Aquel hipo, a mi ver, no es muy católico".
 Su pronóstico, en suma, es melancólico.
- Si sobre el mal, según aquí relato,
 tanto difieren, ¿cómo no en la cura?
- 795 Mas Valdemor, después de un breve rato
 de profundo silencio y de madura
 meditación, "Señores, yo no trato
 (dice con reposada catadura)
 de combatir ajenas opiniones
 800 fundadas en tan sólidas razones.
- "En mi sentir, el caso es menos grave;
 ni tiene en las entrañas el asiento,
 sino en el alma sola. ¿Quién no sabe
 lo que puede un ahogado sentimiento,
 805 una pasión intensa que no cabe,
 que sacude el angosto alojamiento
 de un sistema vital, que debilita
 la vejez, y el más leve soplo agita?
- "No es delirio, señores, lo que noto
 810 en el paciente; el vago devaneo
 de una mansa locura, el alboroto

- de ardiente frenesí, no es lo que veo.
Es imbécil terror que pone coto
a la efusión de un íntimo desco;
815 es profunda pasión que opresa gime
y a veces lanza el peso que la oprime.
"¡Mi hijal ¡mi hijal repite; el balbuciente
labio su nombre a cada instante exhala.
La sacrificio, es la expresión doliente
820 que entre ayes y gemidos intercala.
Mas doña Elvira acude prontamente,
y con dedo imperioso le señala
el santo crucifijo. *Dios lo ordena,*
y ella lo quiere, dice; *ya es ajena*.
825 "Yo traspaso tal vez mi ministerio,
y mi aserción tendréis por temeraria;
pero hay sin duda en esto algún misterio
cuya averiguación es necesaria.
Ella ejercita un absoluto imperio
830 que no ablandan lamento ni plegaria;
se amilana al oírlo, se estremece
el extenuado enfermo, y enmudece".
Don Agapito Heredia, que apartado
en un ángulo estaba, se apersona
835 ante el docto hipocrático senado,
y obtenida su venia, así razona:
"Un íntimo dolor reconcentrado,
porque el miedo en su pecho lo aprisiona,
es lo que aqueja a mi infelice amigo;
840 con la más firme convicción lo digo.
"Yo a curarle me empeño, y de contado
voy a poner los medios". Con gran calma
contesta Litargirio: "Lo apurado
es el cuerpo, señores, no es el alma;
845 y con permiso de la junta, añado
que en lugar de estas borlas, una enjalma
al médico se debe que se mete
en lo que sólo al confesor compete.
"Si hay en el alma intrínseca batalla,
850 el pulso ni lo afirma ni lo niega,
e interrogado el orinal lo calla.
¿Qué más incumbe a una persona lega?"
Contesta Valdemor: "De acuerdo se halla
conmigo mi doctísimo colega.
855 Fíese del espíritu la parte
a la amistad, y la del cuerpo al arte".

Diciendo así, concluye que a su juicio
el método expectante es el más propio.
Don Canuto, que observa claro indicio,
860 o evidencia más bien, de antiguo acopio
de virus, quiere corregir el vicio
con el mercurio, el tártaro y el opio;
Grajales, calomel; Mata decreta
sanguijuelas, cantáridas, lanceta.

865 Mientras en esta parte de la casa
sigue el debate medical, escena
harto diversa en otro sitio pasa,
donde su testamento Azagra ordena.
La triste alcoba alumbra luz escasa,
870 tanto que la escritura lee con pena
Panurgo Fraguadolo, el escribano,
que la trajo extendida de su mano.

Dispone don Gregorio lo siguiente:
instituye en sus bienes heredera
875 a su alma sola, que perpetuamente
los deberá gozar, en la manera
que encarga a su estimado confidente
y comisario, don Julián Herrera
de Ulloa y Carvajal, primo segundo
880 del reverendo padre fray Facundo.

La herencia pasará de don Gregorio
como los mayorazgos de Castilla,
pero con el servicio obligatorio
de una misa anual en la capilla,
885 iglesia, monasterio u oratorio
donde quiera el patrón mandar decilla;
la cual misa se diga (que es el punto
cardinal) por el alma del difunto.

Y porque siempre el tal servicio dure,
890 quede bajo estrechísimo reato
de la conciencia, y piérdase *ipso jure*,
en caso de omisión, el patronato.
Empero a doña Elvira se asegure
(amén del espadín y del retrato,
895 plata labrada y árbol gentilicio)
el goce de los bienes vitalicio.

Y muerta doña Elvira de Hinojosa,
pase toda la herencia al comisario
y a su posteridad, con la forzosa
900 carga del antedicho aniversario.
Y a la de Cristo prometida esposa,

doña Isabel, su hija, el necesario
asenso el otorgante ruega y pide,
para que el patronato se valide.

- 905 Leído el testamento, el escribano
lo da a firmar; el testador firmólo
con triste cara y temblorosa mano,
y luego don Panurgo Fraguadolo
y los testigos. El doliente anciano
910 en la sombría estancia queda solo
con su mujer; la primanoche pasa;
toda es silencio y soledad la casa.

- Huye la negra sombra; el alba ríe;
la sonrosada luz primera asoma
915 sobre la cordillera; y se deslía
en el ambiente un delicioso aroma.
Ya apenas queda torre que no envíe
su nota usada; ya no queda loma
que con el sol no brille; ya no queda
920 pájaro que no cante en la arboleda.

- Hora en que el toque repetido llama
de la temprana misa a la devota;
hora en que el jugador se va a la cama
maldiciendo del as y de la sota;
925 mientras en blando sueño joven dama
bailar cree la cuadrilla o la gavota,
y ufana de hermosura y galas, tiende
la red traidora en que las almas prende.

- No así la Isabelita, que un tesoro
930 de gracias acumula y no lo sabe;
y ve del alba los celajes de oro,
y oye el saludo que le canta el ave;
y luego que las madres van al coro,
sale a gozar el hálito suave
935 de la temprana flor, que al aire frío
se orea, salpicada de rocío.

- Es para ella el claustro y la frondosa
huerta, ciudad y plaza y alameda.
Una recién venida mariposa
940 que en alas ve volar de gasa y seda,
un vivo chupaflor, que nunca posa,
y de repente equilibrado queda
en el aire, o del pico apenas preso
al azahar que liba, es un suceso.

- 945 Así corren las horas placenteras
de su vida apacible; limpia fuente

- que entre peñascos nace; y plantas fieras,
 el cristal no le enturbian transparente;
 pero esas ondas luego entre riberas
- 950 lozanas van, y en su fugaz corriente
 ¡cuánta agostada flor y mustia hoja
 de que a la selva el ábrego despoja!
- Tú no lo sabes, niña; ¡al cielo plega
 que no lo sepas nunca! . . . Ella discurre
- 955 a un lado y otro; sus claveles riega,
 ceba su pajarito . . . Al fin se aburre.
 Sobre sí misma el alma se repliega;
 en odio al claustro, en odio al huerto incurre;
 y la importuna reflexión la asalta
- 960 de que a su dicha alguna cosa falta.
 Echa su casa menos; menos echa . . .
 no sabe qué. Tan rara vez alcanza
 una noticia a la morada estrecha
 que con su vida encierra su esperanza,
- 965 que aun de su padre nada sabe . . . Acecha
 por una reja; un grito en lontananza
 se oye; el eco del claustro lo duplica;
 sólo así con el mundo comunica.
- Mas un rüido inusitado, extraño,
 970 que en aquel monasterio no sonaba
 más que una vez o dos en todo el año,
 se oye en la calle; una calesa acaba
 de parar a la puerta; no es engaño
 de la imaginación, que ya la aldaba
- 975 da un recio golpe, y el sonoro estruendo
 se va de claustro en claustro repitiendo.
- Y la campana al punto mismo avisa,
 y corre desalada la tornera;
 luego a la superiora vuelve aprisa,
- 980 y un recado le da. La cosa era,
 según las apariencias, improvisa
 y de importancia; porque sale fuera
 de su celda la madre, oído el caso,
 y al locutorio va, más que de paso.
- 985 Retorna a poco rato sor Camila
 (que tal el nombre fue de la abadesa),
 y llama a su presencia a la pupila,
 que, inclinándose, el hábito le besa.
 "Dios, Isabel, que sobre ti vigila,
- 990 guíe tus pasos, dice; una calesa

te está aguardando; conducirte debe
a tu familia; volverás en breve.

- “Viene por ti tu tía, mi señora
doña Leticia”. Como aquel que emprende
995 un largo viaje, y de la mar traidora
por la primera vez las olas hiende,
así se siente Isabelita ahora,
y toda se confunde y se sorprende,
y parece que a un tiempo su alma oprima
1000 pavor que halaga y gozo que lastima;
Si bien la idea del albergue amado
en que los suyos viven, la alborozó;
y no sabiendo el peligroso estado
de don Gregorio, anticipadas goza
1005 las caricias de un padre idolatrado,
y el placer en su pecho le retoza
al pisar otra vez la cara estancia
que vio el primer pinino de su infancia.
De este modo Isabela se divide
1010 entre un afecto y otro y otro vario.
De las devotas madres se despide;
besa a Camila el santo escapulario,
y que por ella ruegue a Dios le pide
y a la sagrada Virgen del Rosario.
1015 De la calesa a recibirla pronta
se abre la puerta. “¡Adiós!”, repite, y monta.

CANTO III

LA CHACRA *

*“Mais l'amour sur ma vie est encore loin d'éclorre;
c'est un astre de feu dont cette heure est l'aurore”.*

LAMARTINE

- ¡Al campo! ¡Al campo! La ciudad me enoja.
Esas tristes paredes do refleja
la luz solar intensa, ardiente, roja,
1020 no quiero ver, ni del balcón la reja,
donde una flor cautiva se deshoja,
e inclinándose lánguida semeja

* Arístides Rojas publicó parte de este canto con el título *El campo*.

- suspirar por la alegre compañía
de sus hermanas en la selva umbría.
- 1025 ¡Al campo! digo yo como Tancredo;
mas no en verdad al campo de batalla,
donde el tronar del bronce infunde miedo
y el zumbar de la bala y la metralla;
ni al campo donde el bárbaro desnudo
- 1030 de un falso honor, teutónica antigualla,
dos pechos pone a dos contrarias puntas
por ofensas reales o presuntas;
Sino al campo que alegra fuente pura
con el rumor de su cristal parlero;
- 1035 y de la selva a la hospital verdura,
de paz y holganza asilo verdadero,
do el aura entre los árboles murmura,
y la diuca revuela y el jilguero;
y de trémulos iris coronada
- 1040 salta del monte al valle la cascada;
Y a la colina que, al rayar la aurora,
la ciudad nebulosa me descubre,
mientras el suelo en derredor colora
de azules lirios genial octubre;
- 1045 do fresco baño el río, y mugidora
vaca me ofrece su tendida ubre,
o salgo envuelto en poncho campesino
a respirar el sople matutino;
A la animada trilla, y al rodeo,
- 1050 de fuerza y de valor muestra bizarra;
del pensamiento al vago devaneo
bajo el toldo frondoso de la parra;
al bullicioso rancho, al vapuleo,
al canto alegre, a la locuaz guitarra,
- 1055 cuando chocan caballos pecho a pecho,
y en los horcones se estremece el techo.
Pláceme ver en la llanura al guazo,
que, al hombro el poncho, rápido galopa;
o con certero pulso arroja el lazo
- 1060 sobre la res que elige de la tropa.
Pláceme ver paciendo en el ribazo,
que una niebla sutil tal vez arropa,
la grey lanuda, y por los valles huecos
de su ronco balido oír los ecos
- 1065 Pláceme penetrar quebrada umbrosa,
y dando suelta al pensamiento mío,
fijar la vista en la corriente undosa

- con que apacible se desliza el río,
a cuyo murmurar visión hermosa
1070 evoca el alma en dulce desvarío;
visión de alegres días que corrieron
sobre mi vida, y para siempre huyeron;
Y se desvanecieron, cual la cinta
de aéreo iris que en la azul esfera
1075 deshace el viento, o cual la varia tinta
que, cuando el sol termina su carrera,
blanco vellón de vagas nubes pinta,
o cumbres de nevada cordillera,
y el soplo de la noche las destiñe,
1080 y parda franja al horizonte ciñe.
Véolos otra vez aquellos días,
aquellos campos, encantada estancia,
templo de las alegres fantasías
a que dio culto mi inocente infancia;
1085 selvas que el sol no agosta, a que las frías
escarchas nunca embotan la fragancia;
cielo . . . ¿más claro acaso? . . . No, sombrío
nebuloso tal vez . . . Mas era el mío.
Naturaleza da una madre sola,
1090 y da una sola patria . . . En vano, en vano
se adopta nueva tierra; no se enrola
el corazón más que una vez; la mano
ajenos estandartes enarbola;
te llama extraña gente ciudadano . . .
1095 ¿Qué importa? ¡No prescriben los derechos
del patrio nido en los humanos pechos!
¡Al campo! ¡Al campo! Allí la peregrina
planta que, floreciendo en el destierro,
suspira por su valle o su colina,
1100 simpatiza conmigo; el río, el cerro
me engaña un breve instante y me alucina;
y no me avisa ingrata voz que yerro,
ni disipando el lisonjero hechizo
oigo decir a nadie: ¡advenedizo!
1105 Pero volviendo al cuento comenzado,
digo que don Gregorio en tiempo breve
tanto convaleció, que trasladado
es a vecina chacra donde eleve
el tono de sus nervios relajado
1110 la salubre impresión de un aire leve,
puro, que el grande pueblo adonde mora
se hallaba entonces sucio, como ahora.

- Y haciendo a cada cual justicia neta,
 digo también que, no al doctor Grajales
 1115 la salud le debió, ni a la lanceta,
 ni a doctas confecciones mercuriales;
 sino a la terapéutica discreta
 de Valdemor, que sólo cordiales
 y anodinos a el alma enferma aplica,
 1120 que no se hallan en frascos de botica.
- Es en sustancia el régimen sūave
 que llama antiflogístico la ciencia.
 A doña Elvira alejan (ya se sabe
 que era toda flogisto por esencia)
 1125 y empeño fue dificultoso y grave,
 pues le parece cargo de conciencia
 que, si muere, no lleve don Gregorio
 su recomendación al purgatorio.
- Y más interesada que la suya,
 1130 ni que tanto la carga le aligere
 cuando de su prisión el alma huya,
 no puede haber. Repugna, pues, no quiere,
 por más que se le diga y se le arguya,
 de su lado apartarse. Que se muere
 1135 su caro esposo, exclama sollozando,
 y en trance tal, si no le asiste, ¿cuándo?
- Del tono moderado por instantes
 al de la ira y la soberbia pasa.
 "¡Qué par de consejeros importantes! . . .
 1140 Señor don Agapito, en esta casa
 mando yo. . . Vomitivos y purgantes,
 mi buen doctor, prescriba usted sin tasa;
 en cuanto a lo demás no le consulto,
 y su proposición es un insulto".
- 1145 Pero al oír que deja el monasterio,
 y que su hija prontamente llega,
 toma un semblante la contienda serio;
 ya no es ira la suya, es rabia ciega.
 Propásase al baldón, al improprio;
 1150 grita, pateo, jura. Al que la ruega,
 al que la insta, ordénale que calle,
 y le muestra la puerta de la calle.
- Don Agapito, que, si bien modesto
 y circunspecto, nada emprende en balde,
 1155 tiene ya prevenida para esto
 la intervención del cura y del alcalde.
 En el rostro de Elvira descompuesto,

- al carmín desaloja el albayalde;
 el furor la enajena, la sofoca;
 1160 de la casa se va como una loca.
 No volvió más; sucede a la señora
 la señorita; el suspirado abrazo,
 al padre alienta, sana, corrobora;
 sola Isabel le cuida; el tierno brazo
 1165 le tiene la cabeza y le incorpora;
 tal vez la calva frente en su regazo
 posa; tal vez, solicita enfermera,
 a su lado pasó la noche entera.
 Tal vez, abriendo angélica sonrisa
 1170 frescos labios, do el viento aromas bebe,
 el revuelto cabello asiendo, alisa
 con la mano gentil de pura nieve.
 De báculo le sirve si va a misa,
 si por el corredor los pasos mueve;
 1175 diviértele el fastidio; le consuela;
 la que le ceba el mate es Isabela.
 ¡Y él también, cuánto la ama! ¡Pobre anciano!
 ¡Cuántas veces en tanto que dormita,
 velándole ella en el sillón cercano,
 1180 decir le oye: "¡Isabel! ¡Isabelita!";
 y puestas la una mano en la otra mano,
 ¡cuántas veces a ti, Virgen bendita,
 los ojos vuelve, y presintiendo azares
 en su orfandad, te ruega que la ampires!
 1185 Por la ciudad en tanto la noticia
 de la nueva beldad al punto vuela.
 ¡Visitas mill! No es ella la que oficia
 en el salón, sino una tía abuela;
 la que por ella fue; doña Leticia
 1190 de Azagra Valdovinos y Varela,
 la más discreta y más cabal matrona
 que llenó estrado, o que oprimió poltrona.
 Doquiera que la niña ver se deja,
 tras sí arrastra las almas con la vista.
 1195 Lleva desaliñada la guedeja;
 no le cortó el vestido la modista;
 mas en gracia, en beldad, no hay su pareja;
 viejo ni mozo no hay que la resista.
 Dicen al ver su cara y cuerpo y traza
 1200 los hombres, ¡ángel! las mujeres, ¡guaza!
 No canta... Importa poco. A el alma cuela
 de aquella voz la innata melodía,

- mejor que la más dulce cantinela
de la hechicera Malibrán García.
- 1205 No baila... Pero tiene la Isabela
un talante, un andar, que sentaría,
si no de Chipre a la deidad liviana,
a la casta hermosura de Diana.
- Pero la historia es menester que siga.
- 1210 Recibe la carreta el cargamento;
el carretero unce y empertiga;
los perezosos bueyes al violento
primer arranque la picana obliga;
y rueda estremeciendo el pavimento
- 1215 la vacilante mole, y con chirridos
horrorosos taladra los oídos.
- Iban en la carreta Margarita,
Tomasa, el consabido negro paje,
con la balumba bárbara, infinita
- 1220 de que consta un doméstico menaje,
y que llevar consigo necesita
todo el que alguna vez al campo viaje,
si vivir al estilo, no le agrada,
de nuestros padres en la edad dorada.
- 1225 Cabalgan en unión y compañía
de tal cual obsequioso tertuliano,
el don Gregorio, la Isabel, la tía,
y Cunefate. Un espacioso llano
(que allá y acá interrumpe una alquería,
- 1230 hermosa con los dones del verano),
y de una acequia el mal seguro puente,
huella la cabalgata lentamente.
- Y luego entre la salva vocinglera
de una turba de perros ladradores,
- 1235 recibe de naranjos larga hilera
a nuestros polvorientos viajadores,
que, apenas desmontados, la escalera
suben; y ya en los altos corredores,
vasto paisaje admiran de sembrados,
- 1240 potreros, rancherías y arbolados.
- Don Agapito, de la chacra dueño,
cariñoso a los huéspedes atiende;
a la doña Leticia rinde el sueño;
y el don Gregorio su cigarro enciende;
- 1245 mientras Isabelita el halagüeño
panorama, que ante ella el campo extiende,

- goza con emoción, que no le cabe
dentro del pecho, y descifrar no sabe.
- Allá eleva la torre de la aldea
- 1250 su pardo fuste; acá la choza exhala
blanca espiral; la viña verdeguea;
la higuera ostenta su frondosa gala;
susurrando un ciprés se bambolea;
el toro muge; el corderillo bala;
- 1255 pelado risco arroja en la llanura,
dominador jayán, su sombra oscura.
- No hay verde seto de tupida zarza
do a su amador la tórtola no arrulle,
ni umbrío bosquecillo que no esparza
- 1260 perfume grato, si agitado bulle;
navega ufano el ánade; la garza
cándida en el estero se zabulle;
todo semeja que a gozar incita,
y que de amor y de placer palpita.
- 1265 ¿Qué sientes, Isabel, en el otero
cuando cuelga la noche su cortina
lúgubre, y paso a paso el valle entero
ocupa, y su fanal en la colina
occidental enciende ya el lucero,
- 1270 que al pálido crepúsculo domina,
como lámpara triste que destella
sobre un sepulcro, triste pero bella?
- Y cuando persiguiendo la pintada
mariposa, te internas en la espesa
- 1275 arboleda, y te paras agitada
de secreto pesar ¿qué te embelesa?
En el recinto oscuro tu mirada
¿qué fija así? ¿Qué suspensión es ésa?
¿A qué mágico canto, a qué rüido
- 1280 misterioso diriges el oído?
- Y cuando ves el baile de la choza,
y la sonora voz de la vihuela
los descuidados pechos alborozan
de la rústica turba ¿qué revela
- 1285 al tuyo aquel mirar que tanto goza
en lo que mira, aquel mirar que anhela,
y el que responde cariñoso y grato,
y el que tímido amor hurtó al recato?
- Pero el alegre canto bien publica
- 1290 lo que habla de los ojos el idioma,
y lo que en bajo acento se platica;

- y qué dice la mano que se toma,
o se esquivá, o se dá; qué significa
aquel rubor que a la mejilla asoma,
1295 cuál es de los suspiros el sentido,
y del adiós mil veces repetido.
- ¿Mas qué te turba ahora y te amilana,
pobre Isabel? Pausada, grave, austera,
como el consejo de una madre anciana,
1300 el viento trae, tu pecho reverbera,
la conocida voz de la campana
del monasterio; voz que se apodera
del alma toda, y cada son que emite
ven, niña ven, parece que repite.
- 1305 Como de caballeros joven tropa,
en cierto drama, de alborozo llenos,
se ven banquetear, henchir la copa,
brindar, reír; y cuando piensan menos,
en grave marcha, en luenga y parda ropa,
1310 entra una procesión cantando trenos
de penitencia, y para la alegría
en aflicción, y en funeral la orgía;
- Así al oír aquella voz sonora,
a la visión de mundanal contento,
a la dulce emoción encantadora
1315 (germen de un imperioso sentimiento,
destello de un incendio que devora)
temor sucede y mustio abatimiento.
A el alma inquieta aquella voz reclama;
1320 es voz del otro mundo, que la llama.
- ¿Tan joven, y tan tímida, y tan pura,
y un roedor remordimiento abriga?
¿A los goces de un ángel de dulzura
se mezcla ya de un sinsabor la liga?
1325 ¿Es que la copa de mortal ventura
siempre esconde un fermento que atosiga?
¿O nuestros propios míseros errores
ponen tal vez la espina entre las flores?
- Yo no lo sé. Mas hay un pensamiento
1330 que a todas horas en el alma nace
de Isabel; que acibara su contento,
y no deja que libre se solace;
las eternas paredes del convento. . .
¡tumba de vivos en que el alma yace! . . .
1335 ¡desierta melancólica morada,
a los placeres. . . al amor cerrada!

- ¿Al amor? sí; no hay duda; ya Isabela pronunció la palabra misteriosa; la mágica palabra que revela
- 1340 una existencia nueva, deliciosa, excelsa; los mil ecos que encierra el corazón, bandada bulliciosa, despiertan, y más pura y encendida la llama centellea de la vida.
- 1345 Yo no daré (qué fastidioso haría el cuento a mis lectores) el diario del padre, de la hija y de la tía en este hermoso albergue solitario. Un día pasa, y otro, y otro día
- 1350 sin que nada notable, nada vario suceda allí; la noche al fin primera de marzo vino, en esta historia era. Isabela dormía (era la una o poco más); y despertando acaso,
- 1355 en el contiguo corredor alguna persona cree sentir, que a lento paso va y viene. Lanza la creciente luna, trasmontando los cerros del ocaso, un rayo, que se rompe en una reja
- 1360 y en el opuesto muro la bosqueja. Y en el espacio que la luna tasa a la luz en aquel opuesto muro, nota Isabel que un hombre a veces pasa, quiero decir de un hombre el trazo oscuro,
- 1365 con manta y guarapón. Es de la casa, según se ve, por el andar seguro, y por no haber un perro que le ladre. "¿Un criado tal vez? ¿tal vez mi padre?"
- Isabela concluye que no puede
- 1370 ser sino algún criado; y ya no tarda en dormirse otra vez, cuando sucede lo que tanto la turba y acorbarda, que respirar apenas le concede y encomendarse al ángel de su guarda;
- 1375 llegóse el hombre a la cerrada puerta, que hallarse suele rara vez abierta; Porque esta alcoba sólo comunica con el cuarto vecino, do acostada doña Leticia duerme. El hombre aplica
- 1380 con la mayor frescura a la vedada puerta una llave. . . "¡Dios! . . . ¿Qué significa? . . .

- ¡Sin duda algún ladrón... ¡Desventurada!"
El hombre entró... después, con gesto grave,
cerró otra vez la puerta y la echó llave.
- 1385 Y luego con la misma flema arroja
sobre la tierra el guarapón; se quita
la grosera chamanta azul y roja,
y... "¡Socorro! ¡socorro! Isabel grita.
¡Un hombre!... ¡un hombre!" "¡Cielos!... ¿quién aloja
- 1390 ahora en este cuarto?... ¡Señorita!,
dice el mancebo (que lo era), ha sido
un desgraciado error... ¡No más ruido!
"Silencio ¡por la Virgen! Si usted llama,
me pierde para siempre. Yo venía,
- 1395 como suelo, a dormir en esa cama,
por supuesto creyéndola vacía...
¡Silencio!... Sois mujer, sois una dama;
ser causa de mi muerte os pesaría;
sabed que soy... mi suerte deposito
- 1400 en vuestra compasión... soy un proscrito".
"Salga usted luego, pues; salga usted luego"...
dice ella y tiembla. "Salgo en el instante;
pero ¡por Dios! ni una palabra, os ruego,
ni una palabra a nadie... El más distante
- 1405 rastro, el menor indicio de que llego
a este sitio, a perderme era bastante,
¡y ojalá que a mí solo!... Hay una vida
cara, preciosa en mí comprometida.
"¡Adiós!" "El cielo de peligro os guarde",
- 1410 dice Isabel, del joven apiadada.
Iba a salir; mas por desgracia es tarde;
de Gregorio a la voz, viene alarmada
la gente de la casa, haciendo alarde
de garrote, puñal, pistola, espada.
- 1415 "Hija, dice el anciano, ¿qué sentiste,
qué te asustó, que tales voces diste?"
"Nada, caro papá... fue un susto vano".
Aunque las voces de Isabel ha oído
Gregorio solo, que si bien lejano
- 1420 tiene su cuarto y lecho, no ha podido
esta noche dormir el pobre anciano,
juraban los demás no haber sentido,
sino visto también extraña gente,
que pinta cada cual diversamente.
- 1425 Dos guazos, asegura Cunefate;
el negro, tres; hombre hubo que vio cinco:

- el dicho ajeno cada cual rebate,
 y se aferra en el suyo con ahínco.
 "No puede ser". "Sí tal". "Es disparate" . . .
 1430 Y en esto allí se apareció de un brinco
 un perro extraño, que en la voz, los gestos,
 da de inquietud indicios manifiestos.
 Huele y escarba en el umbral vecino,
 y gritos da como que avisa o llama.
 1435 Afortunadamente un inquilino
 llega, que como suyo lo reclama.
 "Señor, dice el patán, que era ladino,
 yo no he visto moverse ni una rama.
 ¿Hombre en la chacra extraño? . . . ¡Tontería!
 1440 ¡Tanto perro! . . . y la luna como el día".
 Azagra al fin se vuelve satisfecho,
 pero dejando guardia suficiente
 para que estén alerta y en acecho
 por si en la casa algún rumor se siente.
 1445 Vese Isabel en un terrible estrecho:
 salir el mozo es imposible; hay gente
 alrededor que vela; ¿pero dónde
 le dará asilo? ¿en qué lugar le esconde?
 ¡En su alcoba un mancebo! ¿Y a qué hora?
 1450 Solamente el pensarlo la estremece
 y hasta su frente de rubor colora.
 Fuerza es se vaya luego, antes que empiece
 el matutino albor; que si la aurora
 le encuentra en este sitio, el riesgo crece;
 1455 o más bien es preciso ¡horrible idea!
 que todo el mundo y su papá le vea.
 Es menester que al punto le desvíe
 de este lugar, concluye Isabelita,
 o que su vida a mi papá confíe
 1460 y al favor celestial de la bendita
 madre de la Merced. ¡Ella le guíe,
 que a los cautivos las cadenas quita!
 Esto entre sí; y en tímido, confuso,
 piadoso acento, al joven lo propuso.
 1465 Que alcance su secreto alma nacida
 resiste él, y de nuevo recomienda
 a Isabel a guardarlo: "Que la vida,
 dice, va en él, la estimación, la hacienda
 de . . . Pero libre el paso a la salida
 1470 parece . . . El cielo os guarde". "El os defienda".

Paró un instante, a ver si alguien cuidase
del largo corredor; y visto, vase.

El corredor estaba despejado,
y atravesarle sin peligro pudo;
1475 pero dos o tres gradas no ha bajado
de la escalera, cuando un grito agudo
de alarma a la familia aquel menguado
negrito dio, que así medio desnudo
como está, de la tierra se levanta,
1480 y le sigue, y le agarra de la manta.

"Suelta, dice el mancebo, o te traspaso
con esta daga el corazón". Su presa
soltó el negrito, y hacia atrás dio un paso;
el otro corre; una arboleda espesa
1485 le oculta; monta en su caballo; al raso
sale después; e impávido atraviesa
cercas, potreros, huertas, viñas, soto,
dejando a la familia en alboroto.

Uno coge puñal, otro machete;
1490 otro un descomunal bastón agarra.
Este en el denso matorral se mete;
aquél registra el huerto, aquél la parra;
y Cuncfate, alzado a matasiete,
le jura escarmentar si le echa garra;
1495 todo es correr por campos y por cerros,
gritar de guazos y ladrar de perros.

Y mientras de este modo se alborota
la chacra, y la feliz doña Leticia,
que vence en el dormir a la marmota,
1500 ni un instante de sueño desperdicia,
la asustada Isabel reza devota,
con el oído puesto a la noticia
que a su regreso cada cual relata,
y que el patrón recibe en gorro y bata.

1505 Y cuando ha oído que el ladrón supuesto
escapa, y no se sabe a do camina,
gracias por un favor tan manifiesto
rinde a Dios; y corriendo la cortina
(pues el calor de estiva noche el puesto
1510 cede ya a la frescura matutina)
hunde otra vez la frente en la almohada,
y queda en dulce sueño sepultada.

CANTO IV

EL PROSCRITO

*"I woke. ... Where was I? — Do I see
a human face look down on me?
And doth a roof above me close?
Do these limbs on a couch repose?
Is this a chamber where I lie?
And is it mortal yon bright eye,
that watches me with gentle glance?
I closed my own again once more,
as doubtful that the former trance
could not as yet be o'er.
A slender girl, long-hair'd, and tall,
sate watching by the cottage wall;
the sparkle of her eye I caught,
even with my first return of thought;
for ever and anon she threw
a prying, pitying glance on me
with her black eyes so wild and free:
I gazed, and gazed, until I knew
no vision it could be, —
but that I lived, and was released
from adding to the vulture's feast".*

(BYRON).

- El día en los tejados centellea,
y ya la Isabelita al campo baja;
1515 el aura que los árboles orea
húmedos de rocío la agasaja;
y el velo de sutil cendal ondea,
que del sombrero rústico de paja
cuelga; débil defensa al aire crudo,
1520 al sol, al polvo, al punzador zancudo.
Un vestido de blanca muselina
lleva, con franjas negras en la falda,
un cinto negro y negra mantellina,
que le cobija la nevada espalda;
1525 y en la diestra, una bolsa de extrafina
sarga, do al catecismo de Ripalda
acompaña el salterio en castellano,
y un pañuelo bordado de su mano.
Lleva también allí plata menuda,
1530 que suele repartir de choza en choza;
donde el huérfano vive o la viuda,
o el infeliz que de la luz no goza,
o la indigente madre, a quien, desnuda,
tierna familia en derredor retoza,

- 1535 o el que, fingiendo mano o pierna gafa,
a la sencilla caridad estafa.
Iba por los senderos caminando
de la chacra, a sus ojos un imperio
de que ella es reina ahora; suspirando
- 1540 recuerda alguna vez el cautiverio
que la amenaza; lee de cuando en cuando
una página o dos en el salterio;
pero hay un pensamiento, hay una idea
que a las demás apaga y señorea.
- 1545 "¡Aquel proscrito! . . . ¿Quién será? Pariente
sin duda del señor don Agapito.
¿Quién otro pudo entrar tan libremente?
¿Quién alojarse aquí? Mas ¿qué delito
el suyo puede ser, que de la gente
- 1550 se oculta así? ¡Tan joven! ¿Y proscrito?
¿Y si le viera alguno o le prendiera,
y yo ocasión a su desgracia diera?
"Una madre, una esposa lloraría
por mi causa. . . ¡Gran Dios! Qué triste idea!
- 1555 Pero ha escapado. Le amanece el día
lejos, muy lejos. Y que en una aldea
favor le falte, ayuda y simpatía
no seré yo tan simple que lo crea.
¿Quién le tuvo el caballo tan a mano?
- 1560 Forzoso es que haya en esto algún arcano".
Silogizando así la niña hermosa
anda, sin sospechar que silogiza
(como monsieur Jourdain hablaba prosa),
cuando de un rancho o seto que tapiza
- 1565 florida enredadera, entre frondosa
estancia de frutales y hortaliza,
apresurado sale un inquilino,
que viene a detenerla en el camino.
Everaldo se llama; justamente;
- 1570 aquel que al perro extraño, como dije,
echó mano la noche precedente;
y estas dolientes voces le dirige
con aire misterioso: "Un accidente
fatal, una desgracia que me aflige
- 1575 sobre manera. . ." "¡Acaba! ¿qué hay de nuevo?"
"¡Ah, señorita! casi no me atrevo
A referirlo a su merced. . . ¡Qué nueva
para el pobre patrón!" "¿Qué ha sucedido?"
"¡Cómo lo va a sentir! Es una prueba

- 1580 terrible... Desagrado, mal herido..."
 "¿Quién?" "Y no me permite que me mueva
 a dar noticia a nadie... Y sin sentido
 está ya". "Pero ¿quién?" "El señorito,
 sobrino del señor don Agapito".
- 1585 Como estatua quedó de inmóvil hielo
 Isabel con el susto, y sólo exclama:
 "Virgen sagrada, a tu socorro apelo";
 mas recobrada luego: "Corre, llama...
 Pero no llares... Voy a verle... El cielo
- 1590 me dé valor". Entrando, va a la cama,
 y en ella ve un objeto que la llena
 de inexplicable turbación y pena.
 El mancebo yacía sobre un lecho
 de pellones. Dormido se diría,
- 1595 si aquel semblante pálido, deshecho,
 y los lánguidos párpados que abría,
 como para buscar la luz, y el pecho
 que alza y baja en difícil agonía,
 y una cárdena sien que sangre vierte
- 1600 no anunciara el desmayo de la muerte.
 ¡Y qué inmadura! Errar no pienso un año
 si dos o tres le añado a la veintena.
 Cuerpo gentil, de regular tamaño;
 cándido el pecho, si la faz morena;
- 1605 cabello crespo y de color castaño;
 facciones lindas, expresión serena
 en el dolor; como el cincel exprime
 alado genio que en la tumba gime.
 Herido está de dos o tres sablazos
- 1610 (a más de aquella herida de la frente)
 en el desnudo pecho y en los brazos;
 y de la sangre obstruye la corriente
 la banda y la camisa hechas pedazos;
 vendajes puestos ruda y toscamente
- 1615 por Everaldo, en que se estanca apenas
 el rojo humor de las abiertas venas.
 Sirvele de almohada una armadura
 de silla de montar que le lastima,
 aunque se la hace un poco menos dura
- 1620 el lanudo vellón que tiene encima.
 Cerca la daga está; la empuñadura
 ensagrentada toda, que da grima.
 Lleva sobre el calzón bota de campo,
 y echado está a los pies su fiel Melampo.

- 1625 Lo que pasa en el alma de Isabela
no sé decir: enajenada, absorta
parece en el semblante, y como lela.
Pero esta suspensión ha sido corta.
Al pañizuelo de la bolsa apela;
- 1630 saca las tijerillas y lo corta
en pedazos, y en parte lo deshila,
para atajar la sangre que destila.
Descubre cada herida con su fino
y delicado tiento; en ellas fija
- 1635 una porción del deshilado lino;
luego con los pedazos las cobija
del pañizuelo; luego el purpurino
rastros de sangre con la más prolija
atención limpia, lava; y a Everaldo
- 1640 preparar manda prontamente un caldo.
Un *caldo* es mal sonante en poesía;
pero la exactitud es lo primero.
Suena mejor sin duda *la ambrosía*;
mas no se encuentra con ningún dinero.
- 1645 Ría la sombra de Hermosilla, ría;
llámeme chabacano y chapucero;
veraz historia escribo; soy heraldo
de la verdad. Volvamos, pues, al caldo.
El caldo estaba pronto. Una escudilla
- 1650 en que servirlo se echa sólo menos,
cosa que se hallará por maravilla
en ranchos peruanos o chilenos,
mas a falta de ajuar y de vajilla
fraternalmente acude a los ajenos
- 1655 el que los necesita; caso extraño
que no ocurre dos veces en el año.
A buscar, pues, un plato y una taza
y una cuchara sale el inquilino,
y al mismo tiempo es fuerza se dé traza
- 1660 de que no sepa amigo ni vecino
para qué son. A su salida enlaza
la puerta, que es el modo campesino
de echarle llave; y mientras tanto vela
al herido la joven Isabela.
- 1665 No estaba el rancho enteramente oscuro:
la luz del sol por cien troneras brilla
del techo humilde y del informe muro,
de secas ramas fábrica sencilla.
No hay más asiento allí que el suelo puro.

- 1670 Isabel, fatigada, se arrodilla
 junto a la pobre cama, y de hito en hito
 mira el pálido rostro del proscrito.
 Inocente y piadosa, no le ocurre
 que la modestia femenil condene
- 1675 su tierna compasión; antes discurre
 que ella la culpa en cierto modo tiene
 de la desgracia, y que en pecado incurre,
 y a la naturaleza contraviene,
 no socorriendo a un pobre moribundo,
- 1680 que no tiene otro amparo en este mundo.
 Sabe ya que es un hombre a quien persigue
 inexorable la venganza humana;
 que no hay hogar paterno a que se abrigue;
- 1685 puede invocar, temiendo la castigue
 como delito una opresión tirana;
 ¿y en trance tal despiadada, impía
 a un infeliz desamparar podría?
- Mientras esto pensaba, atenta mira
- 1690 aquella helada cara, helada y bella;
 y cada vez que el misero suspira,
 compasiva también suspira ella.
 Ni es sólo compasión lo que le inspira;
 un afecto más tierno con aquella
- 1695 piedad se mezcla ya; por él implora
 con ruego ardiente al cielo; Isabel llora.
 Y semeja a la súplica devota
 el cielo dar oído el ángel santo
 de la piedad enjuga aquella gota
- 1700 de compasivo y amoroso llanto.
 Ya en el mancebo una expresión se nota
 de alivio y calma; no suspira tanto;
 cesa el sudor de aquella yerta frente;
 parece adormecerse dulcemente.
- 1705 Estaba en una incómoda postura;
 el vellón que le sirve de almohada
 ha rodado; y lastima la montura
 aquella hermosa frente desmayada.
 Isabel vaciló; mas ¿qué aventura
- 1710 con uno que no ve ni siente nada?
 "Es fuerza, dice, ¡tarda tanto el guazo!"
 Y reclinada sobre el lecho, un brazo
 Cuan suavemente puede pone bajo
 la cerviz del mancebo; la cabeza
- 1715 le solevanta con algún trabajo,

- y la dura almohada le adereza;
mas, o la conmoción o el agasajo,
o ya del velo de Isabel, que empieza
por el pecho a pasarle y por la cara,
1720 la extraña sensación, le despertara;
Abrió los ojos él, y sorprendido,
en mirar aquel ángel se embelesa;
ella se tiñe de un color subido
cuando ve su embeleso y su sorpresa;
1725 y más cuando a encontrarse en medio han ido
la mirada del joven que le expresa
la admiración, la gratitud más viva,
y su tierna mirada compasiva.
Pero reclina al joven blandamente
1730 y aparta dél los ojos; la acobarda
un movimiento que en el alma siente,
y le manda el pudor ponerse en guarda.
Confusa, temerosa y ya impaciente,
"Válgame Dios, lo que Everaldo tarda",
1735 dice en sí misma. Pareció el mancebo
desfallecer, y se adurmió de nuevo.
Ya es un profundo y apacible sueño
al que rendido yace; lo que libra
a Isabelita de terrible empeño;
1740 porque su corazón, en cada fibra,
en tanto que él de sus sentidos dueño
le está mirando, estremecido vibra.
Pero la agitación ya se sosiega,
y más ahora que Everaldo llega.
1745 Llegó Everaldo; y ella como advierte
que al parecer mejor está el herido
(que si se ha visto próximo a la muerte
ha sido por la sangre que ha perdido),
encarga se le dé, cuando despierte,
1750 sustento; se le ponga en más mullido
lecho; y que el inquilino cuanto pase
la haga saber; y aquesto dicho, vase.
Miró al soslayo al joven Isabela,
y huyó cobarde; y si huye así cobarde,
1755 ella sabe por qué; y aun la cautela
me parece que llega un poco tarde.
Mas el lector saber la historia anhela
de tal proscrito, y no es razón que aguarde.
Suene la lira en alto contrapunto,
1760 que lo merece bien el nuevo asunto.

CANTO V
LA DERROTA DE RANCAGUA

"ESPAÑOLES
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
.....

PIZARRO
¡A ellos, españoles!

ESPAÑOLES
¡A ellos!

PIZARRO
*Mueran antes que se amparen
de las breñas".*

(CALDERÓN).

- Ya la segunda noche se aproxima
de aquel aciago octubre catorceno,
cuya memoria sola pone grima
y sobresalto al corazón chileno.
- 1765 Obstáculo no queda que reprima,
del Cachapoal en el distrito ameno,
al español, que enardecido vaga,
y de pillaje y muerte se embriaga.
- 1770 La plaza de Rancagua es el postrero
asilo en que la hueste patriota
sostiene aún la lucha; no hay sendero
que ofrezca un medio de escapar; se agota
la munición; en torno el crudo ibero
con alharaca horrisona alborota;
- 1775 y cuanto más resiste, más ofende
el enemigo, y más la lid se enciende.
- Es mayor cada instante la matanza
que hace en sus filas el silbante plomo,
y más se estrecha el cerco; y de esperanza
- 1780 no se divisa ni un lejano asomo.
¿Qué puede allí la espada, ni la lanza,
ni qué el fusil? Cruzó el celeste domo
por vez segunda el sol; la noche oscura
vuelve otra vez y el fiero asalto dura.
- 1785 Es para el enemigo cada techo
un fuerte desde donde a salvo tira,
mientras desnudo nuestra gente el pecho
presenta, y no descansa, y no respira

sino con pena en el recinto estrecho
1790 a que más concentrada se retira,
bajo el llover de bala, y piedra, y teja
que ya dónde moverse no le deja.

Una ventana espesa bocanada
de fuego y humo sin cesar vomita;
1795 en otra la familia desolada
¡favor! ¡favor! a sus amigos grita;
y cada bocacalle está enjambrada
de soldadesca vándala maldita
que cierra las salidas de la plaza
1800 y a los nuestros de lejos amenaza.

Como la artillería su baluarte
de débiles adobes aportilla,
las filas enemigas rompe y parte
a gran correr la intrépida cuadrilla.
1805 Víctimas de sus iras a una parte
y otra dejando va, que es maravilla;
pincha, taja, derriba y atropella;
marcan sangre y cadáveres su huella.

Iba entre los infantes (que una bala
1810 pudo descabargarle en la refriega),
el joven capitán Emilio Ayala,
que a varonil edad apenas llega,
y por su talle y apostura y gala,
y por el ardimiento con que juega
1815 la espada, y por el aire altivo y franco,
de la enemiga furia se hizo el blanco.

Sobrino fue de aquel don Agapito
tantas veces mentado en mi leyenda;
y sobrino mimado y favorito,
1820 y presunto heredero de la hacienda.
Bravo, arrestado. Aún era tiernecito
cuando lanzar un potro a toda rienda
y enlazar un novillo en el rodeo
era su pasatiempo y su recreo.

1825 Patriota, no se diga. Ni pudiera
no serlo el que educado por su tío
fue, desde la infeliz temprana era
de guerra incauta y de inexperto brío,
soldado de la patria. Su primera
1830 milicia vieron Maule y Biobío;
y si su nombre a Chile enorgullece
y España lo maldice, lo merece.

- Iba, pues, como digo, en la valiente
 tropa; en el centro alguna vez oculto,
 1835 cuando le carga demasiada gente
 del enemigo, por pescarle el bulto;
 ora lidiando valerosamente
 donde es mayor la gresca y el tumulto;
 y ora asaltando súbito al que observa
 1840 más desapercibido en la caterva.
 Estaba tan mezclada la española
 con la chilena gente, que no puede
 usar el enemigo la pistola
 ni la escopeta; y el terreno cede
 1845 mal de su grado si se empeña sola
 el arma blanca, en que el patriota excede,
 y con ventaja lidia indisputable,
 ora puñal esgrima, espada o sable.
 Pero es forzoso ahora hincar la espuela
 1850 antes que la restante fuerza hispana
 al sitio acuda; Ossorio mismo vuela
 al frente de la tropa veterana
 a que en los casos de importancia apela;
 pero su diligencia ha sido vana;
 1855 distantes van los nuestros, y lejanos
 se oye el casco veloz pulsar el llano.
 Emilio se quedó corto, ya sea
 que le embarace el enemigo el paso,
 o que alejarse a los demás no vea
 1860 (pues ya oscuro el crepúsculo, un escaso
 destello arroja), o que en parcial pelea
 enardecido en medio del fracaso
 y confusión, su propio riesgo olvide,
 y (lo que nunca suele), se descuide.
 1865 Le encuentran solo; y a correr aprieta;
 y le siguen tres vándalos a una.
 Llevaba el de adelante una escopeta
 (el habérsele roto fue fortuna
 en anterior acción la bayoneta);
 1870 y a la distancia alzándola oportuna,
 de descargar un fiero golpe trata
 al mozo en el testuz con la culata.
 "De ésta, le dice, a Satanás te mando,
 miserable insurgente". Esquiva el viento
 1875 la culata terrífica silbando;
 mas su baladronada fue un acento
 de aviso y salvación. El joven, dando

- media vuelta con ágil movimiento,
huye el bulto, y al godo que le hostiga
1880 mete un palmo de acero en la barriga.
Maldiciones vomita el fusilero;
y puestas ambas palmas en la herida,
dice con quebrantada voz: "Me muero. . .
A manos de un traidor, pierdo la vida. . .
1885 ¡Camaradas, venganza! . . ." Al compañero
como los otros dos de la partida
vieran caer, a darle van auxilio;
así logró ponerse en cobro Emilio.
Toda Rancagua en tanto era despojo
1890 del español, que tala, rompe y quema
sólo por contentar su ciego enojo
en el dolor y en la miseria extrema.
Lo mismo insulta en su brutal arrojo
al rico, al pobre, a la deidad suprema;
1895 quiere dejar de su venganza ejemplo
en la calle, en el rancho, hasta en el templo.
Mirad los que dudáis si el hombre es fiera,
una ciudad que hostil espada doma;
no importa qué uniforme o qué bandera
1900 o qué divisa el enemigo toma.
Guardia imperial, soldado talavera,
sectario de Moisés o de Mahoma,
iniciado en la fe por el bautismo
o la circuncisión, todo es lo mismo.
1905 Con los lamentos de la triste gente
miradle cuál se exalta y se alboroz,
y cuál por la delicia solamente
de herir y destrozar, hiere y destroza;
y cómo, salpicado hasta la frente
1910 de sangre, en verla derramar se goza,
y con qué risa endemoniada espía
los visajes de la última agonía.
Devoto campeón de un rey devoto,
vedle del templo hacer taberna obscena,
1915 do la blasfemia, el desalmado voto,
y su habitual interjección resuena,
do roba y pill,
y todo freno roto,
con los sagrados vasos bebe y cena,
y ni a la madre de su Dios perdona
1920 arrancando a sus sienes la corona.
¡Lámpara fiel que ante los santos bultos
ardes perenne! cuenta lo que viste:

- las abominaciones, los insultos,
los sacrilegios de esta noche triste;
- 1925 los arrastrados párvulos y adultos,
y la ultrajada virgen que resiste
asida del altar, y opone en vano
lloroso ruego al forzador villano,
Mas con sus hechos harta ya es la fama.
- 1930 Fatiga este "destello peregrino
de antorcha celestial", como él se llama;
esta de lo infernal y lo divino,
según yo pienso, equívoca amalgama,
en quien la rienda, el arte, el culto y fino
- 1935 vivir social, palía sí, no enfrena
el instinto del tigre y de la hiena.
Volvamos, pues, al capitán, que sigue
corriendo a gran correr por la llanura;
y aunque español ninguno le persigue,
- 1940 y ya la noche va cerrando oscura,
teme topar con alguien que le obligue
a hacer alto; y por donde la espesura
de las cercas su fuga patrocina,
diligente y solícito camina.
- 1945 Oye en tanto a distancia el gran lamento
de los vencidos y la horrible gresca
de que en torpes orgías hinche el viento
la mal disciplinada soldadesca.
De *Viva el rey* al repetido acento,
- 1950 volviendo el rostro Emilio, una grotesca
y lastimosa escena ve a la triste
lumbre de que Rancagua se reviste.
Partidas de soldados y oficiales,
desmandadas mujeres, niños, viejos,
- 1955 vagan por los confusos arrabales
entre humo y sombra y cárdenos reflejos.
Negra visión de estancias infernales
a la vista parece desde lejos,
en que tropa de diablos turbulenta
- 1960 a las miserables almas atormenta.
Pero ¿qué nuevo incendio se levanta?
¿qué coro doloroso de alaridos
hace al mancebo suspender la planta
y dirigir atento los oídos?
- 1965 Altas llamas devoran (Virgen santa,
¡qué horror!) el hospital de los heridos.

- Claman ¡piedad! ¡piedad! Y les contesta
algazara feroz de burla y fiesta.
- Vio la siguiente luz de la mañana
- 1970 las manos, por el fuego ennegrecidas,
a las rejas aún, de la ventana,
como en la lucha de la muerte, asidas;
y de cuajada sangre americana
pavimentos, paredes, vio teñidas,
- 1975 y de perros y buitres los insultos
a destrozados cuerpos insepultos.
- Jura venganza Ayala, y su carrera
dirige a cierto rancho conocido,
do habilitarse de un caballo espera
y mudar de sombrero y de vestido.
- 1980 Tras un torcido tronco de alta higuera
acecha la ocasión, cuando oye el ruido
de trotadores cascos, que veloces
pulsan el llano, y de mezcladas voces.
- 1985 "Este, dice una voz, es el camino
que se le vio tomar" . . . "Paren ustedes,
dice otra voz, en tanto que examino
si le ocultan acaso estas paredes".
- Toca a la puerta. Un viejo campesino
sale. "¿Qué necesitan sus mercedes?",
pregunta temeroso. "Escucha, ¡infame!
Si no quieres que toda se derrame
- 1990 Esa vil sangre al filo de mi acero,
entrégame al malvado que se esconde
por estos andurriales". "Caballero
protesto y juro, el viejo le responde,
que a nadie he visto". "¡Mientes, marrullero;
le tienes escondido!" "Pero ¿dónde?
- Si no merezco yo que se me crea,
pase adelante su merced, y vea".
- 2000 Era el que hablaba un cabo veterano
que muestra por el habla y continente
haber cargado un poco más la mano,
que lo que fuera justo, al aguardiente.
- 2005 Nada dice que el ajo castellano
con fuerza peculiar no condimente;
zafio además, amigo de bureo,
patiestevado, y como un mico feo.
- Desmonta, pues, y al viejo el insolente
- 2010 aparta de un tirón, y entra a la choza,
do con el viejo habitan solamente

- una anciana mujer y una hija moza,
la cual, entrando el cabo de repente,
con una tosca manta se reboza;
2015 pero no es hombre el cabo que se empacha,
porque se le reboce una muchacha.
- El cabo, que la ve, se le aliciona,
que era la chica, a la verdad, no mala,
y como con los humos de la mona
2020 de un pensamiento en otro se resbala,
su primero propósito abandona
de perseguir al capitán Ayala,
que atisba lo que pasa no sin miedo,
y en su escondrijo se mantiene quedo.
- 2025 El cabo, que al placer de la conquista
nueva se entrega todo, a rato breve
sale dando traspiés, torva la vista,
y en mal formada voz, que a risa mueve:
"Una o dos leguas más seguid la pista
2030 de ese traidor, que Lucifer se lleve
(dice), la seña, Tarragona; el santo,
San Ildefonso; aquí os aguardo en tanto".
- Los otros corren; él se queda, y junta
la débil puertecilla del tugurio;
2035 y nuestro Ayala, que un desmán barrunta
(pues no le pareció de buen augurio
quedara el cabo), andando va en la punta
de los pies hacia el rancho; y al murmurio
de la conversación, que atento escucha,
2040 oye un rumor surgir como de lucha.
- Voces, lloros y gritos oyó luego,
y reputando ya por cosa cierta
lo que temía, arrebatado y ciego
a tierra echó de un puntapié la puerta.
- 2045 Un salto da, y al mísero gallego,
que estupefacto y con la boca abierta
quedó del susto, asiendo de la gola,
"A Chile, dice, este puñal te inmola.
- Pídele a Dios misericordia, y muere!"
- 2050 "¡Perdón, mi capitán!, exclama el triste
cabo, atajando el brazo que le hiere.
¡Perdón a un infeliz que no resiste!
¡Piedad!" "Piedad de mí ninguna espere
un español, un monstruo. ¿La tuviste
2055 de la mujer que deshonorabas?" "¡Toma!
¿No vio usted, capitán, que era una broma?"

- "¿Te burlas, miserable?" "Nada de eso;
 pero vamos al caso. Usted me mata.
 Muy bien... Los otros vuelven... Llevan preso
 2060 a este infeliz, y usted, usted que trata
 de protegerle, es quien, por un exceso
 de protección, le aprieta la corbata...
 No, no se enfade usted... Por mí, me allano
 a perecer... pero este pobre anciano...
 2065 "A más, usted la causa americana
 defiende, y la de Chile... Santo y bueno.
 Lo mismo hiciera, y de muy buena gana,
 el hijo de mi madre, a ser chileno.
 Pero ¿qué quiere usted? Nací en Triana;
 2070 soy, como acá se dice, sarraceno;
 y no hago más que usted, si se examina,
 en arrimar la brasa a mi sardina.
 "Déjeme usted, y a respetar me obligo..."
 "Silencio, charlatán; y si es que en algo
 2075 aprecias el pellejo, ven conmigo".
 "Pero ¿a dónde, por Dios, señor hidalgo?"
 "¡Monta!" "¿Con qué me voy?" "Que montes digo;
 la grupa tomaré". "Solo, cabalgó
 mucho mejor". "O monta, o muere". "Monto".
 2080 "¡Hacia la cordillera, y pronto, pronto!"
 Iban los dos corriendo a toda brida.
 El cabo a veces charla, a veces reza,
 a veces canta, a veces voz perdida
 exhala; y ya dormita, ya bosteza;
 2085 el viento, el aire, la veloz corrida
 le fueron despejando la cabeza.
 Rayó la aurora, y no distante un ancho
 río aparece; allende el río, un rancho.
 Atraviesan; descansan; se despoja
 2090 de su uniforme Ayala; y un sombrero
 de paja y una manta azul y roja
 toma para seguir su derrotero.
 Decir qué rumbo lleva y dónde aloja
 con el involuntario compañero,
 2095 prolijo cuento y fastidioso fuera;
 pero pasan, por fin, la cordillera;
 La cordillera yerma, no cual antes,
 de silenciosa paz vasto distrito,
 que sólo el pie de raros caminantes,
 2100 o del cóndor rapaz turbaba el grito,
 o el de las tempestades resonantes

- que hacen vibrar sus lomos de granito;
 sino cruzada entre bullicio hirviente
 por luengas filas de apiñada gente.
- 2105 Por cada cima, y cada valle, y cuesta
 la multitud apresurada huía,
 cual suele verse en una insigne fiesta
 la calle principal que al templo guía;
 mas lo que en la expresión se manifiesta
- 2110 de los semblantes ¡ay! no es alegría,
 sino aflicción, y las que esparce al viento
 son voces de plegaria y de lamento.
- Corren hombres, mujeres, chicos, grandes,
 unos tras otros en continuas olas,
- 2115 y los páramos cubren de los Andes,
 huyendo de las iras españolas;
 pues de que tu rigor, España, ablandes
 no hay esperanza, y donde tú tremolas
 tus odiados castillos y leones
- 2120 hiela servil terror los corazones.
- ¡Ah! ¡cuánto pie lastiman delicado
 la roca dura, y de la intensa nieve
 el valladar antes de tiempo hollado!
 Y al patrio suelo que en paisaje breve
- 2125 se les presenta ahora ataviado
 de lustrosa verdura y de la leve
 túnica de la niebla, ¡cuánta muda
 despedida de lágrimas saluda!
- La paz de los sepulcros y el letargo
- 2130 ¿aceptarán de la opresión de España?
 Primero mendigar el pan amargo
 del emigrado, el pan de gente extraña,
 y el agrio cáliz de esperanza largo,
 que con befa crüel Fortuna engaña,
- 2135 tornando en triste y espantosa vela
 cada soñar que al infeliz consuela.
- Pero no a ti prolijo duelo aguarda,
 destronada Sión, que a Iberia quita
 de su tutela infiel la dura guarda
- 2140 tremenda ley en bronce eterno escrita.
 Sueña ella que su espada la retarda.
 ¡Vano error! en el vidrio que limita
 la duración que el cielo da a tus penas
 se ciernen ya las últimas arenas.